

COCOLIXTLE

(Epidemia)

México

Luis Alfonso Alba Correa y Cuéllar

*“Dicen que Quetzalcóatl fue quien creó
el mundo y lo llaman Dios del viento,
porque dicen que Tonacatecutli
cuando le pareció bien,
sopló y nació así Quetzalcóatl”*

Leyenda del Quinto Sol

Ese día llovizó en la tarde.

Tonatiuh había brillado todo el día, pero de repente, las nubes cubrieron el llano.

Su lento y calmoso sopor de brizna, que no moja pero cubre de agua, se sentía en el aire... bajando sigilosamente sobre el llano, cuan bendición celestial, recompensando con sus lágrimas de acuosidad los sacrificios de los hombres, los llantos de sus niños y la sangre de sus recipientes. Y las miles de gotas de agua que tocan el suelo, se levantan en burbujas cristalinas y caminan en formación guerrea, uniformes, idénticas y tan diferentes, cantando al golpear la roca, una tras otra... hasta llegar al borde donde saltarán en perfecta eucaristía para formar un arroyuelo, un río, un charco, un lago... un mar. Y así, el dios del agua, el dador de vida, nos deleita con sus cantos triquiteros y nos baña con su refrescante brizna.

Pero tampoco es difícil saber cuando *Tláloc* está enojado, siempre nos lo hace saber con una pequeña llovizna, que luego se va convirtiendo en rayos y truenos para dejar los campos completamente mojados y las lagunas rebosantes.

Y aún así, los dioses no son del todo excrebables...

...y para criar al dios y diosa del agua se juntaron todos los cuatro dioses y así hicieron a Tlalocatecutli y a su mujer Chálchiuhtlicue, a los cuales criaron por dioses del agua y a éstos se pedía cuanto tenían de ella necesidad: del cual dios del agua dicen que tiene su aposento de cuatro cuartos, y en medio de un gran patio están cuatro barreños grandes de agua: la una agua es muy buena, y de esta llueve cuando se crían los panes y semillas y envidiado en buen tiempo: otra es mala, cuando llueve y con agua se crían telarañas en los panes, y se añublan; otra es cuando llueve y se hielan; y éste dios del agua para llover crió muchos ministros pequeños de cuerpo, los cuales están en los cuartos de la dicha casa, y tienen alcancías en ue toman el agua de aquellos barreñones y unos palos en la otra mano, y cuando el dios del agua les manda que vayan a regar algunos términos, toman sus alcancías y palos, y riegan del agua que se les manda, y cuando atruena es cuando quiebran las alcancías con los palos, y cuando viene el rayo es de lo que tenían dentro o parte de la alcancía...

El olor y el repiquetear de la lluvia, que creaba centellas de luz sobre las piedras, empezaban a distinguir sus olores y sus sonidos de tierra mojada y campo húmedo. Se podía sentir que la nubarrada sería ligera y que sólo serviría para alegrar el extenso vacío de la llanura...tenue, y olorosa a linfa fresca empezaba lentamente a sentirse la llovizna. Empecé a levantarme para buscar un recipiente de barro y guardar un poco de esa agua - a la abuela le gustaría tomarla cuando llegara del tianguis después de haber sudado parte de su vida ante el comal de la comida - .

Apenas si habían empezado a caer las primeras bendiciones de *Tláloc*, cuando llegaron unos hombres y me sacaron de la casa, como era mi deber, no dije ni pregunté nada. Quise coger algo con que taparme, pero no me dejaron, por el contrario, me quitaron lo que traía puesto y lo tiraron al centro

del aposento. Uno de ellos, se abrió paso de entre los demás, y sus ojos brillaron en forma triste al ver el jacalón y las nebulosas de mis pupilas que miraban asustadas sin saber que pasaba.

Apartando su mirada, tomó un tizón del *tlecuil* y lo tiró sobre el petate. A pesar de la lluvia, no tardaron mucho en arder aquellas paredes de carrizo y hojas de maguey secas. No dije nada solo me quedé mirando... esperando a que la abuela llegara... ella sabría que hacer; pero no llegó.

Los hombres elevaban sus preces a los dioses mientras veían la choza que ardía junto con todos los utensilios de cocina de la abuela, y sus comidas; que entre el fuego parecían adquirir sabor con sus olores. El humo del *aji* no permitía respirar y hacía llorar los ojos, el maíz saltaba y las carnes ardían prendiendo del olor de sus grasas, por último, los hombres se quitaron las ropas y las tiraron al fuego, mientras su desnudez, hacía que el color de sus cuerpos bronceados y mojados brillaran como oro oscuro que aún no ve la luz del día.

El llano se había sumergido súbitamente en una calma total, sólo las brasas ardían, y se apagaban a las gotas de la llovizna semejando carbones de un comal encendido que ha terminado su ocupación del día. Las estrellas empezaban a salir en el firmamento, y los chispazos fugaces del vacío que muere, se paseaban por encima de la choza. Todas aquellas brasas se veían infecundas ante el firmamento eterno y la presencia de la vía de estrellas, que en río de leche corría en el azul oscuro de la noche. Mis ojos se fueron acostumbrando a la sombra y a la obscuridad, no absoluta aún, el resplandor de la luna le daba brillo al llano, y a lo lejos allá en la noche clara se escuchaban los perros salvajes gritándole su canción de aullidos lastimeros.

Cuando terminó de arder todo aquello, sólo quedaron el molcajete y el comal que la abuela había usado por muchos años allá en el *tianguis*.

Después de juntar las mojadas cenizas, y enterrarlas, nuevamente y sin decir palabra, empezaron a caminar delante de mí, con una manera muy peculiar de andar, sin rodeos, sin prisas y guiándose entre los nopales y ramas de llano. Uno de ellos, el más anciano, iba delante de todos, con un paso firme, invencible a la fatiga del andar. Ese andar, que sólo los viejos parecen obtener con el paso de los años... taimado, lento y seguro, con firmeza y seguridad del terreno que se pisa. Con respecto, con cariño de pisar la tierra por el tiempo que le ha dado todo su paso de existencia. El andar muy lento, sin mirar arriba del hombro, sin fijar la mirada más allá de donde se extiende el ojo que ya casi no ve. El anciano daba su paso entre penumbra de un cerebro y de una conciencia doctrinal; de un pasado que camina en forma sutil y casi torpe, cuando en realidad hay prisa por llegar y sentarse a desahogar el bulto del cuerpo mientras el alma urge seguir caminando...si deja de caminar, se alcanza, y si se alcanza a sí mismo; muere. Mientras todos nos esforzábamos a seguir su trote y ya casi al amanecer, llegamos a Pechititán, allí me dieron con que taparme.

Algo me decía que había llegado a un lugar antes visto, antes vivido, antes mío. La sensación de sentir que uno ha vivido en algo en otro tiempo, en otra etapa y en otra existencia, se hizo latente en el bullo de mi sangre y mi corazón palpité en forma extraña.

La noche, oscureció aun más el cielo:

el más anciano se acercó y me miró callado. No había fatiga en su cuerpo y sus ojos denotaban su falta de ajeteo. Estaba parado frente a mí, viéndome, mudo de palabra y hablando con los ojos distinguibles en la obscuridad de manera radiante...la mirada de un animal felino que roba los destellos de la luna en una noche oscura. Sentí en su mirada el sopor de la quietud y la ternura de los años...la compasión de un ser que sufre por otro, o se preocupa de su sufrimiento. Había en su faz la mirada de la paz que no viene con el silencio de una noche vacía en un llano abierto y, sin embargo, no había miedos, temores ni dudas de que, repentinamente, saltarían su verdadera forma humana en cualquier momento, porque yo había visto esa asechanza años atrás en algún lugar, sus ojos me eran familiares; su silencio aún más.

“bienvenido a casa, mi pequeño caminante”, dijeron sus palabras, y al igual que ellas; se perdió en la noche.

Me quedé dormido pensando en todo aquello; los hombres, las armas, los olores, la llanura, la luna, los aullidos de los perros, la abuela, el viejo, el lugar que tan allegado se sentía...así llegaron el despertar y el día, y pregunté por la abuela...sólo me dijeron una palabra que había escuchado antes *cocolixtle*.

*En los caminos yacen dorados rotos,
los cabellos están esparcidos.
Destechadas están las casas,
enrojecidos tiene sus muros.
Gusanos pululan por calles y plazas,
y en las paredes están salpicados los sesos.
Rojas están las aguas, están como teñidas,
y cuando las bebimos,
es como si bebiéramos agua de salitre.
Golpeábamos, en tanto los muros de adobe,
y era nuestra herencia una red de agujeros.
Con los escudos fue su resguardo,
pero ni con los escudos
puede ser sostenida su soledad...*

Tlatelolco 1528

CE ÁCATL a 1563

*Cuéntase...
que habiendo bebido el suave neutle se
emborrachó y cometió actos bochornosos,
después de lo cual decidió marcharse para siempre tomando
el rumbo del Mar de las Turquesas.
En un suicidio ceremonial al cual le acompañaban cuatro grupos de sus tres mancebos;
sus discípulos, y se hundió para siempre, renaciendo como
la estrella de la Mañana...y adoptando
el nombre de *Quetzalcóatl*,
que quiere decir serpiente emplumada o serpiente de plumaje hermoso....
Lo esperamos; regresar.*

La abuela había llegado al llano de Teocaltiche en el último día del año de *Ce Ácatl*, cuando, el ausente dios *Quetzalcóatl* había surgido de *Chalchiuhcuyécatl* para crear a la nueva humanidad.

Así que, cómo él, tomó los huesos de sus muertos de las manos de *Mictlántecuhitli* y corrió; y con su hueso formándose dentro de su vientre, llegó hasta donde habitaban otros que al igual que ella, habían temido por la llegada del gran dios. El llano se extendía en todo su esplendor y color de tierra, virgen por miles de años. Nada había que no

hubiera existido antes de la creación, y con todo lo que el paradigma celestial había planeado se encontraba ese paraje del mundo. Los pastos verdes se presentaron ante los ojos de la cansada abuela que había llegado a sus orillas. Por días y noches, 13 soles y 12 lunas, había caminado sin descanso. No había porque descansar el cuerpo cuando el alma buscaba el espacio de acomodo. Y al verlo, y sentirlo, y respirado su aire de campo; se sentó en una piedra y descansó sus menesteres de viaje. Fue hasta entonces, cuando de sus ojos salieron las primeras lágrimas de su cuerpo, y por fin, sus labios partidos y mudos por el polvo del camino, se abrieron después de tanto tiempo y elevaron su primera oración de dolor a los dioses de su pueblo y a los amuletos de su alma.

Desde el principio de los tiempos, los dioses habían creado a la humanidad en diferentes épocas y por diferentes motivos; siempre destruyéndola por imperfecta...por no saber los humanos como respetar y alabar a sus creadores.

Todos los tiempos habían sido creados en un momento de soledad absoluta. Hasta el principio de la nulidad había tenido su comienzo en un momento de parte meteorológico. Nada se había escrito, porque no se sabía nada de ello. Lo oscuro no existía, no había el vacío y el sonido era mudo. Y de la nada surgió un ser divino: El cambio elemental del ser que no tenía existencia en un lugar no existente. *"Y de la nada salió el todo"*. Sólo los sentidos del recuento podían existir entre ese mundo sin materia. Y se contó el tiempo para empezar a expresar. El número de una página en el libro de la vida se inició en el 13, y cuatro veces más se repitió el ciclo y cuatro veces mas se volvió a repetir. Y desde entonces; cada cincuenta y dos se atan la gavillo de años y se guarda en el lugar de los recuerdos; algunos en el cajón de la alegría y otros; en el rincón de la tristeza.

En el viejo mundo, los sacerdotes hacían más solemne la ceremonia:

Se apagaba el fuego para volver a encenderlo, allá, en el Cerro Sagrado entre mantas y matorrales, entre espinas y nopales, y era entonces cuando se sabía si continuaría el mundo o no. pero para saber lo que los dioses deparan al mundo que subsiste, no hay fuego, no hay alegría y no hay llanto, sólo el destino que ellos deparan. Aquellos dioses que entre el deseo de ser humanos perdieron su dignidad divina, o que siendo divinos, buscaron entre los hombres la igualdad de una vida humana... con dolores verdaderos, con sentimientos, con deseos de hombre y no de un quídam jugando a ser dios, al final; los dos se unieron por el deseo de ser uno el otro y por siempre un solo ser.

Así que la abuela había dejado la gran Tenochtitlán, sus reyes y sus deidades y con ellos, pretendiendo, sus recuerdos...en la noche que el cerro de Iztapalapa brotó súbitamente una llama, allá donde una noble víctima estaba siendo sacrificada para convertirse en el altar palpitante sobre cuyo pecho, abierto y ensangrentado, se encendería el nuevo fuego. Miles de corazones habían latido con la esperanza de una vida nueva. Miles de manos y lenguas habían punzadas con espinas de maguey, salpicando luego el espacio oscuro hacia aquella lejana flama...hacia aquella sangre nueva.

Y en aquella, la más oscura de las noches, las primeras chispas del fuego nuevo salpicaron la cara del último sacerdote, y las pléyades pasaron por el meridiano...

...y una luz mucho mayor, una estrella, que fugaz pasaba, dejaba rastros de polvo en forma de llanto por lo que estaba por acontecer...

...y poco a poco y lentamente, la ciudad se encendió dispersando su luz en una línea de crepúsculo tembloroso, mientras la sangre de la primera víctima, la postrimería de la nueva humanidad, recibía la bendición de los dioses. El mundo de los antiguos había viajado, en unos cuantos segundos su largo caminar de siglos, de la vida a la muerte el paso había sido abrupto y un bautizo de sangre...

La antigua flama ardiente de un corazón que moría había entregado su último suspiro de 52 años de existencia. Moría para dar a luz a una nueva y palpante generación de seres que verían una nueva existencia en su mundo. Un cambio de muerte por vida, como esperma que se fecundaba entre la agonía de un ser, que le había expulsado en forma sacra para fecundar en el útero de un nuevo vientre.

Se mezclaba, sin saberlo aún, lo viejo y lo nuevo, lo oscuro con lo blanco, las tradiciones con las transformaciones, y un nuevo ser de luz resplandecía de entre las luces del firmamento.

Y allá, a lo lejos, el ausente *Quetzalcóatl* surgía triunfante de la espuma, de entre las aguas de *Chalchiuhcuyécat*.

No importa donde se encuentre el principio ni el final del comienzo. Que importa donde la casualidad te encuentre cuando llega el momento de enfrentar el destino de toda una vida. Puede ser un palacio, una choza, un lugar cualquiera. Si te encuentras frente al destino, no te preocupes si lo sabrás reconocer, *él sabrá reconocerte*, y e acompañará desde ese mismo periquete, a u lado, como tu sombra, como tu sangre...hasta que sepas cual era el propósito de tu vida pasajera ante el mundo que hoy pisas. El agua y el viento son los mismos para los que de ellos viven y en ellos mueren, para unos; fuente de vida, para otros complemento de su muerte... por el agua se había ido el gran dios a remidir sus pecados mortales. Había llegado como dios a un mundo hambriento de dioses y aquí, en el mundo de sus creaciones, había aprendido el pecado de los hombres. Tan perfectos los había hecho, que ya sabían de su poder de dioses y sus capacidades de pecar. Se había dormido en el gran sueño, sin preocupaciones, sin dolores, sin remordimientos y sin saber que regresaría encarnado en otro ser. En un tiempo, había sido un dios justo y bueno, pero los hombres le habían enseñado su verdadera naturaleza divina, de muerte, de sacrificio...de dios, y ahora regresaba, de entre la espuma del gran *Chalchiuhcuyécat* para cobrar todas sus acciones pasadas... de lejos, ese dios se veía como ser todo bondad, todo amor, todo un padre, todo un dios...y de cerca, se veía como un ser al que hay que seguir viéndose de lejos...

...el mundo continuaría por otra gavilla de años.

“Los hombres nuevos, junto con Quetzalcóatl vdrán del oriente, porque la leyenda lo dice: Él se fue por el mar hacia el oriente, extendiendo sobre las aguas su manto, que al instante se transformó en una barca hecha de plumas y serpientes, en la que se embarcó y desapareció augurando su regreso. Estos hombres vendrán y traerán nuevas maneras de vivir, y no es probable que sean las de nosotros”...

Pensó sin voltear a ver las luces de la ciudad, que como un presagio le decían que no volteara, porque quedaría convertida en piedra...

.corre, corre, ...escapa... se repetía una y otra vez mientras se alejaba de Tenochtitlán...al tiempo que sus pies retomaban el camino de sus antepasados y, como un perro, que siempre regresa al lugar donde perdió alguno de sus miembros; una pata, la cola, así ella iniciaba el regreso al lugar de su comienzo. el mundo iniciaba otra gavilla de años...

Había prohijado otras ideas, otras costumbres y otros sueños, todo en demasía de un escape a su mundo anterior. Y ahora el fin del todo se sentía en el aire...”algo”, ese “*hasta cierto punto que se siente cuando un poco no se sabe*”, se hacía sentir en todo el mundo.

El ocaso estaba cerca y los seres cambiarían en algún momento, en cualquier menudencia, aunque el santiamén se midiera en siglos, después de todo, los dioses son eternos y solo mueren una vez, y una vez más, y al final...sólo una vez más por última vez. Pero cuando deciden morir, no se van al mundo de los más lejos solos. Va con ellos sus súbditos; también en el mundo de los muertos hay que rendirle culto a los dioses. También los dioses tenían a sus dioses muertos y sus sacrificios de entrega... o será que ¿ven a los humanos como dioses de sacrificio?

Pero la abuela no estaba, al momento, dispuesta a entregar su vida al vetusto dios. El hueso que dentro de ella crecía, le daba fuerzas para salir adelante, y con el coraje de madre, y dolor de mujer, seguía

caminando entre peñas y piedras:

la abuela, que había sido hija, ahora era madre. Madre de naturaleza india en todos y varios sentidos. No mestiza, aún no se había mezclado la sangre pura de mujer y hombre antiguo, orgulloso mexicano por opción y ancestro por derecho. La maternidad de mujer se había reflejado en inseparable; en la tierra, sembrando y colocando el fruto para verlo crecer, en el esposo al recibir el fruto líquido de un ser que poblaría y continuaría su tradición de sangre pura, indígena tal vez, pero pura. En los padres que, como ella, habían deseado ver el fruto de su unión, y de su deseo carnal, reflejado en un ser con ideas propias, tan inconfundibles como la misma unión de cuerpos. En los hermanos, que se veían unos a otros buscándose rasgos que reflejaran un algo parecido en sus caras, sus ademanes y sus sentimientos. Y en sus dioses, que habían sido paridos por todas las madres del mundo... on dolores, sangre uteral y cordones umbilicales depositados en los campos de batalla.

Y la madre había sido inseparable en la entrega de sangre y llanto. Una sangre blanca en forma de desconsuelo y otra roja con la castidad del llanto, igual que el atardecer que se perdía entre los callos del campo y las piedras del camino.

Con los enseres de mujer, de hembra de su hombre, cargados al hombro; ollas, jarros, un vestido, unas sales para el dolor y un recuerdo del abuelo, y con los sufrimientos del recato guardados en el alma (que pesaban mucho mas que todos los trebejos juntos) seguía mirando al frente, buscando la estrella que la guitarra en el camino, en dirección a su descanso final... lejos de aquel dios que ya llegaba.

Aún el jade se rompe,

Aún el oro se quiebra,

Aún el plumaje del quetzal se rasga...

¡No se vive para siempre en la tierra...

Sólo aquí en breve instante perduramos!

Netzahualcoyotl

Muchos presagios funestos del fin del mundo se presentaron en los tiempos que el gran señor *Moteczuhzoma* gobernó la tierra de los abuelos.

La piel del antiguo mundo se estaba cambiando. Como en aquellas ceremonias de la nueva cosecha. Delicadamente se estaba quitando la piel del hombre antiguo, que en su juventud, la dejaba al ser pelada de su cuerpo aún vivo. La piel sería colocada arropante al nuevo sacerdote que la buscaba con ansia y con deseo mórbido. Se ajustaría a su cuerpo. Lo ahogaría, pero le daría a sus dioses la perseguida cosecha de una nueva tierra.

Una mañana, mientras *Tonatiuh* levantaba su manto al nuevo día, y la abuela preparaba sus canastos tejidos de paja, y aún crujientes, con la comida que serviría en el *tianguis* de Tlatelolco, el cielo se tiñó de rojo, como si estuviera encendido y presto a devorarse a los que despertaban al desconsuelo, o muerte, del nuevo día. La abuela que vivía en Tenayuca, la primera capital de sus ancestros pudo ver en el camino hacia el lago; gente salir de sus cuevas en el cerro del Tenayo y saltar las murallas del pueblo, todos pidiendo señales de aquella aurora que se mostraba como si estuviera el cielo sangrando... punzado por espinas de maguey en muestra de dolor por sus hijos mexicanos.

Y tomó sus enseres y se dirigió al lago...

La estrecha y ligerísima canoa, hendía, -cual flecha disparada por el arco de un guerrero tenocha... con las ondas negras del frío canal cercado de altos y temblorosos árboles oscuros, dirigiéndose fantasmales, como muertos caminantes, hacia la confusa masa negra que a lo lejos entenebrecía la

extraña lividez de penumbras solitarias del Oriente-, se alejaba lentamente abriendo surcos de agua al golpe de los remos.

Los cuatro jóvenes remeros, batallaban incansables haciendo volar la barca. La canoa favorita del abuelo, donde con el vaivén del agua, iba durmiendo tranquilamente en un vientre sereno un ser que no sabía del mundo por venir.

...más veloz, más veloz, bravos remeros, aún más prisa ¡más deprisa todavía! ¡Clavad los fuertes y largos remos en el fondo del canal; avivad, el vuelo de la barca, porque he prometido, a los dioses propicios a la felicidad, llegar pronto antes de que asome el grande y soberbio Tonatiuh... allá, cerca del alto Popocatepetl humeante y de la hermosa Ixtlacihuatl durmiente... !

*¡Oh! Así, mis infatigables amigos, leales servidores míos, devorad la superficie de las tenebrosas aguas, hasta que logremos arriba a Tenochtitlán, a mi mercado, donde mi soberano, y gallardo príncipe poeta, encontrará los palacios del valiente Ixcoatl, el de la macana tremenda...
Más veloces aún, ¡oh! Mis remeros ágiles, que si lográis salvar la vida veréis otro mundo.*

Ese día, contaba la abuela, el fuego de los comales no ardió ni los caldos se mezclaron con las verduras ni las carnes.

La langosta en el cielo, suspensa, justo al centro de la gran ciudad, se presentaba imponiéndose al mismo *Tonatiuh*.

Por días, esa mancha se quedó en el cielo, y el gran señor de Tenochtitlán sacrificó tantos esclavos como pudo. Caminaban los hombres ansiosos de, y a, su destino, sus caras erguidas y orgullosas por el camino que esperaba su caminar al sacrificio, y sabían sus cuerpos del destino final, y sus almas orgullosas de su holocausto se mostraban auroras sobre sus cabezas celestiales, y caminaban a su ofrenda ulterior...todo aquello para calmar a los dioses, y así; pedir por sus hijos, humildemente, el perdón de cualquier falta cometida.

Platicaba la abuela qué, los Caballeros Águila y Tigre salían con sus mejores galas en busca de ofrendas y regresaban con las manos vacías sacrificándose, al final, ellos mismos. Todo aquel año XXII Casa, fue en los labios de las gentes, y el alboroto general se sentía más en el *tianguis* que en otro lugar de la gran ciudad.

Habíase ya acostumbrado la gente a ver aquella herida de *Tonatiuh*, cuando una tarde; el mercado se tornó en un gran alborozo con gente corriendo y gritando; “está en llamas”. La abuela preguntó a unos que pasaban lo que sucedía y ellos respondieron ; “el Tlacateccan” (la casa de mando de Hitzilopochtli) se encendió por su propia cuenta.

Para cuando mi abuelo llegó al lugar, las columnas ardían y salían llamas que llegaban al mismo cielo, buscando y queriendo alcanzar las llagas de *Tonatiuh* y con su fuego suturalas. Todos los que podían, y los que no; ayudaban inútilmente tratando de apagar el fuego, pero las llamas eran mas fuertes que el poder de lo hombres, y no fueron pocos los que quedaron como última ofrenda de aquella hoguera, atrapados entre las llamas de la casa y los pilares, que ardían llenos de la pesadas costras de sangre coagulada por los años de sacrificios. Parecía que el agua servía más de alimento que de muerte a las llamas, el olor a sangre y fuego se unía al estruendoso vocerío que a univoz gritaba: “*mexicanos vengan deprisa; traigan sus cántaros...*” se perdían las voces y los gritos entre los llantos de las mujeres, que venían con su sentido práctico, muy femenino, que todo esfuerzo era, y sería inútil.

Era la ceremonia de *Hueytecuilhuitl*, la gran fiesta de los señores, y la abuela preparaba las jicaras y platos para servir las comidas del día. Ese día, siguiendo la costumbre, se distribuían acopios entre gente. El abuelo estaba preparando uno de sus largos viajes y había apartado los víveres que, como un padre que alimenta a sus hijos, entregaría al pueblo antes de iniciar su viaje.

La noche anterior, había hecho sus ofrendas a *Xiuhteculi*, dios del fuego: el más temido de todos sus

dioses.

Contaba la leyenda qué; fue una pareja, un hombre y una mujer, los que inventaron el fuego, y cuando lo hubieron hecho se dedicaron a asar peces para comerlos; pero los dioses se indignaron por la osadía que habían tenido de descubrir el fuego sin su consentimiento, y los castigaron convirtiéndolos en perros.

El abuelo temía mucho al dios del fuego, porque sabía que el primer hueso de su sangre, había osado usar el fuego sin el consentimiento de los dioses, y había desaparecido, quizás convirtiéndose en perro. En la madrugada, a la salida del sol, había hecho su ofrenda de papeles santos, atándolos a una asta roja los había ofrecido solemnemente a *Tlateculi*, dios de la abundancia, y por último a ; *Zacatzonti* y *Tlacotzontli*, dioses del camino. Reuniendo cuidadosamente todas las cenizas de sus ofrendas, y sin mezclarlas, ni con otras cenizas vulgares ni con la tierra del suelo, buscó un lugar en la casa y sublime, en un hoyo hecho especialmente para ser propósito, las enterró. Todo estaba preparado: las mantas de algodón, las almendras de cacao y las no pocas plumas de ánade llenas de polvo de oro, estaban ya atadas a su espalda.

Los *naaloztomecas*, con sus cabezas recién afeitadas y sus cacxtles sobre sus espaldas, colgados de la frente con bandas de cuero, tensas y con huella del tiempo, esperaban en el *tianguis* para integrar la caravana del abuelo.

Al llegar al lugar donde la abuela servía sus comidas, ya para sentarse a tomar de una jícara de líquido caliente, hecho con granos amargos traídos de Nautla y que él endulzaba con pedazos de piloncillo, ya fumar en silencio su caña llena de tabaco, se escuchó la algarabía de la gente que por las mañanas se reunía a comer tamales con *atolli*; el templo de *Xiuhtrcuhtli*, había sido herido por un rayo. Este templo era de paja, pero no por serlo, dejaba de ser uno de los principales edificios del templo mayor de Tenochtitlán. El abuelo se quedó pensando por un momento y dijo; “*el golpe del sol nos dice que el mundo pronto acabará*” y diciendo esto, se fue en busca de su caravana, y se marchó sabiendo que nunca más volvería a ver a la abuela.

Antes de marchar, platicaba la abuela, no llovía recio, sólo lloviznaba levemente, y mi abuelo regresó antes de irse, con un perro café claro, cobrizo, del mismo color de la piel de mi abuelo, y se lo entregó diciendo; te dejo éste perro para que te acompañe. Cuidalo como algo tuyo. Tiene que ser de éste color, porque al llegar el río, que algún día tendrás que atravesar, si llevas uno blanco se excusará diciendote: “*A mí ya me han lavado*” y no querrá acompañarte, mientras que si fuera negro te argüirá: “*no hay agua que me lave a mí*”.

Dicho esto, y entregado el perro, se despidió de sus compañeros Pochtecas.

Por la noche, camino a casa, la abuela escuchó el canto del *tocolotl* tres veces, y quien no sabe, que ese canto no es, sino señal más segura de muerte.

La abuela siguió con su rutina de preparar las comidas de cada fiesta, y las otras, que a diario servían de alimento a miles de gentes que venían de toda la región al *tianguis*.

Cada Xihuitl tenía 18 meses, de veinte soles cada uno; Coatl, Cuetzpallin, Calli, Ehecatl, Cipactli, Xochitl, Quiahuatl, Tecpal, Ollin, Cozacacuauhtli, Cuauhtle, Ocelotl, Acatl, Malinalli, Ozomantli, Itzquintli, Atl, Tochtli, Mozatl y Miquiztli, que se dividía en cuatro grupos de cinco soles cada cual, era el quinto sol en el que la abuela preparaba las comidas espeiales. Se contaban 18 veces de fiestas, dedicadas a los dioses, y la abuela pasaba las noches enteras preparando las comidas de esos días.

La suma de los meses, la colocación exacta de los astros en perfecta alineación, del mayor al menor, del más importante al más insignificante y del mayor al menor, del más importante al más insignificante y del que encaña al hombre hasta el que alberga a los dioses... cotilla de tiempo justa para la creación de un ser y su complemento. Dos sangres independientes en el propósito común de la

unión de sus cuerpos carnales, y al resultado de sus líquidos de vida divididos en dos hermanos de sangre que, en forma independiente, cada cual, en su propio medio, se preparaban a lo lejano... destinados en un momento sacro al ciclo maduro de la continuidad de uno de ellos, a ser séquito y recipiente usurpador de sangre perpetua entre el cielo y la tierra. Dos ideologías se aprestaban en el infinito, e inmenso destino de los dioses... todo preparado metódicamente para el inicio de su último juego, su postrero deseo de cambio ante los hombres de la tierra.

El lenguaje físico en que los dioses habían creado al ser humano se hacía más entendible. Todos los seres se habían creado en un solo fundamento y propósito de existencia. Sus partículas interiores eran iguales; la misma sangre, el mismo núcleo de pensamiento, el mismo sentir, amar, llorar, procrear y respirar, la misma fusión de los órganos, los dedos las manos, la nariz, los ojos, el corazón palpitante y el sentir de un algo superior...nadie nacía diferente, tampoco sin la unión de los cuerpos en forma física y , sin embargo; el tiempo había creado en su propio tiempo un espacio de individualidad compartida en todos los seres. Cada corpúsculo de cada ser vivo tenía en su interior un mundo de partículas que compartía en cada fracción de célula viva. Todo igual y todo en el mismo espacio de cuerpo. El mismo dolor, el mismo sentimiento, el mismo sufrir por el cariño a su crío, sus compañeros. los mismos dolores al punzar sus dedos. Los mismos sentimientos de ansiedad cuando el mundo presentaba ansioso todo igual; sólo el alma diferente. De entre millones de partículas, tres minúsculas y no visibles al ojo humano, sino al corazón y la mente de un sentir puro, se habían mantenido a esas células, personales y únicas, el sentir del que las llevaba en él. El deseo del bien y el mal, el deseo desentir cariño de otro ser humano y el deseo de ser un ente superior y eterno en un mundo lleno de seres que, al igual que él, eran humanos.

Nueve meses paralelos, en dos criaturas diferentes, habían sido plantados en dos tiempos de medida en un mundo fuera del orbe, y ahora, se enfrentaban en un terreno virgen y apercebido para su procreación... pero con una ansiedad idéntica.

El quinto sol empezaba a su largo caminar por la existencia de un pueblo. Ya principiaba el ciclo final de la creación humana y el motivo para la culminación del universo... la mezcla de dos razas en un solo predestinado ser.

Cada fiesta era muy importante, al pueblo y a los dioses, y el pueblo que había sido entregado en su fortuna a la adoración de cada uno de ellos, se reunía en grupos y se presentaba ante los otros con sus mejores ofrendas.

Y las fiestas eran nobles.

La de *Hueyto-zoztontli*, a los dioses la maíz:

en esta fecha la abuela, se sentaba y platicaba a todos los que querían escuchar del libro sagrado de sus antepasados, el *Popol-Vuh*, que decía como se habían creado los hombres.

Los dioses comenzaba diciendo:

Ometecutli y *Omecihuatl*, que eran los creadores del inicio y que del todo, incluyendo la nada que había existido antes que ellos, convencieron a *Chalchitlicue*, diosa de las aguas serenas, de que subiera al cielo y se convirtiera en el Sol. Al principio *Chalchitlicue* estaba renuente, pero al final subió. Entonces los dioses crearon a un hombre con sus huesos, pero lo hicieron tan chiquito y delgado que se les perdía entre las manos. Este hombre corría, corría pero no les hacía templos ni sacrificios a los dioses. Entonces *Chalchitlicue* se enojó con ellos, tanto qué; estalló y llenó el mundo de agua; y éste hombre se convirtió en pez; terminando así el primer Sol, y con él; la primera Vida...y el Sol, seguía a la mitad de su creación.

La segunda vez que los dioses deciden crear a otro hombre le piden a *Ocelotl*, el jaguar, que sea el Sol. Y crean a otro hombre, pero ésta vez no tan pequeño; ahora era enorme, un gigante. Estos hombres eran tan grandes que eran torpes y flojos. Tan torpes eran, que comenzaron a tropezarse unos con otros. Al tropezarse y caer se rompían, porque estaban hechos de barro. Y formando los cerros, la flora y la fauna. *Ocelotl* bajó del cielo, y devoró a la segunda vida y al segundo Sol.

La tercera vez que los dioses decidieron crear a otro hombre le piden a *Ehecatl*, dios del viento, que sea el Sol.

Los dioses ya no quisieron hacer al hombre con barro, pues anteriormente les había salido mal, y decidieron crear al hombre con el alimento sagrado; el maíz. Pero ésta vez el hombre les había quedado tan perfecto que todo el día se veía en un espejo y no hacía nada, ni templos, ni sacrificios, nada. Los dioses nuevamente se volvieron a enojar y convirtieron a éste hombre en chango ; terminando así el tercer Sol y la tercera Vida entre grandes vientos y huracanes. Ya cansados los dioses deciden intentarlo nuevamente : Ésta vez le piden a *Tláloc* que suba al cielo y se convierta en Sol. Los dioses deciden volver a hacer al hombre con maíz, pues el último les había quedado muy bien, y esta vez le piden a otro dios que les haga un corazón. Pero éste hombre se la pasaba hablando. Éste, era un hombre muy bueno, pero demasiado flojo, y los dioses muy enojados lo convirtieron en guajalote, perro, pájaro y mariposa; y termina la cuarta Vida y el cuarto Sol destruido por lluvias... y el cielo se despedazó.

Los dioses hartos y cansados se negaron a hacer un quinto intento.

Quetzalcóatl, por su parte trataba de convencer a los dioses de todas las maneras posibles para que volvieran a intentar.

Cuando *Quetzalcóatl* se va, los dioses le piden a *Mictlántecuhтли* que esconde los huesos con los que crean los hombres en lo más profundo del Mictlán. Los dioses no querían sentirse tentados de volver a intentar. Pero *Quetzalcóatl* al enterarse, decide bajar al Mictlán por los huesos...

Y luego fue *Quetzalcóatl* al Mictlán, se acercó a *Mictlántecuhтли* y a *Mictláncihualtl* y enseguida dijo:

- Vengo en busca de los huesos preciosos que ustedes guarda , vengo a tomarlos.

Y le dijo *Mictlántecuhтли*:

-¿ Qué harás con ellos, *Quetzalcóatl* ?

Y una vez más dijo *Quetzalcóatl*

-Los dioses se preocupan porque alguien viva en la tierra.

Y respondió *Mictlántecuhтли*:

- Está bien, haz sonar mi caracol y da vueltas cuatro veces alrededor del círculo precioso.

Pero su caracol no tenía agujeros.

Llamó entonces *Quetzalcóatl* a los gusanos, y éstos le hicieron los agujeros.

Luego entraron allí los abejorros y las abejas y lo hicieron sonar.

Al oírlo *Mictlántecuhтли*, dijo:

- Está bien toma los huesos.

Pero dice *Mictlántecuhтли* a sus servidores:

- Gente de *Mictlán*: dioses, decid a *Quetzalcóatl* que los tiene que dejar.

Quetzalcóatl repuso:

-Pues no, de una vez me apodero de ellos.

Y dijo a su nagual, *Xolotl*.

- Ve a decirles que vendré a dejarlos.

Pero, luego subió, y cogió los huesos preciosos.

Estaban juntos de un lado los huesos de hombre y juntos de otro lado, los de mujer, y los tomó e hizo con ellos un hato. Y una vez más dijo *Mictlántecuhтли* a sus servidores:

- Dioses ¿de veras se lleva *Quetzalcóatl* los huesos preciosos?. Dioses vayan a hacer un hoyo.

Luego fueron a hacerlo y *Quetzalcóatl* se cayó en el hoyo, se tropezó y lo espantaron las codornices. Cayó muerto y se esparcieron allí los huesos preciosos, que mordieron y royeron las codornices. Resucitó después *Quetzalcóatl*, afligido le dice a su nagual:

-¿Qué haré, nagual mio?

Y éste respondió:

-Puesto que la cosa salió mal, que resulte como sea.

Lo recogió, los juntó hizo un atado con ellos que luego llevó a *Tamoanchán*.

Y tan pronto llegó, la que se llama *Quilztl*, que es *Cihucoatl*, los molió y los puso después en un barreño precioso, y sobre él se sangró su miembro. Y enseguida hicieron penitencia los dioses:

Apantecuhtli, *Huictlolinqui*, *Tepanquizqui*, *Tlallamanac*, *Txontemoc* y *Quetzalcóatl*.

Y dijeron:

-Ha nacido, hoy dioses, los *Macehuales*, los merecidos por la penitencia. Porque, por nosotros hoy hicieron penitencia los dioses.

Y nacieron los primeros hombres.

Ella, *Cipatonatl*, la que debía hilar, y El, *Oxomoco*, el que debía trabajar la tierra y no estar ocioso. Pero;¿Cómo viviría aquel nuevo ser si le faltaba el sustento?

Y entonces fue, que el propio *Quetzalcóatl* se transformó en hormiga negra y fue a traer granos de maíz que otra hormiga roja había descubierto. Pero la hormiga roja no quería decirle a la negra donde había escondido los granos de maíz.

Muchas veces preguntó, pero la hormiga roja no quiso decirlo. Luego, en un momento de suerte, la hormiga roja le dijo que allá, señalando el cerro de *Tonacatepetl*, y *Quetzalcóatl* arregló el maíz y se lo llevó a *Tamoanchán*.

Lo mascaron los dioses y lo pusieron en la boca de los hombres para robustecerlos. Después dijeron : “¿Qué haremos del *Tonacatepetl*?”. Fue solo *Quetzalcóatl*, lo ató con cordeles y le quiso llevar a cuestras; pero no lo alzó. A persistencia, *Oxomoco*, echo suertes con maíz; también agoró *Cipactonatl* ... por fin, los dioses de la lluvia traen tierra y su nagual desgrana el maíz a palos.

Así pasaba l día, y al final después de escuchar las leyendas de la abuela, todos se reunían y cantaban:

“Ha nacido el dios del maíz en Tamoanchán, en el lugar en que hay flores; el dios I-Flor; el dios del maíz ha nacido en el lugar en que hay agua y humedad, donde los hijos de los hombres son hechos; en el precioso Tsmosnchán ha nacido el dios del maíz...”

Como añadidura a la celebración: Se montaba un palo grueso, un poste muy alto al centro del mercado. De él se enrollaban, desde su parte superior, cuatro cuerdas muy largas, tan largas como el poste mismo y al final, en la punta superior del mástil, había un pequeño cuadro de madera, solo lo suficientemente grande para que una persona pudiera pararse firme sobre su pequeño espacio. Lenmente subían cinco personas, simbolizando los cuatro puntos del todo, el Norte, el Sur, el Este, el Oeste, y el quinto, el cuadro de madera: el centro de todo.

Hacían una ceremonia a los cuatro elementos de la vida: fuego, aires, viento y tierra, y subían al poste y a los cuatro soles, los cuatro “fines” del mundo.

Una de éstas personas, la del centro, bailaba sobre el pequeño cuadro a los sonidos de un pequeño tambor de madera y piel de venado, y de una pequeña flauta de carrizo de cuatro hoyos. Los cuatro, amarrados de los pies, bajaban desenrollándose dando círculos al poste, exactamente 13 veces antes de tocar la tierra. Las 13 veces por los cuatro hombres formaban el 52...una gavilla de años. Así el centro de todo giraba en torno a los 52 años.

cuatro veces en el tiempo, y en la vida del ser humano, cambia “el todo”. Y el silencio, que estaba

dormido ¡despierta! sin saber que ha despertado.

El hombre permuta de su niñez e inocencia y de su falta de conocimiento juvenil, por así decirlo, a los 13 años...la mujer se entrega ante el cambio en una donación de su sangre, que le dice que los pétalos rojos que brotan de su cuerpo pueden germinar flores, o en guerreros dispuestos a ofrecer la suya. En su segundo ciclo empieza el camino al ser hombre. La segunda etapa de paso está dividida entre los últimos dos ciclos de vida. Los primeros 13 de los últimos 26 -al tercio de su vida- es de decisión de fuerza, de saber que uno está dispuesto a no llegar al final. Todo por el hecho de comprender qué: el quedarse a medio camino, es mejor que continuar con el trecho faltante, más...más aún;: si no se sabe el propósito de seguirlo hasta el fin...Aquí quedan los inertes, los que no tienen sentido en su paso terrenal y sobretodo, los valientes que dan su sangre sin importar el hecho de que el rojo líquido, es fuente de vida.

*La muerte con decoro es la vida de lo honorables...*pero al final se queda el ciclo a la mitad del camino, siempre inconcluso en su propósito ante el término de un lapso que se tiene que completar... dando vueltas y vueltas hasta llegar al fondo de su destino...de la tierra nace el ciclo del hombre de la tierra vive, y en la tierra - que paciente lo espera-, encontrará su última morada de descanso.

Y las fiestas continuaban...

La favorita de la abuela; la *Tecuilhuitli*, el pequeño gran festín de los principes, que celebraba a la diosa de la sal y que la abuela decía que era la más importante de todas las especies. Platicaba la abuela que la sal, bien pudiera haber servido como medio de comercio, y en lugar de oro y cacao. Decía ella: “*yo prefiero una bolsa de sal en el desierto que todo el oro del mundo*”.

...y uno mas que causaba agitación entre todo el pueblo.

El juego sagrado del perdedor fijo.

Esta fiesta juego era tan esperada que el pueblo no podía contener su entusiasmo. Se pagaban hasta tres pavos y cien gramos de cacao por los lugares de privilegio. Cuando aparecían los dos más bravos guerreros de los clanes de los Caballeros Aguila y los Caballeros Jaguar se hacía el silencio más absoluto : Nadie lo pedía, pero hasta el viento se quedaba quieto, para que se escucharan mejor los tambores, los cuernos y las matracas. Lo que se pretendía era no perderse ni un solo detalle de la danza de los héroes. Porque sus movimientos iba a permitirles saber quien sería el ganador en el próximo juego, algo muy importante a la hora de cruzar las apuestas.

El caballero aguar iba vestido con la piel de varios de estos feroces animales y cubría su rostro con una máscara de madera, que ofrecía las formas de una bestia con la boca abierta en un refugio. Al Caballero Jaguar iba vestido con la piel de varios de estos feroces animales y cubría su rostro con una máscara de madera, que ofrecía las formas de una bestia con la boca abierta en un rugido. Al Caballero Aguila le correspondía saltar, igual que si con cada impulso fuese a remontar vuelo. Ambos eran muy jóvenes y portaban lanzas, rematadas con obsidiana y grueso escudo. El Caballero Aguila se cubría con un vestido compuesto de plumas del ave que representaba y su máscara imitaba el pico de la misma...
...A lo largo de unos minutos los dos valientes siguieron entregados a una especie de danza, en la que parecían estar luchando con lanzas: simulaban que las arrojaban hasta alcanzar a sus visibles enemigos; luego las desclavaban y a la vez, daban saltos como si estuvieran esquivando las armas enemigas. Esto formaba parte del ritual guerrero, en el que únicamente podían intervenir los mejores de los clanes. Por eso se les había llevado a la ciudad secreta de *Malinalli*, donde nunca se pudieron ver; sin embargo; los dos contaron con los patios ideales para el entrenamiento que les dejaría n condiciones de intervenir en el juego sagrado.

En un momento muy precioso, estudiando ambos guerreros se detuvieron frente a una plataforma. Los asistentes lo aprovecharon para cruzarse apuestas con gestos y movimientos, sin hablar y manteniendo

los ojos fijos en lo que iba a suceder.

El Caballero Jaguar y el Caballero Aguila ya estaba subiendo los escalones que los separaban de la plataforma. Allí se encontraron frente al disco del sol, en cuyo centro surgía una estaca, a la cual se encontraba atada la piedra de un guerrero enemigo. Este nada más que vestía un modesto taparrabos, mientras sujetaba un escudo con la mano derecha y empuñaba una espada con la izquierda. Sin embargo, el arma era completamente inofensiva, por habersele quitado la afilada obsidiana, para convertirla en un simple palo.

El prisionero “fijo” a la rueda había sido un celebrado jefe de los tlaxcaltecas, que eran los enemigos tradicionales de los aztecas. A pesar de sus condiciones se hallaba dispuesto a pelear, como demostró al intentar golpear al Caballero Jaguar que se le aproximaba por atrás, pero solo encontró el aire frente al gran salto de quien pretendía ser su verdugo. Siguió luchando desesperadamente, mientras paraba los ataques de sus dos temibles rivales.

Súbitamente, el primer relámpago de la muerte llegó a través de la espada cubierta de cuchillos de obsidiana que podían cercenar un brazo o una cabeza de un solo taj, manejada por el Caballero Aguila. Ya no pudo escuchar nada más, porque había muerto; al mismo tiempo atronaban el aire los gritos de todos los espectadores que habían apostado por el Caballero Aguila como el que abatiría mortalmente al prisionero... Este juego formaba parte de los sacrificios humanos, luego estaba dedicado a los dioses. Un héroe había muerto para que lloviese, el maíz creciese con mayor abundancia que nunca, o las mujeres dieran a luz unos hijos más fuertes.

Moctezuma, quien cumplía con celo ejemplar sus prácticas religiosas, como jefe de todo un inmenso ejército y el primero de los adoradores de los dioses de su pueblo, después de sentir hondas nostalgias y raras tristezas, aburrimientos extraños sobresaltos imprevistos que turbaban sus placeres y amargaban sus orgías, delirios negros y pesadillas rojas que rayaban de dolor y sangre el sueño de sus noches, nervioso, irritado, soberbio y terrible, buscó los más inimaginables goces, anhelando calmar con néctares nuevos, la sed morbosa de sus imperiales fauces...

Un día, lleváronle en caracoles nacarinos, incrustados de ópalos, perlas y esmeraldas, en armazones de oro, - copas que valían un imperio y que costaron sangre y lágrimas-, el jugo de flores exquisitas bien fermentado...y bellas mujeres de *Xalixco* y súbditas de los sueños tarascos, le acariciaban las mejillas, el cuello y el vientre con plumas larguísimas de seda azul de misteriosos pájaros...

Y el jugo de la flor lo cautivó.

Sañada la flor (y ansiado su jugo) por las púdicas vírgenes. Se veía en sueños de los niños hijos de los grandes príncipes de las montañas. La cantaban en himnos musicales y épicos los sonetos de la corte; amada por lo guerreros que al aspirar su perfume extraño y arrebatador, momentos antes de la lid, sentíase vigorizados, palpitantes de soberana energía, iluminados por la luz de gloria suprema. Bañaban cristalinos arroyuelo de diamantes los jardines del viej rey de Achiutla y la divina flor, multiplicada prodigiosamente en albas constelaciones, irradiantes de belleza y perfumen espléndida, gallarda y purísima gloria de las vírgenes princesas...era el prodigio de las maravillas.

Y el Gran Señor quiere poseer la flor de las lejanas tierras.

Y van por ella sus mejores guerreros a Nochistlán, a la tierra de las flores:

el mismo valeroso Titlxiocitl conduce de regreso, después de feroz batalla, envuelto en largas mantas de algodón, el árbol maravillosos cargado de flores arrancado de los jardines de Achiutla, y una flor más al centro engalana el tallo...

Nadie, ni el mismo orgulloso conductor del tesoro, osó descubrir la sagrada reliquia, rodeada de una guardia de doncellas, y las mantas exhalan algo más aromas, y los sabios sacerdotes que acompañan al

árbol de las blancas flores, aseguran que es por la ansiedad de los dioses, que anhelan que pronto sea transplantado, ése árbol de flores a los jardines de Moctezouma.

Y al abrir las mantas ante el Gran Señor, una bella doncella se levantaba de entre las flores...más bella y radiante que cada péalo, una india Chichimeca de las Tierras del Oeste.

Y los sacerdotes ven en esa belleza la mayor ofrenda de la gavilla de años.

Y había otra celebración que tenía por objetivo la flor, pero era más “Florida”, “La Guerra de las Flores”.

Entonces los Caballeros Aguila se reunían en el mercado y se preparaban para su misión, la de aportar vida a los dioses. La Guerra Florida, era una batalla como cualquier otra, sólo que en esta ocasión, en vez de utilizar las implementas de la guerra se usaban flores para atacar al enemigo, y al final, se los capturaba para ofrecerlos a los creadores.

Los otros, los “enemigos”, también usaban flores y obtenían sacramentos para sus dioses de la misma manera.

“Como dioses que son desdeñan los alimentos groseros de los hombres y sólo pueden mantenerse con la vida misma, la substancia mágica que se encuentra en la sangre del hombre. Así la guerra, la conquista y el sometimiento de aquellos que no son de nuestro pueblo, pero solo los valientes pueden ser ofrecidos a los dioses de nuestra greda”.

Decía el abuelo cuando veía a un prisionero camino al Techcatl.

II

El tiempo siguió su paso lento y rápido todo el año XXII *Casa* continuaba con sus presagios y agüeros.

La muerte del abuelo empezó a tomar peso de la soledad de la abuela.

La luna llena, con su figura de onejo, iluminaba plácidamente las inmensas y oscuras rocas de Tenayo... y los bosques, a lo lejos de esfumaban con sus largas sombras hasta perderse en le lago desparramado a los pies del monte. Cantaba el eco un zenzontle ; negras aves aleteando lentamente pasaban ocultando, a veces, con fugitiva marcha el rostro redondo y blanco del astro nocturno. Y alla en el fondo del valle silencios y pálido, brillaban los grandes lagos, sobre cuya superficie de plata bruñidora se veía la sombría silueta de la gran Tenochtitlán.

De pronto se unió al murmullo de la noche, vago y enorme, un canto doloroso que vibraba en las soledades como un gemido de muerte y súbitamente, como había llegado, se apagó.

Por entre los matorrales, una sombra gigantesca que avanzaba monstruosa al ras del suelo, se detuvo en el instante en que la voz doliente que cantaba se extinguía.¿De quién era aquél acento melancólico, de quien la sombra gigantesca?.

-¡Oh virgen del blanco *huipíl*,!¿por qué tan sola?...

Tu eres maravillosamente bella ¿cómo es posible que vagues en estos desiertos montes tan sola, sin temor a las fieras ni a los vagabundos espías enemigos de nuestro Gran Tecutli, el poderos rey de Mexica?

Tu traje albo, tu belleza gentil y tu adorable juventud, me demuestran claramente que perteneces a las jóvenes doncellas de noble estirpe, que se educan para bien de la patria, en el sagrado *Czlmecac*, donde los sacerdotes del Sol preparan el porvenir de la valiente raza *Tenochca* . Di encantador doncella ¿qué dios maligno te arrebató del sacro recinto donde en ese instante tus compañeras núbiles, hunden sus gallardas formas en el *Czapan*, la primorosa alberca de las cristalinas aguas...?

Un minuto de silencio, dos tres, y aún otros más, rompieron el ruido de la noche.

Alto, pubescente y de noble porte, llevando el cahuipilli gris sin mangas y de brazos teñidos de negro

obsidiana....fuertes y hermosos, era el que hacía proyectar sobre las malezas del monte la sombra larga y fantástica, y era el también quien con ceremoniosas palabras y frases delicadamente escogidas, habíase dirigido a la abuela.

-¡Desdichado mancebo!- Tres veces se maldita ka hora en que recibiste el baño del bautismo: el sacerdote oráculo me aseguró que el hombre que encontraría en una noche azul y blanca como ésta, tendría que ser mi futuro esposo... y n sabes quien soy, infeliz *Yoaquisque*, de humilde raza. Pobre guerrero sin noble padre, ni gloriosas hazañas, que aún te enseñan el arte de los combates en el *Teocalli* , el colegio de los jóvenes plebeyos... Yo soy la hija mayor de la primera madre de todas las madres del mundo, pero tan infausta fue la suerte que para mi predijo el vidente sacerdote en las solemnidades de mi nacimientos, que soy la única doncella de sacro *Calmecac* que vaga sola por los bosques en las noches de luna para encontrar el esposo que me fue arrebatado...aunque sea en otro hombre, y ahora vienes tú a mi vida....que desgracia la mía.

Aterrado escuchó el joven *Yoaquisque* - guerrero humilde aún- las palabras misteriosas de la doncella vagamundo, sujeta por el dolor de su destino a abonar el sagrado recinto del *calmecac* insigne, para vagar por los montes, las noches en que pura y radiante y en su plena gloria de esplendor, la luna iluminase los campos, leguas y leguas fuera de *Tenochitlan*. Comprendió el mancebo que su humilde origen no le permitía desposar libremente a la hija mayor del mundo. La adorada de Moctezouma, que hollaba el Teocalli con su regio cacli de oro, el único que bebía el octli blanco de los festines, en jícaras incrustadas de ópalos y perlas. ¡Y, sin embargo, oh terrible voluntas de los dioses! Tenía que cumplirse su destino, desposándose con ella, aunque no pudiera nadie asistir al banquete familiar, ni dar su propia mano en la boca de su esposo, el primer bocado que marcaban los divinos rituales de su religión.

¡Qué afrenta!

Muchos instantes permanecieron absortos los infelices, bajo el peso del cruel augurio de su destino, anonadados, sin intentar rebelarse, mirando en sus imaginaciones torturadas por el dolor, el día fatal de su muerte, sin gloria, ni provecho....
¡Desventurados!.

Al fin el joven *Yoaquisque* levantó la cabeza, tan solo adornada por una pluma de águila y sacudiendo los brazos pintados de negro, exclamó:

-*Tloque Nahuaque*, el Alma Universal que ve todo lo que pasa en el mundo, sabe bien. ¡oh!desdichada hija de diosa, que no tuve inención de verte en estos montes, aunque yo comprendo por qué desde el día de nuestro nacimiento se unieron nuestros futuros destinos: ¡porque te amo! ¡No puedo resistir!

-El único medio que hay para que tú pudieras ser mi esposo, sería que vencieras en un combate al primer *Caballero Aguila* que hallases...Pero para eso necesitarás ser *Caballero Tigre*, todo un gran *Ocelotl*...

-Pues bien, iré a la guerra del Sur, combatiré con los feroces habitantes de las montañas, haré prisioneros y llegaré a ser pronto un *Ocelatl*...y combatiré con el *Cuahuitl*, con el Caballero Aguila.

-¿Cómo te llamas?-, preguntó la abuela.

-*Cocolixtle*- ¿y tú?

-No tengo nombre aún, soy una nueva tierra. Tomas las púas de maguey del sacrificio, no olvides que si te matan en la guerra yo al mismo tiempo moriré, presa de horribles dolores...que tu destino y el mío ya son uno...el *Cuahuitl* es el mal genio que nos persigue y que tú debes matar. Adiéstrate en derramar sangre, has muchos cautivos para ofrecer sus corazones al dios *Hitzilopochtli*...Piensa en mí...

Rápidamente desapareció la abuela...su *huipil* blanco dejó tras sí una estela de luz de nieve tan blanca como la del penacho del *Popocatepetl*, inmóvil y erguido allá en Oriente...

Y el joven *Yoaquisque*, hundiéndose las púas de maguey, sagradas,- bendecidas en el *Teocalli* para penitencia- bañó su rostro de bronce en la sangre que brotaba de sus heridas.

Y al ofrendar su vida al porvenir de la noche educanda, escapada por orden del auguro de su destino, del *Colmecac*, escuchó el tristísimo canto que vibraba tan melancólicamente en el monte solitario, a la luz de la luna.

Y el tiempo pasa...

¡Oh! Qué soberbios llegan los ejércitos victoriosos que vuelven del sur, después de haber dominado a los bravos y audaces guerreros de las serranías mixtecas.

Hay un frenesí indescriptible en las hordas populares al mirar que el convoy de prisioneros se prolongan en masa compacta por la calzadas y fuentes hasta la ciudad de *Tlacopan*...

¡Esta vez si que el Sol, el gran *Tonatiu*, esplendoroso, hará que el dios *Penteotl*, el buen dios del maíz, sea mas propicio que en las épocas anteriores en que el hambre asoló al pueblo...

-Ahora con tantos millares de víctimas, el cielo hará llover la felicidad...: El mismo Moctezuma mostrará su júbilo paseando en los puentes sagrados delante de las multitudes -dijo alegremente un viejo mercader a un joven *yoaquisque*, que no había ido a la campaña.

-Y sabéis, señor, que el que más prisioneros hizo fue un compañero mío que vuelve convertido en *Ocelotecutli*, si señor, todo un caballero tigre que llega con más despojos y prisioneros que sus jefes...

Entraron los nobles vencedores a los patios del *Calmecac* de las vírgenes para que estas contemplen a los que destinan los sacerdotes por esposos, sus esclavos y mancebos cargaban tesoros y ofrendas, trofeos de guerra y caza.

Y las vírgenes vestidas con los blancos *huipíllis* les contemplan, arrobadas ante la gallardía de los caballeros águilas, más nobles que los *Ocelolt*.

Solo un *Ocelolt* del *Techpulcati*, de origen plebeyo, se dirigió al mercado de la gran ciudad...

Sin decir una palabra se contemplaron. Él , orgulloso, le mostró sus presas bélicas... Élla le respondió:

-Ve a vencer al águila, antes de que te desposes con la paloma.

Cocolixtle salió; pero ya no debía volver nunca...y en el monte del Tenayo se encontró su cadáver, y una paloma blanca canta todas las noches de luna llena, una canción fúnebre tristísima...

Cuando dos seres han estado unidos por el tiempo y por la sangre, por los sueños y por los sufrimientos, solo el recuerdo puede mantener algo de esperanza de la soledad. Cuando el hombre, por describir a un ser humano, ha sentido el calor de la compañía y el hombro de apoyo de otro ser, la ausencia dl mismo, cuando se aleja para siempre, es la agonía en silencio de una muerte que se acerca y se añora...sin querer tenerla. El ser que se aleja por destino de su tiempo no es sufrido, sino por el contrario... se goza su partida. Pero aquel que se nos arrebató y se nos toma por la fuerza, es un sentimiento inconcluso de sueños de risas. De calor humano que quedo incompleta por la falta de ternura y de miles y miles y millones de añoranzas planeadas. De risas sin sonrisa, de besos sin ternura y de roces de piel sin calor de ser. Pero es más triste aún la soledad de la despedida cuando no se dijo el último adiós. Cuando no se dio el último beso, la última mirada, el último,... asi la abuela vivía su recuerdo sintiéndolo en su soledad. Mi abuelo se había marchado llevándose la última sonrisa en sus labios y con ella, la de la abuela se había desterrado de entre las grietas de sus mejillas ya tostadas por el sol y agrietadas por el tiempo, no edad, sino tiempo.

Entre el antiguo, y lo antiguo no existía el tiempo en forma de ciclos de lunas o de soles. El tiempo se perpetraba como un estado de vida en la cual se logra, durante ese lapso, un algo que se puede dejar en la vida como, recuerdo para los que atrás vienen y quieren aprender de su mismo tiempo.

El hombre no madura desde su procreación porque el lapso pasó en un ciclo de meses -nueve o menos- por dar un número. Madura porque otro ha puesto en él un poco de experiencia. El feto no nace porque pase el tiempo mace porque la madre que lo guarda le ha dado su experiencia y lo alimenta con los frutos de su albedrío, su maíz, su chile, su tortilla, su leche y sus sacrificios. Su cuerpo cambia y sus sentidos aún más, y el ser madura entre las aguas de su cuerpo y el producto parasital se alimenta entre el murmullo vacío de los sonidos que de ella, de su madre, llegan en forma de canto de palabras de amor. Camina sobre sus pies hinchados, como un ser celestial y divino y erguido con el vientre adelante. Se ve airosa y en la cara refleja el orgullo de su entraña, y se hace madre día a día y mes a mes, y los segundos la matan y el tiempo le da vida hasta que expulsa en dolor su más preciado fruto. El tiempo, así no cuenta más, solo madura mientras espera a que acabe el curso para seguir adelante buscando más y más tiempo... y la mujer también cambia. Su belleza se torna dulce, atractiva a los ojos de los hombres, y toda ella se torna en otro ser que habitaba en ella mucha antes de que se duplicara en su vientre su propia conflagración de partículas de vida, cambiando así, de mujer a diosa creadora de su propia virtud.

A menos de 40 soles de que el rayo hiriera el costado del templo mayor, la abuela se enteró que el hueso de mi abuelo había dejado en ella el recuerdo de su ser, y con gusto y tristeza se sintió llena de su esposo que había muerto en manos de Naoaloztomecas para robarles las almendras de cacao. El otro había sido entregada a la abuela en las mismas plumas que ella arreglara la noche antes de su partida.

Estaba la abuela preparando el caldo del día cuando el agua comenzó a bullir sin tocar el fuego. El viento de la gran ciudad la había hecho alborotarse hirviendo. Como si hirviera en furia, como si se rompiera en pedazos al revolverse, y era tanto su hervor, que las carnes se perdieron en sus grasa y las verduras desaparecieron en una sola masa de lodo hirviente. A salida de Tlacopan, junto a la laguna, las casas perdieron sus cimientos y se juntaron con el agua. La gente corría asustada por el calor de la tierra, y los niños, se perdían en las aguas borbollantes de la laguna. La abuela sintió el agua de su cuerpo hervir y su fruto se extendió, y empezó a crecer, buscando salir a escaparse de ese fuego que le rodeaba. El último sol empezaba a llegar en forma desmesurada y tajante, y sobre la ciudad había miedo, y sobre el cielo un hálito de muerte.

Pasaron dos lunas y el fruto de la abuela siguió su curso.

Una noche, mientras dormía sintiendo los dolores que causaba el recuerdo de su esposo muerto, escuchó a lo lejos una voz que gritaba:” *Hijos míos tenemos que irnos de aquí...tenemos que irnos lejos*”. La noche siguiente, la misma voz gritó: “*Hijos míos ¿a donde los llevaré?*”...nopilhuan,... nopilhuan...cocone...

...y las mujeres por las mañanas reunían en el tianguis, y comentaban con susurros los gritos de aquella mujer que lloraba por sus hijos...se comentaba que era la dios *Cihuacóatl* quien aparecía elegantemente vestida y en las noches gritaba y bramaba en el aire, su atuendo era blanco y el cabello lo tenía puesto en forma tal que, aparentaba tener cuernos en la frente...y por las noches, los vecinos solo se entregaban a sus dioses argumentando que los lamentos eran de un ánima del otro mundo, pero la situación fue tan insistente que la gente más despreocupada, o atrevida, salía a cerciorarse que era aquello, primero lo hicieron desde las puertas y las ventanas, después algunos se animaron a salir y lograron ver a quien lanzaba tan lastimeros gemidos.

La mujer que vestía una vestimenta blanquísima y se cubría el rostro con un velo, avanzaba con lentos pasos recorriendo las calles de la ciudad, sin faltar una sola, a la plaza mayor donde, viendo hacia el oriente, e hincada, daba el último y languidísimo lamento. Una vez puesta en pie, continuaba con paso

lento y pausado hasta llegar a la orilla del lago donde desaparecía sin hundirse en sus aguas. Esperaba la abuela a los mercaderes que traían la mercancía del día y no llegaban. Una mujer del palacio se acercó a los que esperaban y empezó a contar que los que trabajaban en el agua, habían atrapado un pájaro ceniciento muy raro en sus redes. Se lo habían llevado a la casa de lo Negro y el gran señor estaba esperando la respuesta de los *Tonalpouhques*.

Pasó el medio día y los mercaderes estaban esperando la noticia de aquél agujero que se unía a los llantos de las noches anteriores. Los hombres abiertamente admitían haber escuchado los lamentos de la mujer llorona, y las mujeres ya no cuchicheaban en silencio sus temores. Por fin, la noticia llegó el pájaro tenía la cabeza de espejo en espiral y en rejuego, cómo si estuviera perforada en su centro. Por ella se podían ver las estrellas, el Mastetejo. Y el gran señor sintió un mal presagio de todo eso. Cuando tuvo la cabeza del pájaro frente a él, vio allá en lontamazana; un grupo de gentes que venían de lo lejos, empujando y destrozando lo que pisaban.

Algunos montados en venados gigantes con cuernos de plata, y animales nunca vistos, que escupían fuego de sus ojos destrozando árboles, montañas y casas. Las caras de sus Caballeros Aztecas destrozadas y sangrantes entre sus plumajes de gloria mostraban los cráneos abiertos como calabazas pisadas por los venados. Y llamó a sus magos y a sus sabios y a las comadronas del palacio y les preguntó: ¿Qué es esto que veo?, y ninguno pudo contestar. El tianguis se quedó mudo y por primera vez en todo el tiempo de la existencia del hombre, antes que Tonatiuh se cubriera con su manto, el lugar estaba vacío.

Los días pasaron en total luto.

Gran agitación había en el palacio de Moctezouma.

Los cortesanos, los caballeros y los adalides que portaban rojos *ichcashuipilli* y cascos de cabeza de tigre, junto con los campeones águilas, se aglomeraban en preocupante confusión ante el trapezoide puerta de su soberbio palacio.

De sus antros surgían alaridos y sonos tristísimos, graves sacerdotes de rostro ennegrecidos, de un negro brillante y cortante de obsidiana, horribles, corrían día y noche bajo los frisos de grecas, levantando los brazos en señal de honda y suprema desesperación.

Y ve él desde sus balcones, ahora con brotes marchitos donde antes rebosaban abiertas las más bellas flores, como llegan las largas procesiones, las sacerdotisas sagradas y las vírgenes educandas del templo, albeando a la luz de la mañana, pura y radiosa, sus *huipillis* blancos sobre sus cabelleras negras eran una note fúnebre.

Los *cacli* de los jóvenes guerreros del *Tehpurcali*, huellan las cosas de la entrada fastuosísima y allá, en el interior, en los grandes patios, ante los regios salones del amado monarca, entregan temerosos sus armas a los servidores para no profanar el augusto recinto.

Y en las galerías secretas del palacio, en los recóndidos albergues de la familia imperial, lejos muy lejos de las tumultuosidades de la corte hay un silencio profundo, turbado a veces por un súbdito tremendo, agudo, lastimero y tristísimo dolor.

Y aquél rugido que calla súbitamente para hacer reinar de nuevo el gran silencio de Moctezuma, que se abate largos instantes sombríos en las tétricas cámaras desiertas, surge más y más formidable, más intenso... y sus ecos salvajes van repercutiéndose de sala en sala, de galería en galería, hasta llegar debilitado y melancólico a los suntuosos patios.

La muchedumbre de nobles, guerreros y sacerdotes, vírgenes, sacerdotisas y ricos mercaderes aúllan, confundiéndose los gritos de la gente de armas con las tristes salmodias de los religiosas y las dulces voces de las doncellas que agitan entre la negrura de los rostros consagrados la flámula blanquísima de sus *huipilis*.

¿Por qué tanta tristeza en el palacio imperial?, ¿por qué tan enorme aparato de duelo en la regio mansión donde siempre la alegría cantaba sus himnos dulces y sonoros, propicios a la dicha del monarca?

¿Porqué tanto grito fúnebre y tanta aflicción en los rostros de los cortesanos guerreros de las blancas

vírgenes consagradas al gran *Tonatiuh*, al grande y espléndido Sol, en ellas, las preferidas blancas, las que han dado su vida al Señor de la Luz, hijo supremo del Espíritu Universal, *Tloque Nahuaque*, en ellas que dejaron casi desierta la casa de las soberbias águilas? ¿por qué?... ¿por qué?

Ayer apenas se apagaban las alegrías y las danzas festivas en honor de los vencedores de las regiones del Oeste, de donde millares de prisioneros y de gente de armas cargando el botín espléndido, cientos y cientos de lentejuelas de oro, nácar, ópalo, algodón, plumas preciosísimas de los pájaros maravillosos que pueblan los bosques encantados, y blancos plumones de aves inmensas como Águilas de nieve de luz, y conchas de las playas desconocidas de misteriosos mares, de esas playas donde *Tonatiuh* se recuesta para dormir el sueño negro de la noche...

Allá de donde habían llegado los primeros conquistadores de la gran ciudad.

¡Qué placer el del Emperador ante la victoria de sus huestes triunfadoras de las legiones del Oeste!

¡Y qué alegría debió inundar al viejo y torvo, cruel y feroz *Hitzilopochtli*, cuando tantos miles de corazones palpitantes y sangrientos le fueron ofrecidos, tiñendo de rojo vivido las gradas del alto y suntuoso *Tecali*!

Ayer tanta algazara...danzas, músicas solemnes...

¿El teponaxtle sacro de la mansión de las Águilas resonó sus armonías sonoras, embriagando al pueblo!

Y tal fue la gloria y dicha del supremo Moctezuma, que permitió que el bajo pueblo bebiera en las jícaras negras del templo el *octli* blanco de los grandes regocijos sagrados.

¡Aún los mismos forenses del *Techpuscolli* bebieron delante de los ancianos ebrios!

...y hoy el soberbio prócer se da a los sacrificios personales, clavándose en el vientre y en el cuello largas y agudísimas púas de maguey, bañándose en su propia sangre y lanzando al corre de un extremo a otro del salón, profundos alaridos bárbaros, tristísimos y fúnebres?

¿Qué formidable catástrofe, que plaga, qué castigo de los dioses, qué cólera divina se revuelve contra él y su imperio?

¡Ninguno lo sabe!

En vano su misma esposa principal le interroga llorando, en vano sus hijos queman delante de su trono el *copalli* solemne de los dioses, sus grandes ministros sacerdotes en vano sacrifican doncellas y ofrecen a *Tonatiuh* corazones de niñas recién nacidas para que el Gran Sol devuelva la monarca la tranquilidad perdida, los hijos de los nobles de corazas y humildes pretendieron danzar en sus esteras de pluma y ópalos para distraerle... y todo inútil...

¡El rey aullaba lúgubrementemente!

Era cosa muy conmovedora y siniestra ver al gran señor, bañado en sangre por las púas del maguey con que se atravesaba el pecho, el vientre y el cuello, levantándose ferozmente dando saltos, mientras que las blancas vírgenes nobles danzaban a los sones del regio tepomaxcle.

¡Nadie sabía por qué era tan enorme la tristeza del rey!

Y entonces nadie lo supo.

Fue aquella lúgubre desesperación tan larga, atroz, incomprensible, misteriosa y extraña, que todo su imperio resintió los dolores de su emperador.

Y llegó un tributo más de las Tierras del Oeste.

...llegó, vencedor de las regiones del Oeste, su ejército, trayendo un espléndido botín de conquista. Lo que más excitó la alegría del rey fue el ver embebecido, ebrio atónito, la más delicada y hermosa doncella que sus ojos hubieran contemplado.

Era el ideal de belleza que soñaba el adusto monarca: esbelta, de oro obscuro la carne fina y caliente, dulce en los ademanes, boca pequeñísima, ojos inmensos, aterciopelados, profundos soñadores, misteriosos, de reflejos luminosos y tristes...cabellera profusa, suelta sobre anchas y y desnudas espaldas, se le presentó al rey.

A la cámara más lujosa fue conducida la bella princesa cautiva; la virgen *Xalixca Suxtlintzin*, llamada por su tribu, "la fuerte", porque en sus delgados brazos, arrancaba de un tajo, el corazón de cualquier guerrero.

Moctezuma se arrastró llorando a las plantas de la cautiva, pidiéndole su amor eterno para el gran dios de la Luz y de la Guerra...¡Ella le rechazó soberbiamente, y en vano cien guardias quisieron sujetarla, todos retrocedieron ante sus ojos relampagueantes!

...Una noche le hizo conducir a la espléndida alberca de Chapultepec, donde sólo el augusto Tecuchtlí de Tenochtitlán y su hermano, el sumo Sacerdote del Gran Templo de los dioses, podían sumergir sus cuerpos en el sagrado Ezapan.

-Comprenderás que te hago grande como yo... te ahré bañar en las aguas santas-, dijo el Gran Señor.

-¡No! Respondió la princesa cautiva.

-Entonces ven...

Y la arrastró a la espesura del bosque.

Allá en un claro ardía una hoguera enorme.

-¡Quemadla!- gritó Moctezuma.

La princesa, por sí sola, fue a arrojar a la sagrada alberca y se sumergió para no surgir jamás.

El gran Tenochtitlán estaba pensativo y según se decía, quería ir a las montañas a buscar la respuesta de todos esos agujeros. Fue cuando la ciudad empezó a llenar de hombres deformes, personas monstruosas. De dos cabezas pero un solo cuerpo. Las llevaban a la casa de lo Negro, se las mostraban al gran señor, pero luego, igual que como habían llegado desaparecían.

Poco a poco se sentía el mundo, como se conocía hasta ese momento, estaba cambiando. La fuerza de los dioses era tambaleante y el desorden en los cielos se reflejaba en el mundo de los hombres.

Algunos dioses habían bajado del cielo llorando mientras que los otros, los cobardes, se habían transmutado en seres extraños.

Y los dioses se reunieron una vez mas... todos ellos:

Tonacatecuhtli: Señor de nuestra Subsistencia, y Dios Creador.

Quetzalcóatl: La Serpiente Emplumada, Dios del Cielo y del Saber.

Tepeyolohtli: El Corazón de las Montañas y Dios de la Tierra.

Huehucóyotl: El Coyote Viejo, el Chismoso, el antiguo Dios tribal de los Otomíes.

Calchiuhtlicue: La Señora del Manto Enojado y Diosa del Agua.

Teccatécatl: El del Caracol Marino y Dios de la Luna.

Tláloc: El que hace germinar las cosas y Dios de la Lluvia.

Mayahuel: La de la planta del Maguey, Diosa del Pulque y de la fecundidad.

Xiuhtecuhtli: El Señor del Año y Dios del Fuego.

Mictlántecuhtli: El Señor de la región de la Muerte y Dios de la Muerte.

Xochipilli: El Príncipe Flor, Dios de la Primavera y las Flores

Patécatl: El de la Tierra de la Medicina y Dios de la Medicina.

Tezcatlipoca: El Espejo Humeante y Gran Dios Ave.
Tlazoltéotl: La Diosa de la Inmundicia y Madre de la Tierra.
Xipe Tótec: Nuestro Señor el Desollado y Dios de las Siembras.
Itz'papálotl: La Mariposa de Obsidiana y Diosa Estelar.
Xólotl: Dios Monstruoso.
ChalChuhhtotolin: La Enjoyada y Diosa de la Semana.
Chantico: La Diosa del Fuego Doméstico.
Xochiquétzal: Flor de Plumas, Diosa de las Flores.
Tonatiuh: El Sol y Dios Solar.
Llamatecuhtli: La Vieja Princesa y Antigua Diosa de la Tierra.
Centzon Mimixcoa: Los del 400 del Norte y Dioses Estelares del Norte.
TziTzimime: Los Monstruos que descienden de la Alto.

Ya no había misterio ni nada porque tenerlo latente. El hombre era su solución de vida. Si el ser que corría y se mostraba humilde ante sus ojos no podía ser espantado, el misterio de sus divinidades se acabaría...fuera el miedo, fuera la indignación, se acabarían los sacrificios y el deseo de sangre ya estaba predispuesto...no el oro, no el excremento de los dioses...el rojo líquido de sus venas sería la única salvación.

La abuela escuchó el llanto de la mujer llorona una noche más. Y fue entonces, que dejó de soñar con sus propios sueños y pidió prestados los sueños de los otros, soñó sueños y pesadillas ajenas, lloró porque sabía del llanto de la mujer llorona...

...y tomó sus dioses dolientes y se marchó de la gran ciudad.

Ocho presagios habían llegado. Uno po cada mes que creciera el hueso del abuelo y el último en camino de la tierra del comienzo de la abuela. Y se marchó; no sin antes despedirse del abuelo, en aquel lugar donde entrara por última vez sus cenizas de viaje. Y con un comal y una jícara de agua, en compañía de su perro, inició su recorrido...

“ ...A dónde iréis...a dónde os podré llevar para que escapéis a tan funesto destino...hijos míos, estáis a punto de perderos...”

Habían escuchado esa noche también cuatro sacerdotes del gran templo.

Al oír esas palabras que más tarde comprobaron los augures, los cuatro sacerdotes estuvieron de acuerdo en que aquella fantasmal aparición, que llenaba de terror a las gentes de la gran Tenochtitlán, era la misma diosa *Cihuacoatl*, la deidad protectora de la raza, aquella buena madre que había heredado a los dioses para finalmente depositar su poder y sabiduría en Tilpotoncáztin.

El emperador Moctezuma Xocoyóztin se atusó el bigote ralo que parecía escurrirle por la comisura de sus labios, se alisó con una mano la barba de los pelos escasos y entrecados y clavó sus negros ojillos vivaces, aunque tímidos, en el viejo códice dibujado sobre la atezada superficie de *amatl* y que guardaba en los archivos del imperio tal vez desde los tiempos de *Itzcoatl* y *Tlacaelel*.

El soberano, como todos los que no están iniciados en el conocimiento de la hierática escritura, sólo miraba con asombro los códices multicolores, hasta que los sacerdotes, después de hacer una reverencia, le interpretaron lo allí escrito.

-Señor , le dijeron, estos viejos anuales nos hablan de que la diosa Cihuacoatl aparecerá según el sexo pronóstico de los agoreros, para anunciarnos la destrucción de vuestro imperio. Dicen aquí los sabios más sabios y más antiguos que nosotros, que hombres extraños vendrán por el Oriente y sojuzgarán a tu pueblo, y a ti mismo, y tú y los tuyos serán de muchos lloros y grandes penas, que tu raza desaparecerá devorada y nuestros dioses humillados por otros dioses más poderosos.

-¿Dioses más poderosos que nuestro dios Huitzilopochtli, y que el Gran Destructor Tezcatlipoca, que

nuestros formidables dioses de la guerra y de la sangre?- preguntó Moctezuma bajando cabeza con temor y humildad.

-Así lo dicen los sabios y los sacerdotes más sabios y más viejos que nosotros, señor. Por eso la diosa Cihuacoatl vaga por el anáhuac lanzando lloros y arrastrando penas, gritando para que oigan quienes sepan oír, las desdichas que han de llegar muy pronto a vuestro Imperio...

Moctezuma no durmió esa noche, ni otras más. Y a lo lejos escuchaba el llanto de la mujer llorona, la diosa *Cihuacoatl* y salió a buscarla, y la siguió por las calles pasando por el mercado y el altar de sacrificios. A la orilla del lago, la diosa volteó su cara y mirándole a los ojos, sin decir palabra, con una lágrima se despidió de él.

Se ha perdido el pueblo mexica...

El llanto se extiende, las lágrimas gotean allí en Tlatelolco.

Por agua se fueron ya los mexicanos;

semejan mujeres, la huida es general.

¿Adónde vamos? ¡Oh amigos! Luego ¿fue verdad?

Ya abandonan la ciudad de México:

El humo se está levantando; la niebla se está extendiendo...

Con llanto saludan el Huiznahuíctli, Motelhuihtzin,

el Tlailotlácatl Tlacotzin, el Tlacatecuhtli Oquihtzin...

Llorad amigos míos, tened entendido que con estos hechos hemos perdido la nación mexicana.

¡El agua se ha acedado, se acedó la comida!

Esto es lo que ha hecho el Dador de la vida en Tlatelolco.

Sin recato son llevados Motelhuihtzin y Tlacotzin.

Con cantos se animaban unos a otros en Acachinanco, ah, cuando fueron a ser puestos a prueba allá en Coyoacán...

III

Pechititán

Totulí no aya

Alí netalosti

Tukalima,

Tukalima

Kiepetu ka iyari

nemenetmanito tu vi no aya

ichíé uteviti pelo pemu uyuwiti

alí amatsima alí yunaimemi

pewalakumaika

alí Tukalima

usa atuniwalie

ate pu uwani

Tukalima, Tukalima

alí ketuniuwa alí jikaie ta petunuwani...

La hija de la Flor

Hermana tukálima (la noche)

Tukálima:

¿Cómo tienes tu corazón?

Ya te conozco: hija de flor

chaparrita de pelo negro.

Tus hermanos todos

Ya sé cómo son.

Tukálima, Tukálima

aunque digan las gentes

aunque las gentes hablen de nosotros

canto Wirxáritári de amor

norte de Jalisco

El hueso de la abuela murió en el parto y yo llegué al mundo con una suave bendición de Tláloc.

Después de aquella muerte, la abuela construyó su choza de carrizos y hojas de maguey a las orillas de donde habitaban los *teocaltiches*: Un sólo cuarto, donde dormía sobre un petate tejido con el tule que abundaba por todo el llanto.

Mientras yo vigilaba ; la abuela acomodó afuera su *mélatl*, y adentro en un rincón, sus recuerdos y como ritual, siempre junto al *Metlapil*, la imagen de *Chicomecóatl* y bajo él “mi ombligo”.

La tradición requería que el cordón umbilical de un hombre debería entregarse aún fresco a un Caballero Aguila para ser enterrado en campo de batalla, y el de una mujer en el patio de la casa, cerca del comal, para cumplir con el oficio de traer agua y moler maíz , o bajo el *mélatl* junto a la ceniza del hogar.

El *tlecuil* siempre estaba encendido y con los miles de aromas de las comidas que había aprendido la abuela en los *tianguis* de la gran ciudad.

La abuela había sido criada a la usanza de las tareas propias de la mujer, pero a diferencia de aquellas que sólo aprendían sus deberes para el hogar, ella ponía sus comidas a la venta en el gran *tianguis* de *Tlatelolco*.

Diariamente iniciaba sus actividades desde muy temprano. El camino desde su casa a los pies del cerro del *Tenayo*, hasta el mercado de *Tlatelolco* era lento pero formaba parte del ritual de relajamiento que todo ser humano requiere para el inicio del día. Siempre, el inicio de la jornada era un ritual donde se conjuntaban los elementos del agua y la tierra, del fuego y el viento y el cuerpo de un caminar. Tomaba su madero en forma de canoa y se metía en el lago mirando hacia la gran ciudad que aparecía majestuosa entre las luces del día. Y al llegar a la orilla, caminaba lenta y respetuosamente hasta el altar a la entrada del mercado. Ofrecía sus mejores frutos, sus mejores comidas y punzaba su dedo para dejar su sangre a sus dioses.

Los días eran variados. Unas veces lluvia la acompañaba y la purificaba mientras caía lenta y en calma, mojando el cuerpo y enjuagando el alma. Otros días eran tristes y de cielos de montañas y sin sonidos de aves, ni vientos ni lluvias, simplemente la acompañaba el silencio.

Pero no en silencio que no tiene eco, sino el que platica con “el yo” interno, cuando uno camina y habla de las cosas que no vemos con los ojos ni apreciamos con los sentidos. Hay dos y tal vez más tipos de silencio. Pero son tan mudos que no los escuchamos, y allí están escondidos en las partes mudas del mundo. Si, todo es existe o está, el silencio es lo que más vasalla en un mundo de existencia, entre todo lo creado por el dios de las creaciones y el silencio que las albergan. Y era cuando la abuela encontraba sus respuestas a las preguntas que sólo los dioses pueden contestar y que por ser divinas no se pueden compartir. Y es que no hay frases que puedan decir los vocablos de una plática entre dios y el hombre. Y entre dios y hombre no hay oraciones, sólo frases.. Los dioses son

vocablos y la palabra compuesta de esos caudales es el verbo, que existe desde le que el silencio era la única palabra de un dios. Y fue hasta que el dios creó al hombre, que el hombre creó la palabra, y la palabra era muda hasta que ese dios le dio vida... y se hizo el verbo.

Y la abuela caminaba entre mudos sonidos que ese, su dios, le prestaba para que nunca supiera lo que le tenía destinada... no podía ser de otra manera: no había palabras con que explicarlo...

Diario antes del amanecer, se levantaba y preparaba sus canastos de comida. Pero antes, dejaba que sus largos cabellos negros cayeran sobre sus espaldas, llenando el espacio con olores de hierbas del baño vaporado. Su piel morena brillaba ante la luz de la luna que siempre parecía reflejarse en su espera. En forma lesbiana la luna le tocaba la piel y le seducía sus poros haciéndola sentir su fortaleza de hembra. Era alta para los ojos de aquellos que la veían pasar erguida con sus canastos sobre la cabeza. Era imponente, para aquellos que la veían caminar con sus esclavos tras de ella cargando sus menudencias del día. Era soberbia, para todos aquellos que la veían portar su garbo de mujer Azteca y descendiente de un pueblo mayestático. Sus ojos eran pequeños, pero no porque lo fueran...sus oscuros luceros en realidad eran magnos, ocultos bajo unos párpados llenos de pestañas que tapaban el sol y cubrían sus destellos; reservados para un solo par de ojos, los del abuelo...los que de su hombre la hacían sentir mujer. Toda ella era un ser envidiable, fuerte, niña inocente en sus sentidos, joven en su andar y cortesana en su ser... su cara oval y llena de resplandores ondulantes en cada mejilla...bella ante los hombres y eterna ante el mundo que pisaban sus largas y fuertes piernas, musculosas, que habían ganado su belleza con el paso de sus cortos años. Y el mercado empezaba a radiar en todo su esplendor cuando ella llegaba...

Tlatelolco fue por muchos años una ciudad independiente del gran imperio Azteca, con sus propios gobernantes y trató siempre, osadamente, de aventajar a Tenochtitlán pretendiendo ser la primera ciudad mexicana. Pero las ilusiones de la superioridad se quedaron frustradas cuando el gobernante de la ciudad decidió construir una pirámide-templo más alta que todas las que había en los cuatro distritos de Tenochtitlán, y cuenta la leyenda, como el gran señor convocó a los hechiceros de Tenochtitlán, y ellos en su burla, dejaron impotente al gran señor de Tlatelolco causándole así la ruina.

Lo que sí, nunca había sido superado, era la inmensidad de su mercado.

Los Pochtecas entraban al mercado a entregar sus mercancías; antes de que los primeros rayos de Tonatiuh se postraran sobre el pueblo, porque estaba prohibido no entrar con prudencia y discreción. Una vez entregadas las mercaderías, ya con los primeros rayos de luz, el mercado era un tumulto de gente nunca visto, rico y ruidoso y lleno de olores.

Las áreas estaban separadas por amplios corredores limitados en cuadros donde los mercaderes extendían sus mercancías. Había mesas, lienzos y todo tipo de implementos para mostrarlas. Miles y miles de canastas con frutas, guayabas y chirimoyas de la tierra de *Otomí*; piñas de la tierra de *Totonaca* y papayas de *Michuacán*. También habían flores de *Xochimilco*; pájaros y tantas cosas más, que aquello era todo un mundo de colores, sabores, olores y cantos.

Todos los días, antes que *Tonatiuh* levantara su manto ante la gran ciudad, la abuela esperaba pacientemente las caravanas de tlamemes que cargaban sobre sus espaldas los fardos de mercadería. Mi abuelo, el gran pochteca, que era tan respetado como cualquiera con un cargo público, diariamente le reservaba las mejores mercaderías que llegaban de lugares tan lejanos como misticos, epazote, tlilxochitl, frijol, calabaza, chilacayote, chayote, camote, cuajilote, guacamote, huachacote, mezquite, nopales, chile, tomate verde y zapotes negros y blancos. Así como perros, ranas, culebras, tortugas, iguanas y lagartos; peces de lagunas y del in del mundo. Y las frutas; piñas, mameyes, chirimoyas, guanábanas, jobos, pitahayas, tunas, papayas, jícamas y cacahuates. Pero lo que la abuela siempre platicaba era, cómo mi abuelo la había conquistado con el delicioso xocalatl y la tlilxochitl.

Ellos se habían conocido en el tianguis de la gran ciudad mucho antes del año de Ce Acal, cuando un día ella preparaba el cuerpo de Hitzilopochtli para celebrar la fiesta de Panquetzalitli.

La abuela recordaba como se había unido a mi abuelo. Cómo se había presentado, con respeta, ante la señora “Hierba”. Y Ella, le dirige unas palabras a su protegida, a través de vírgulas que pasan por encima del “Señor Viento” que está sentado en medio de ellas, hasta tocar la cabeza de la futura desposada...

Lo que sumado al gesto d su mano - con la que muestra dos de sus dedos - , aparecería como si estuviera hablando de ellos dos, de la abuela y del abuelo, recomendando o aprobando su matrimonio. Pero es muy notorio que se dirige de manera especial a ella... se trataba de un acuerdo entre mujeres.

El abuelo había entregado al templo, ricos presentes por parte de los novios, entre los que se encontraba joyas de diferentes formas y materiales como una máscara y un corazón de piedras preciosas, unas cuerdas trenzadas, un abejorro y un collar como el corte de un caracol, los tres realizados en concha; un par de collares con pepitas de oro; otras tres piezas muy elaboradas, un par de punzones de hueso incrustados en una figura serpentina con cabeza de cráneo humano y por último, un atavío femenino completo con rojo, el color de la realeza.

La sacerdotisa observaba callada todo eso, y otros cuatro personajes más, que se lavan las manos en alto girando alrededor de un músico que toca un teponaztli, apartaban sus ojos de aquella plática femenil.

Cuándo habían decidido casarse, un anciano respetable... inició las diligencias correspondientes con el padre de la abuela. Sin objeción, se fijó la fecha para entrevistarse con el novio - seis meses después de la gestión inicial.

El día de la cita, antes del amanecer, mi abuelo había enviado mensajeros con regalos de aguardiente, mezcal y cigarrillos para el futuro suegro... y él, había señalado un día, dentro de un plazo de varios meses después para anunciar el “formalizo”.

El día señalado, la familia y los parientes de los novios se reunieron en casa de la abuela. La familia del abuelo, había llevado el aguardiente y regalos, y tras las copas del ceremonial se fijó fecha para la boda - en el templo, por supuesto, y con la consiguiente celebración-. La fecha se había señalado con dos aos de anticipación, para dar tiempo a los preparativos.

Y al tiempo, había llegado al templo, vestida con los mejores de los trajes hechos por las manos de las mejores costureras. No había mujer más bella, ni diosa que la asemejara. Los ojos, le radiaban... su ego de virgen, buscaba ansioso acortar el tiempo para acabarlo y terminar en los brazos del cambio de niña, joven, mozuela a mujer...

Y la abuela se sentía muy orgullosa, pensando en mi abuelo, cuando hacía el cuerpo de *Hitzilopochtli* con semillas de bledo, limpiándolas con mucho cuidado, quitándoles las pajas y poniendo más semillas cada vez, unas de petzicatl y otras de tezcahuahuatli, las molía con mucha paciencia y delicadamente, y después de haberlas molido, con la harina muy sutil, amasándola para hacer el cuerpo de *Hitzilopochtli*. Para afirmar toda aquella masa, la abuela, usaba un soporte de varas que fijaba con espinas. Cuando ya estaba formada la figura, la emplumaba y le hacía la cara con su propio embijamiento, por decirlo, con rayas que atravesaban su rostro cerca de los ojos. Le ponía sus orejas de mosaico de turquesa, que mi abuelo había traído de tierras lejanas, en forma de serpientes, y de sus orejeras de turquesa pendía el anillo de espinas. Los dedos de los pies eran de oro, la insignia de la nariz era de oro con piedras engastadas; a manera de flecha de oro incrustada de piedras finas. De esta naringuera colgaba otro anillo de espinas, de rayas transversales en el rostro. Todo este aderezo facial de rayas transversales era de color azul y amarillo. Sobre la cabeza, le ponía un tocado mágico de plumas de colibrí. Luego le colocaba el anecúyotl, que era la insignia de *Hitzilopochtli*, en forma de

ceñidero. Todo de plumas finas, de forma cilíndrica. Luego, le ponía al cuello un aderezo de plumas de papagayo, con un fleco escolando a semejanza de los mechones de cabello que traían los muchachos jóvenes. Su manta era en forma de hojas de ortiga, con tintura negra: tenía en cinco lugares mechones de pluma fina de águila. Cuando todo estaba terminado y sostenido en su armazón, lo envolvía todo él en su manto de abajo, que tenía pintadas calaveras y huesos. Y arriba le vestía su chalequillo y éste; lo pintaba con miembros humanos despedazados: todo el estaba pintado de cráneos, orejas, corazones, intestinos, tóraces, teas, manos, pies. También su *maxtle*.

El *maxtle* había sido decorado por las mejores costureras del mercado y se pasaban muchas lunas en el adorno de la prenda, con su fleco de puro papel de ámate, como de una palma de ancho y largo. Todo en rayas verticales de color azul claro, como el cielo. A la espalda le ponía una bandera color sangre. Esta bandera se hacía de papel, teñido de rojo y en varias ocasiones se teñía con la sangre de los cargadores del tianguis que peleaban del derecho de donar su sangre para tal honor. El pedernal de sacrificio, como coronamiento, era de papel, igualmente rayado con color pura sangre. El escudo, hecho de bambú traído de las partes más lejanas del mundo, por cuatro partes estaba adornado con un mechón de plumas finas de águila salpicado con plumas de *tehuehuelli*.

Al final, se colocaba la banderola del escudo, que también estaba pintada en sangre, pero ésta tenía cuatro flechas, que habían sido usadas por los Caballeros Águila en el campo de batalla, unidas al escudo.

Luego, cuando terminaba la ceremonia, en la que se ofrecía incienso, rodajas de semillas, comida de ayuno, carne humana, mi abuelo deshacía y desbarataba el cuerpo hecho de la masa de semillas de bleo, y el corazón lo llevaba al gran señor de Tlatelolco y todo el cuerpo, que eran como los huesos, se lo repartían entre los grandes pochtecas según su rango.

Y como siempre; mi abuelo recibía la mejor parte.

El abuelo había muerto durante unos de sus viajes al la tierra del Sol, a los altos de los Andes y el pueblo de los Incas, de donde él trajo por primera vez a la gran Tenochtitlán una papa y que la abuela, en su oficio de madre campesina, había sembrado en su tierra. Yo por mi parte había heredado los sonidos de instrumentos musicales que él había recogido en sus viajes; de flautas de barro con formas humanas y de animales, de carrizos armados en filas que al soplar en ellos daban diferentes tonos, y de una flauta hecho de un hueso humano. Se decía que el hueso era de una princesa que en su belleza había cautivado a un sacerdote Inca. Tanto fue el amor que por ella sintió, que al verla muerta buscó entre su tumba el hueso que hacía sentir su cuerpo. Con cariño lo fue moldeando hasta hacer de él, el instrumento de su dolor; y por años se sentó en su tumba y le tocó sus más preciadas y alegres melodías. Nunca tristes sus notas fueron, ni nunca fueron sus sonidos sacros. El amor no se reflejaba en su sentir como algo doloroso y el cuerpo mutilado de su amada no era un conjunto de partículas muertas...no mientras él tocara con su sonido una canción de amor...

...y la tocaba mi abuelo con el mismo sentimiento de alegría.

Y la abuela aprendió aquellas notas, y al final de cada esencia de música, rezaba una oración que el abuelo había aprendido de aquellas tierras lejanas...

*¡ Oh venerado Apu Salqantay,
que proteges y crías,
junto con el Apu Ausangante,
a los moradores del valle de Cusco
te imploro protección
y ayuda en mi camino!*

Pechitán formaba parte de unos de los pueblos en la tribu de los chichimecas.

En mi antigua ciudad, Tenochtitlán; los chichimecas eran considerados la “gente perro”, barbaries por su forma de vivir y su forma de pelear, “guerreros y poco civilizados”, dirían ellos.

Pero en realidad la palabra servía para determinar a todos los que tenían la piel roja, o cacao clara.

Los chichimecas habían salido de su tierra, como cualquier migrante, buscando la comida... una vida mejor. Ninguna sabiduría antigua, ningún arte, ninguna ciencia, ninguna cultura; con lo único que habían llegado a la región de los cinco lagos y el cerro sin copa, el lugar donde *Tláloc* había escogido como su lugar de descanso; había sido sus únicas personas.

Había sido un pueblo nómada, furtivo, lamentablemente armado, pero muy valiente.

Sus vestidos armados burdamente de pieles raídas y repletas de sabandijas se habían complementado en sus cuerpos por los años de caminar en los desiertos del norte. Su dios era un repulsivo bélico y ansioso de matanzas y derramamiento de sangre. Todos; hombres, mujeres, ancianos y niños, eran gente de guerra y todos ayudaban a la fabricación de sus implementos de batalla.

Su habilidad para la caza era sorprendente. Sus flechas se elaboraban de una manera reverente; con ellas podían cazar a un conejo, liebre o venado...o ser humano, con la rapidez de un rayo y con la certeza de un águila.

Los habitantes de Pechititlán, como todos los otros chichimecas, eran odiados y repelidos por todos los habitantes de la región, incluyendo las tribus hermanas. Al igual que sus hermanos Aztecas, se habían instalado a las orillas de un lago, y se alimentaron en un principio de insectos acuáticos, huevos viscosos de esos bichos y de plantas que crecían en la ciénaga: una hierba llamada *mexixin*, "hierba mal", el zoquete común, una hierba áspera y de sabor amargo.

Al igual que sus parientes lejanos, habían salido de Aztlán, el lugar de las Garzas Niveas, y llevaban la sangre aztlantaca, de la gente Garza y vagaron en hordas todos ellos; Matlanzincas, Tapanecas, Tlahuicas, Malinalcas, Xochimilcas y Chichimecas: todos ellos cargando a cuestas a su dios Hitzilopochtli, todos ellos buscando la señal, el lugar indicado...una laguna con un *nopali* en el centro y sobre el *nopali* un águila dorada...el viaje había durado muchas gavillas de años, muchas más que las que se podían contar, y fue en *Pechititán* donde se separaron...los ahora *Mexicas*, de los ahora Chichimecas. Decían los viejos; que los Aztecas les habían robado las ropas cuando se estaban bañando en uno de los lagos; *mexixin* después de todo.

Y así; ambos grupos habían llegado a sus lagos, a sus cinco lagos cada cual, por tanto tiempo buscados, y el grupo más místico y fiel a sus ideas de búsqueda, se quedó en la región de los llanos y del cerro con la copa redonda.

Los otros, continuaron.

Aquel grupo que llegó al alto de México, se llamó a sí mismo *tenochtitli*, porque era el nombre sagrado del *nopali*, y la Gente Cacto nació, y al encontrarse con otra raza, de cultura avanzada, conquistándola; su poderío creció.

Los chichimecas, la gente perro, terminó en la región de los cinco lagos, sin raza esperante, sin pueblo a quien conquistar...y quedaron, ni la llanura, esperando la llegada de su águila dorada. La visión de un mandato hecho por sus dioses. Nada de lo que habían encontrado había dejado de existir antes de su llegada. Nada era nuevo ni nada reflejaba el cambio en espera de su llegada. Todo había permanecido igual por miles de años y antes que los dioses hubieran decidido la historia de la humanidad. Y, sin embargo, todo había sido planeado mucho antes que ellos mismos decidieran la creación del todo. Y así, en un mundo nuevo y extraño, primitivo y esperante a su nueva vivencia de seres, los lagos sintieron en sus aguas cuerpos extraños. La tierra se abrió a nuevas manos y sus, antes mansos, llanos se vieron pisados por las plantas descalzadas de los seres que ahora los habitaban. Los nuevos pobladores habían sido creados en la planeación del mundo mucho, mucho antes que el mundo se bosquejara y sus destinos, estaban escritos mucho antes que el mundo fuera escrito. No había lengua, ni escritura en la cual decir lo que sería del destino del hombre. Ni los viejos que habían sido, ni los jóvenes que ahora eran...ni los extraños que llegaban, podían decir cual había sido el comienzo de todo, y mucho menos, "el porque" de esa llegada...simplemente, habían llegado.

Y el águila y su serpiente sobre nopal, su leyenda de vida y su búsqueda de la tierra prometida...seguían siendo su espera.

Con el tiempo, cambiaron su lengua de aquella que los unía con la de los Aztecas, sus costumbres, su forma de vida, su sentir...y empezaron a cultivar sus cosechas al sistema de los *chiámiltl*, pero aún entonces sólo laboraban para sí mismos un mínimo de alimentos básicos, cómo el maíz y el frijol. Sus vestimentas cambiaron y aprendieron a tejer el algodón, pero en su mayoría, las prendas finas las cambiaban en los *tianguis* de *Teocaltiche*, a donde también llevaban sus perros cebados y sus animales de caza.

El *Xoloitzcuiltl* entre los pechititecas, al igual que entre todos los que habitaban en Tenochtitlán y todos los demás reinos era de gran importancia. El perri es fiel y sirve de amigo, guardián, compañero, comida y guía. Cuando los mercaderes viajaban, el perro los acompañaba dándoles aviso del peligro, compañía en el largo caminar, cobija en los climas fríos, comida en los tiempos del hambre y al final; les ayudaba a cruzar el río de la muerte para llegar a *Mictlán*.

Pero en todo; los chichimecas, muy a pesar de ser comparados con el perro común, y pocas veces como el verdadero *Xoloitzcuiltl*, eran gente bien dispuesta, robusta morena, clara rojiza, ligera y de mucho trabajo. Llevaban tanto las mujeres como los hombres, las caras rayadas, por galantería o por colores de batalla, y aunque ante los ojos de los teocaltiches eran feos... en realidad era una raza bella. Sus mujeres eran de estatura pequeña y con ojos negros, oscuros como la noche y con fulgores de la gran estrella azul que pasaba por el cielo cada gavilla de años. Finas de cuerpo y esbelta de cintura... frágiles y fuertes por la fuerza que da la siembra cuando hacían sus hoyos en la tierra con sus coas, poniendo siempre cuatro granos de maíz simbolizando los cuatro vientos, los cuatro puntos del universo y el centro del todo. Aquellas mujeres cuidaban de hacer la comida, que no era más que moler el maíz para hacer tortillas y tamales, atole y pinole, o los guisados de hierbas y calabazas. O quizás, debían su belleza a la fuerza que daba el hilar al algodón con unos palitos largos, que servían de husos y que ponían entre los dedos del pie, sentadas y la otra sobre un palo o piedra plana llana, donde con la palma de la mano, le hacían torcer aprisa y tejían unas mantas que calentaban menos que las miradas de sus ojos y el coqueteo de sus sonrisas. Pero para encontrar una y hacerla su *ihuatlantil*, había que estar mucho tiempo esperando.

Cada Chichimeca podía tener tantas mujeres, concubinas como pudiera sostener, pero sólo una era la *Cihuatlantli*.

El cariño del *chichimeca* para su tierra sólo podía ser superado por el respeto a su dios, cualquiera que fuera, y el séquito de su compañera... su *Cihuatlantli*. Ella caminaba a su lado, peleaba a su lado, dormía a su lado y le entregaba, entre sus sufrimientos, sus frutos de vida como deber de mujer que comparte su cuerpo y su sentir, en el llanto de un guerrero; con el tiempo el arcángel de los dioses se presenta ante ella, un crío vestido en su traje de piel oscura, se une a los sentires de su nueva vida. Su mente ha sido simplificada mitológicamente para continuar con su paso terrenal... en forma de indio *chichimeca*. Pero no irá en busca de animales mitológicos, ni serpientes con plumas, ni tigres con cara de águila, sino en busca de ángeles en forma de seres terrenales, hermanos de sangre y de color de piel, que en escudriñamiento de espacio, como cometas en un infinito, buscan el tiempo y al encontrar el llamado, se entregan a sus dioses y se pierden entre ellos, en sus sacrificios de sangre de vida. Lo que dios había intentado para el hombre no había sido puesto en práctica aún. El fin de una raza constituía el error eterno de un dios que llegaba lento y paso a paso, a su destino final. Su enorme privilegio de vida era la muerte misma de una vida en conjunto. Sus mujeres los acompañarían en su camino final, esperando en las sombras como siempre lo habían hecho, al frente de su marido para dar su vida por él... a un lado, esperando ser su soporte cuando el camino le dijera que estaba cansado, y atrás, empujando, como toda una india mexicana...Chichimeca.

Y una había que entre todas resurgía. Como un lucero que se ve entre las miles de estrellas nocturnas...su nombre lo decía todo, florecer invulnerable. Su bien desarrollada capacidad daba a la concentración del ficticio sentir de poder ser el hombre inclinado en sus pupilas, el seleccionado en su corazón y el morbo en su deseo de mujer. Todo en ella podía vencerse en soledad y apoyar en su voluntad las dificultades de su existencia. Y su figura; pequeña frágil, con cuerpo de mujer y con el cobertor de piel morena . *Totuví no aya...Tukalima*, guardaba en su personalidad los ojos mas airosos que se pudieran ver. Ocultos entre pupilas y centelleantes a la mirada, parecían dolientes y se veían incendiarios de pasión; de moza que busca ansiosa su deseo de dejar su mundo de niña para liberar sus tetillas al toque embebido de unos labios ardientes. Caminaba flotante entre las plantas de la vida y entre los matorrales del llano, y las aguas de los lagos la esperaban ansiosas para humedecer su cuerpo. Y su voz cantaba para ella misma, mientras en una transmutación divina, mi cuerpo se hacía agua y en los lagos me perdía envolviéndola toda; cada espacio de su cuerpo, cada poro de su piel, cada placentero y minúsculo intersticio de placer me pertenecía en ese impregnado momento. Y los hombres se dedicaban ilusos, perdidos en su cuerpo...su canto ilusionado una vez más. Nada imaginable había detrás de sus rojas. Unas veces ceñidos al cuerpo y otras más flotando libres bajo el morbo indolente de los que como ya la veían, la deseaban y sabían que no era de ellos sus favores. Cuántos hombres la llevaron (en sus sueños) a nuestro solitario lecho y cuántos más despertaban sabiendo que el sudor era singular cuerpo. Porque sus amaneceres eran de ella y su camastro amanecía vacío. Ella no era de nadie, y a nadie le pertenecía más que a todos. Su cara redonda, de mujer morena. Su pelo negro, de mujer de campo, sus manos pequeñas de mujer y madre, las coronas de sus pechos erguidos entre las ondas de su cobertura, su caminar...mataba, y yo, detrás, en fila de espera; la veía pasar, la olía en su perfume de hembra sin poder más que soñar con ella. Y me senté a un lado varias veces, y con el pensamiento le envié mi cariño y la desee como se desea a una mujer. Cuántas veces en mis paseos nocturnos caminamos de la mano, y al susurro de la noche le dije llorando que era más, mucho más, que una obsesión de tiempo. Cuántas más la tomé de la mano, y a la sombra de la laguna junté mis labios a su cuerpo, reemplazado por la belleza de la luna, para en calma seductora terminar unido a ella. Cuántas más simplemente la miré en su figura y mis ojos se reflejaron, en forma imaginaria, en el monte oscuro y ligeramente sombreado de la unión de sus pechos: Y lentamente , en forma sacrosanta le quité... arrebaté, el manto blanco y el resto de su vestido; una a una, cada prenda, con las manos, otras con los dedos de mi deseo mientras mi pecho se ahogaba al sentir su exhalo en cada suspiro. Nada quedó en ella; si las sandalias, ni el lazo que entrenzaba sus cabellos, ni mis besos que viajaron por su cuerpo buscando seducirla y hacerla eternamente (por siempre) mujer. Mientras descubría mi propia hombría yo me quedé sin nada, se quedaron los sentidos d mis labios en un solo poro de piel, porque en mis sueños sus poros suspiraban en arrebató al toque de mis belfos. Y los sueños dolientes de hombre continuaron cada noche después de verla día a día. Y cuantas noches desperté de esos viajes nocturnos para seguir soñando con ella. Y me quedó prendido el pecho de toda ella porque sólo podía ser eso. Y me sentí poeta, y mi brío empezó a sentir. Y allí, dentro de ese pecho, en un rincón donde nadie podía ver lo que ocultaba, la guardé para mí, y con saña, *¡me la bebí!* Para que fuera parte de mi sangre, y entonces...por fin supe que era mía. Y con el tiempo la vi de otro. Sus frutos eran de él, se los había engendrado. Sus labios me hablaban y yo la oía, pero mi sangre, ese líquido que en mis venas la sentía...sabía, que aunque de otro... me era mía.

La amistad de la familia con la que ahora vivía, había comenzado cuando mi abuelo había negociado en varias ocasiones con ellos en compra trueque de perros -aquel perro que entregaba a la abuela antes de marchar a su último viaje, había nacido en Pechititán.

El nombre de Chichimeca se les daba a todos los que habitaban la región, pero ellos se hacían llamar, como para diferenciarse de otra " *gente perro*"; Tecuexes, y hablaban otra versión de *Náhuatl*, mejor conocida como "tocho", mientras que sus vecinos, los Guamares, hablaban una combinación d

Purépecha, *Náhuatl* y tocho. En sí, una extensa región con muchas lenguas y que todos pudieran aprenderlas fácilmente, fuera por comunicación, o por la feraz necesidad de subsistir.

Cuando el pueblo Chichimeca no estaba defendiendo su espacio, o tomando el del otro, fuera en batallas o contiendas, vivía una vida sedentaria y pacífica; tranquila, se podía decir. El contraste era tan notorio como el día y la noche. En batalla era fiero y sanguinario, cruel con su enemigo, y en la paz; un ser que vivía para la naturaleza y el cariño a sus dioses y familia. La comunidad era grande y cada sitio pequeño, y por otro regular, todos hermanos de sangre. La unión entre un grupo y otro, se había establecido en la relación hombre mujer, y de esa manera, poco a poco se había logrado una mezcla de razas hermanas con diferentes tipos de sangre.

De tierras lejanas se habían traído mujeres -como esclavas de guerras en su mayoría- y de la misma manera, las hijas de los hombres habían sido madres de otros guerreros, con el tiempo, la raza Chichimeca había crecido más allá de su propia sangre y simplemente era una raza que crecía en los llanos de los lagos.

Las familias que habían quedado sedentarias en las cercanías de los lagos y las orillas del río, vivían en una armonía con el medio y la naturaleza en una unión tan perfecta que no se sabía quién dependía de quien para su subsistencia.

Las mujeres y los hombres eran un solo ser en la manutención del hogar, y los niños dependían de su madre hasta que podían depender de su propia fuerza, y entonces, los padres tomaban el cargo del varón mientras la mujer, con su madre, aprendía del destino de su ministerio. No había diferencia entre uno y la otra, los dos eran guerreros y los dos buscaban la caza del día, el sembrado del maíz y la pesca de las lagunas.

Por las mañanas, se veía a los hombres caminar al río y entregarse a sus aguas purificando los sueños de la noche: después, ya llegada la mañana a su medio día, las mujeres se reunían, entre las calmadas aguas de los descansos del río y se les veía brillar sus cuerpos a la luz del sol.

Los hombres y los niños, buscaban durante las primeras horas de la mañana las ramas secas que servirían para calentar los utensilios de barro seco que humeantes saturaban el ambiente desprendiendo sus olores de comida. Los comales se veían siempre ocupados con tortillas; unas redondas como luna y otras largas como la mazorca de maíz, algunas veces blancas y otras -mis favoritas- del color verde seco que da la madre tierra a sus plantas cuando el sacrificio ha sido noble de su agrado.

Era un momento de paz, tranquilidad de dioses que tomaban su descanso para, como el hombre, saborear en calma el alimento de día. Afuera de la choza, del único cuarto que servía de resguardo de la noche, diariamente, se reunía la familia a comer los bocados del comal y de las ollas. Nos sentábamos alrededor de un espacio con olor a tierra y al centro, se colocaba el recipiente con la comida principal. El comal siempre estaba al lado de la mujer y sus hijas, y mientras duraba la comida, nunca se le veía vacío de sus redondas tortillas de maíz. No había prisas ni se comía con gula. Todo era un ritual en el que el cuerpo era el invitado de honor.

Al terminar la comida del día algunos se alejaban a los llanos a buscar la del día siguiente, la caza del conejo, de algún venado o serpiente, mientras otros impregnaban la tierra con sus frutos y semillas. Por las noches, se podía escuchar en las chozas la música que salía de los pequeños instrumentos hechos de barro con formas de animales, reales y místicos, algunos pequeños y otros más sonoros. Ya había algunos que al movimiento de los dedos, cubriendo y dejando salir el viento, podían hacer dulces melodías que, las doncellas escuchaban anhelantes de ser ellas las inspiradoras de aquellas notas musicales: entonces, el silencio de la noche esperaba paciente el final de la melodía, y se quedaba mudo con ese ruido tan peculiar que el silencio tiene. El río bajaba su cauce y se preparaba a dormir, y era cuando se escuchaba el verdadero respirar del agua y no el bramante rugir de su caudal. Los lagos, quedaban estáticos y en calma por unos momentos en el tiempo, así dormían hasta que el sol calentaba

sus natas de agua cristalina. Los animales nocturnos; gillos, ranas, coyotes, perros salvajes, pequeños insectos acuáticos y hasta el ruido de un pequeño zancudo empezaban lentamente a entonar sus melodías nocturnas, pero como en toda noche, desde la creación del mundo, por un momento, por unas horas...todo quedaba en absoluto silencio, y era entonces, cuando las almas flotantes de los que estuvieron aquí; tomaban descanso.

Y como en todas partes en todo pueblo y en todo grupo de gente, había supersticiones.

El pueblo de Chichimequillas o Pechititán, eran muy particulares en su forma de vivir. Los de las tribus aledañas, los llamaban “laguenses” porque vivían mucho más cerca de los lagos que había en la región. Tenían también como ventaja, la orilla de un río y no muy lejos de allí, otros dos más, que aunque no tan grandes, eran muy visitados por sus grandes árboles sauces.

Por su complexión un poco más morena que los de las otras tribus, algunos les llamaban también los “laguenses morenos”, pero por lo regular siempre fueron de los lagos, o de lagos.

Como en todos los pueblos donde hay grupos de gentes, parientes o extrañas, había gente buena y mala. Como en todas partes, había más desconfianza para los que no eran nativos del pueblo y eso los aislaba un poco más de sus vecinos. Aunque, como suele suceder, en un sitio chico, el infierno es más grande.

Se divertían como todos los otros indios de la región, con un tambor, con una caña con hoyos, con flaut de barro y en algunas ocasiones, con el líquido fermentado de alguna planta de la región (por lo general el maguey). Era gente, que vivía mal y comía mal, todo eso por el implemento del llano que en veces no era noble con sus frutos de maíz y frijol, pero si algo había que reconocerles era que, ambas cosas las hacían bien...y en gran opulencia.

Se habían inventado dioses nuevos y rezos improvisados para defenderse de las calamidades del tiempo y las mordeduras de serpientes, y no dudaban en salir a buscar el remedio para sus males entre llanos repletos de animales salvajes y desconocidos.

Nada hacía que los laguenses salieran de las cercanías de la seguridad de sus tierras por gusto propio, su río y su ilusión de conectar el lado bajo del sitio con puente que los llevará más seguros a la región del bajío, allá, por donde sus antepasados habían salido aquella noche llevándose sus prendas. Nada los hacía abandonar su infierno de enfermedades malarias, de hechicería, de animales y supersticiones. Cosechaban y tenían oraciones para que les fuera fértil su cosecha; la vendían, cuando sobraba un poco, a los otros pueblos o cambio de mujeres y de pociones mágicas para curar sus, imaginarios y reales, males.

Eran seguidores convencidos de sus dioses, pero practicaban su religión a su manera, como la mayoría de los otros pueblos chichimecas.

Se enamoraba como indios y como caballeros enamorados. Tenían un sentido trágico del amor, con celos, con dolores de amor y en veces con la muerte misma, y en un sentido casi poético, ése, él que estimula a los galanes a cantar y hacer fantochadas para impresionar a la mujer de los lindos ojos, los grandes senos o las caderas anchas (buena para el metate y mejor para el petate), componían ingeniosas canciones al compás de sus instrumentos de barro, de carrizo o con los simples silbidos de su boca y porqué no; lindas y graciosas coplas de amor. Se casaba, con la única mujer que le pertenecía, haciendo una gran ceremonia, con fiestas borrascosas que precedían días de augurio y preparativos de muertes de lejanos y cercanos parientes, y de una de las cuales, en alguna ocasión, resultó muerta hasta la desposada.

Y cuando no había boda, y sólo falta una fiesta, se recurría a los Areytos o Mitotes y muy especialmente, al solemne “mitote” o baile grande, que ejecutaban los chichimecas (y los ahora mexicanos) desde épocas pasadas.

Decía Chebo, el Chichimeca más conocido del pueblo; “...*El ejercicio de recreación más tenido de los chichimecas es solemne Mitote.*”

Se hacía ese baile, o mitote, de ordinario en los llanos, que eran lo más espacioso. Ponían en medio del espacio dos instrumentos; uno de hechura de tambor (huehuetl), y otro de forma de barril hecho de una sola pieza (teponaztli), hueco por dentro y puesto sobre una figura de hombre animal o de animal, o de una columna. Estaban ambos templados de suerte que hacían entre sí buena resonancia. Hacían con ellos diversos sonos, y eran muchos y variados los cantores: todos iban cantando y bailando a los sonos, con tanto concierto, que no discrepaba el uno del otro, con la destreza, que era de ver aquella como una perfecta armonía de cuerpo y sonido rítmico y balanceado al sutil y no menos fuerte, alborozo.

En estos bailes se hacían dos círculos de gente en medio, donde estaban los instrumentos, se ponían los ancianos, señores y gente más grave, y allí casi a pie quieto bailaban y cantaban. Al derredor de éstos, bien desviados, salían de dos en dos los demás bailando con coro con más ligereza y haciendo diversas mudanzas, y ciertos saltos a propósito y entre sí, venían a hacer el círculo muy ancho y espacioso. Sacaban en estos bailes las ropas más preciosas que tenían, y diversas joyas según lo que cada uno podía.

El baile se hacía casi siempre con acompañamiento de canto: pero tanto éste, como los movimientos de los que bailaban se sujetaban al compás de los instrumentos. En el canto entonaban dos en verso, y les respondían todos. Comúnmente empezaba la música en tono grave y los cantores en voz baja.

Progresivamente apresuraban el compás, levantaban la voz y al mismo tiempo era más vivo el movimiento de los bailarines, y más alegre el argumento de la canción. En el intervalo que dejaban las líneas de bailarines, solían bailar algunos bufones, imitando a otros pueblos e el traje, o con disfraces de fieras y otros animales, procurando hacer reír al pueblo a bufonadas. Cuando una comparsa o cuadrilla de bailarines se cansaba, la reemplazaba otra y así, continuaba el baile seis y ocho horas, y en muchos días más. Tales eran las formas de danza ordinaria, pero había siempre uno que la hacía más mitotera...se adelantaba del lugar que ocupaba, y con aire satisfecho, iniciaba bailando un recorrido al derredor del círculo, luciendo las prendas de su vistosa indumentaria, a la que había enriquecido con nuevos adornos: una nueva hilada de chaquiras o lentejuela en sus enaguillas de tela brillante o de gamuza: una flor más, bordada en la capa que prendía de su cuello y cubría su camiseta de color y cuyas mangas remataba en un manguillo de piel de largos pelos; las medias blancas o de color pálido estrenadas en esta ocasión, los huaraches a los que ha aplicado un nuevo baño de tinta plateada o dorada; unas plumas más en el penacho de su dorada diadema... todo en motivo del pueril anhelo de ser admirado por sus compañeros y deseado por ellas.

El paso que ejecutaban y la melodía que tocaba eran también nuevos; durante largos días había estado ensayándolos para presentarlos como una invención que mereciera la aprobación del grupo, al que pone muestra para que al volver a su sitio todos la imiten. Y uno tras otro tenían la oportunidad de bailar individualmente y de lucir sus trajes y sus habilidades, y durante este torneo su rostro tomaba otra expresión menos austera y su mirada era casi radiante; ya no es el severo ejecutante de un rito religioso; ahora es el humilde artista que buscaba los lucimientos bailando con un poco más de desenvoltura y gracia.

En el centro del círculo el capitán general con los capitanes y sus alfaraces portando estandartes con los dibujos mágicos y místicos, imitando las águilas que volaban libres sobre el llano, ejecutan los pasos que han ido marcando los del círculo; pero en este pequeño grupo hay todavía más lucimientos; el capitán solía a fuerza de dedicación y entusiasmo, llegar a ser un habilísimo bailarín y no despreciaba esta ocasión para hacer gala de su arte, así como de sus prendas con que iba ataviado, mucho mejores, a veces, que las de los otros danzantes, por delicadez y la profusión de sus bordados. Entre este grupo y el círculo de danzantes solía andar uno que llevaba en una mano un animal disecado, generalmente una ardilla, haciendo bufonadas para distraer a los espectadores...y así terminaba el mitote y seguía el curso de la vida de un pueblo.

Los laguenses, adoraban cualquier objeto en el que ellos creían descubrir facultades divinas y les rezaban oraciones inventadas por ellos mismos. Pero sobre todo -y esto los hacía diferentes de los otros chichimecas-, creían en sus brujos y en sus hechiceros... y resaltaba uno, “Chebo” que tenía fama de ser un chichimeca capaz de hacer cualquier cosa. Había sido guardián nocturno del orden, inventor de historietas, promotor de noticias, viajero incansable, vendedor de baritas y siempre hábil a servir a sus vecinos - se decía que había visitado tierras tan lejanas que estaban llenas de luces y donde la gente jugaba el juego de los frijoles, o algo parecido, en envites de miles de fichas de oro-, y entre sus cualidades, tenía la más necesaria del pueblo; la del curandero mágico y misterioso.

La necesidad, había determinado que el margen de aquella unión de seres estuviera depositada en los poderes para curar a los mordidos de serpientes: El carácter pantanoso, en tiempos de lluvias, hacía que las más venenosas salieran, temerosas de las voraces águilas, a buscar sus víctimas y eso, había hecho a Chebo el mejor curandero de la región, casi un sumo sacerdote, y de cuya diligencia y discreción, dependía la vida de los vecinos. En lugares como donde habitaban los laguenses, el curandero estaba desprovisto de los elementos de extravagancia, de carácter decorativo, que distinguen a los grandes magos de los grandes templos en las grandes ciudades. En estos lugares, el curandero es el hombre que trabaja su tierra y Vara a Vara, porque no tiene el secreto para sembrar y depende de que otros lo hagan por él, y es donde el ingenio es más que el mismo don de saber sembrar la Fanega. Y Chebo, tenía su propia suerte.

Su teoría era; “*no es el enfermo, sino el reptil a quien hay que digerirse*”...De allí que sea preferible capturar al animal vivo, para que el hechicero rece en presencia una oración que hará inactivo el veneno de sus colmillos y el que inoculó el animal en el cuerpo de su víctima. Estando prensete el animal, el hechicero no tiene necesidad de ver al paciente, pero sí de hacerle beber un viscoso brebaje, preparado por él con zumo de plantas y órganos internos de animales - traídas en exceso por los familiares de los previamente picados por la serpiente-, para que recupere...según dicen los escritos de los grandes sacerdotes, y conocidos de Chebo...las fuerzas en el percance.

Si el animal que produjo las mordeduras no ha sido capturado, el ensalmo se verifica en presencia del paciente, con la consecuencia de que el veneno se hará ineficaz no sólo en las heridas, sino también en los colmillos del reptil que las produjo. Esa virtud, había dado origen a una casta de serpientes, inofensivas a pesar de su características, que los nativos llamaban “culebras remendadas”, porque habían mordido más de una vez a su víctima y habían sido salvadas por Chebo, el curandero.

Como las serpientes empezaron escasear, chebo cambió su profesión y después de una larga ausencia por un viaje a la ciudad de las luces, regresó con más fuerza y se le veía con mascarar cubriéndole el rostro y en vestidos mujeriles pregonando las noticias de otros pueblos...quizás, eran las que los dioses le envidiaban por ser él el elegido, quizás porque sólo él sabía la razón para ésta diligencia. Pero fuera cual fuera el motivo, Chebo era el personaje que fundaba la naturaleza del pueblo que se iniciaba en su peregrinaje de tiempo y de ser. Era él lo que haría cimiento de personajes de esa nueva raza. Todos prestos y listos, sin importar las inclemencias del tiempo...un pueblo de audaces y de hombres de ingenio y con el nombre de laguenses.

Y salía el sol, y empezaba el pueblo a buscar su sustento...

Y para la subsistencia no sólo hay que saber plantar y cultivar las semillas en la tierra, sino hay que tener contentos a los dioses.

Las chichimecas, tenían gran veneración por el *Cincalco* -la casa del maíz- y a *Centéotl*, dios del maíz. Sin embargo la semilla misma se concebía como una mujer que va creciendo, representando con esto el desarrollo de la mazorca. Y en cada casa, se encontraban las estatuillas de los ídolos que representaban las varias etapas del maíz. Estatuillas de cabeza alargada, semejando la forma de la mazorca. Estatuillas hechas con un barro blanco, caloso y de similar color a los granos frescos del

maíz. Otras con recipientes lechosos donde se colocaba el jugo fresco del grano como la leche de la madre tierra que alimenta a sus preciosos y hambrientos hijos. Y todos, y cada uno de los ídolo tenían algo que semejaba al maíz. Algunos de cara granosa, otros con dibujos de mazorca otros más con dientes en forma de granos y la mayoría; mujeres con los pechos desnudos en punta de mazorca y rubricados por espirales pintados en negro. Y cuando un niño nacía con el pelo amarillo, color de la pelusa que el maíz mostraba, era sacrificado a la diosa de la falda vieja.

En cada casa podíamos encontrar a la diosa *Xilonen* - la que anda como mazorca tierna- , uqe representa a la mazorca blanda o en jilote; mientras que *Ilamatecuhtli*, "la señora de la falda vieja", la mazorca ya madura, cubierta por hojas arrugadas y amarillentas, se colocaba solamente en las casas de los más ancianos.

Y los más ancianos, eran los guardianes de la diosa *Ilamatecuhtli*, y de la tierra, porque eran ellos, los que en corto tiempo dejarían la tierra para entregar personalmente sus tributos a las deidades del maíz.

Y *Xilonen*, reencarnaba en una esclava joven que era llevada en hombros por un sacerdote y se le cortaba la cabeza en una de las fiestas mensuales, significado con ello que se separaba la mazorca de la planta.

Y alguien, una mujer ya vieja, cantó un algo cuando en caminata al ofrecimiento de *Xilonen*, una bella doncella caminaba...

Calor..., calor...

Fuego del palo volador girando.

¿Quién llamará a las lluvias?

Calor..., calor...

¿El sapo? ¿La rana? ¿Yo? ¿Tú? ¿El? ¿Nosotros?

¡Croa! ¡croa!, hasta que pinte sobre el cielo en nube de agua garza la atmósfera morena!

Calor... Calor...

*La estaca, el agujero, el grano de maíz
y el ahínco del pie para borrar su rostro a la caída,*

a la negra gana de comer del cuervo,

la verde bostezar de la cotorra,

ala necesidad en huesos del coyote.

Perdieron y buscan maíz de dos ojos,

el que emplearon los dioses en el hombre

y el hombre en su primer alimento.

El maíz de dos ojos

y no el del solitario lucero de la mañana

que en la mazorca nace ciego.

Arde en oscuridades, ve en lo profundo,

guía la plana suelo adentro.

Arde en la claridad, ve en el infinito,

guía la planta hacia lo alto...

*Y al asomar en la minúscula pirámide del grano,
apaga su mirada vegetal, su luz de perla de agua.*

¡Destino de maíz el de mi raza,

ver en la oscuridad siendo semilla

y apagar sus pupilas cuando brota!

¿Amarga felicidad la de mi estirpe

sobre corales negros fundar hegemonías!

*Ayer vi en mi país de fábulas y sismos y cíclopes semillas,
lo que caídos mis escudos quedó muerto,
oculto, robado a mi pupila en la mazorca:
La rueda de la luna en redor de las pirámides
de trenzas de jaguares, el caracol del tiempo
subiendo por los templos de piedras auditivas,
el beneficio de la tierra trabajada en común
los frutales esposos de las vegas, el animal cazado
y lo invisible detenido al dintel de las puertas,
descubierto, inhiesto, con la cara fragante.
Los rebaños del polo descendían al trópico
a devorar el fuego y en recobrarlo
vi sucumbir generaciones tiritantes
sobre este mismo suelo de fábulas y sismos
sucumbir, gemir, gemir sus corazones
entre témpanos blancos y tempestad de hielo,
hasta llegar el día de la cólera en rayos
cuando saltó la chispa del volcán y el incendio.
Los rebaños de nieve se volvieron al norte
hacia sus madrigueras, y en lucha con las llamas
me sorprendió la audacia, la ambición, el degüello
y entonces vi parecer generaciones en las minas
y a todos los tratantes flagelarme las carnes,
cambiarme por sus perros, herrarme en la mejilla y
lo que antes jamás viera, borrarse ante mis ojos
las familias del hombre, sin irse, borrarse solamente,
para sin dejar nada, racimos de esqueletos
y médanos de huesos,
las familias del hombre que ofrece mercancías;
y sigo comprando cosas a los que...
No acaban de vender su mundo falso.*

Pasaron los días y ya formaba parte de mi nueva familia. Mis preguntas sobre la abuela siempre se contestaban con la misma palabra y sólo eso. No era difícil el deducir que había muerto, pero siempre que preguntaba por ella, me contestaban con la misma palabra *Cocolixtle*.

El viejo aquel, el que me refugiara aquella noche en mi nueva casa, había desaparecido. Pero sus ojos me seguían en las noches y sus palabras se auscultaban como un eco al ponerse las estrellas sobre las calmadas aguas del río y las lagunas.

Media docena de casa, cuatro paredes con techos de paja, se perdían entre la llanura de los lagos, dos ya estaban en ruinas. Unos cuantos perros sin hogar, corrían sin rumbo buscando entre las hierbas algo que comer, y una mujer, vieja, con el semblante de los años y las arrugas de la vida, de las que tienen ojos negros profundos perdidos entre las arrugas del tiempo...secretos y llenos de sabiduría, iba de casucha en casucha con una pequeña varita de ocote encendido los fuegos que espantarían zancudos del río pantanoso. Los hombres vivían en una parte de sus casa y los perros, en el mejor paraje, muy cerca de donde se guardaba el maíz y lo poco que se almacenaba de comida. Una comunidad miserable con una vida miserable, en un sitio aún más miserable que el mismo fin de la eternidad de hombres solitarios que buscan sus valores propios y justificantes. Hombres de honor por instinto ante un mundo que no habla de la vida porque les recuerda la muerte, y por eso pasan el día simplemente viendo al sol y la luna...inertes e inciertos de un futuro. La vieja se paró y se me quedó viendo entre el humo tenue

que salía de la llama, que se apagaba como un presagio de lo que vendría...lentamente, muriendo entre la penumbra de la noche y el canto de los grillos que en algún lugar oculto confesaban sus dolores a la luna, se apagó la llama entre la noche y quedó sólo un pequeño punto brillante. El pelo blanco de la anciana, cenizo como nubes plateadas, colocadas por las manos de las diosas que se encargan de engalanar lo que vemos en el azul de la obscuridad, le dieron un efecto de inmensidad postrema e infinita. De repente fue joven, se vio feliz, sus carnes se hicieron deseables, firmes y rosadas entre el bronce de su piel; pero...ya había sido vieja por muchos años antes.

En un principio y fue desde entonces. Muchas noches tenía sueños y pesadillas de hogueras, de ríos, de cielos y de animales que aúllan a la luna. El alma, como un campo de batalla en que los símbolos y presagios luchan unos contra otros sin saber quién será el vencedor, ni quienes los vencidos. La lucha por vencer sin querer tomar prisioneros ni sentir el deseo de ser un prisionero

más. Aunque los sueños eran confusos, siempre supe que en algún lugar se escondía el destino de la vida y que al final tendría un propósito, no el de morir sin saberlo, y tal vez; saberlo al momento de morir. Tenía la impresión de que yo no era yo. Que en mis sueños se reflejaba la verdadera esencia de mi ser, y el destino de saber, que en mí había el poder de convertirme en *nágu* que se fundiera entre las especies, sin que nadie lo notara, ni yo mismo. ¿Pero qué animal era yo? ¿Qué era el animal en mí?...y sentía, al amanecer, que aquel viejo sería la respuesta a todos aquellos sueños.

Como a todos los demás, se me asignó un trabajo que consistía en cuidar y alimentar a los perros que se criaban para vender en *Teocaltiche* y otras tierras lejanas.

Desde el primer día se notó que los perros tenían cierto afecto hacia mí. Cuando llegué por primera vez a la casa, notaron mis nuevos custodios, que los perros no habían ladrado como lo hacían cada vez que un desconocido pasaba cerca. Eso, ellos lo vieron como una señal de que yo tendría el don de cuidar y atender a los animales, y así fue: Los perros y yo parecíamos tener una identificación que nos unía con un algo no explicable, llegué a creer que tal vez si me llegase a convertir en *nágu*, terminaría siendo uno de esos perros...quizás, al igual que mi nombre *Tlaneltoca*, esos perros y yo estábamos destinados a obedecer a cuidar o a seguir sin preguntar...o como aquellos que estaban siendo criados con cuidados especiales, seríamos guías...pero, eso eran fantasías de un chiquillo que se entretiene con sus pensamientos en el campo.

Los perros, mi quena y el campo, parecían ser los únicos compañeros que entendían lo que era estar solo. Ya mis protectores me habían dicho que yo no tenía ese espíritu abierto y curioso como el de un niño de mi edad. No me interesaba el seguir la tradición de los otros que soñaban con ser guerreros chichimecas de los tantos que habitaban la región. En verdad, mi interés era más el relajamiento y la contemplación de la naturaleza.

Durante el día, mientras pasaba el tiempo cuidando a los perros, sentía que los lagos estaban en ese lugar por un algo más que el simple hecho de estar. El cerro que estaba cerca, con su cobertura plana, en forma de mesa redonda, los llanos se extendían a lo lejos...llegando hasta el propio fin del mundo, del más allá y de esos lugares por donde mi abuelo viajara en otros tiempos... todo aquello hacía que la paz de lo absoluto fuera inmensurablemente eterna y atractiva.

Por las noches, el río cantaba en su soledad al acompañamiento de los grillos y de las ranas que le decían en sus lastimeros cánticos una canción de despedida. Algunas veces era recio y abundante, pero en su mayoría, el tiempo parecía quedarse parado cuando llegaba la noche, sólo se escuchaba el soniquete del agua pasar entre las rocas rompiendo su paz para encontrarla de nuevo en el manso fluir del agua. La luna reflejándose en el río, los sonidos de la noche susurrando en calma y esperando el amanecer con una sutileza que el mismo dios de la noche envidiaba. Y todo eso, parecía encajar más en la naturaleza de mí existir.

Un día, en uno de los cinco lagos había en Pechititán, ya casi listo para la caza de *concanauhtlis* que volaban con sus picos y patas anchas hacia sus nidos entre las espadañas, donde ponían sus huevos y

los empollaban, sacando a sus hijuelos solamente para enseñarles los trucos de la sobrevivencia. Me preparaba para enseñarles yo también, que la vida es parte de un instante, que ellos aprenderían a sobrevivir mientras yo aprendía lo mismo. Pero, no sólo era el llegar y cazarlos. La preparación de la batida formaba parte del goce de la misma: primero había que tomar una calabaza grande, sachar la pulpa sin partirla por unos agujeros que servían luego de visores. Ya una vez con todo preparado, se arrojaban al agua varias cabezas vacías, para que flotaran y que las aves las consideraran como algo normal, que perdieran el temor, por así decirlo. Luego me ajustaba en la cabeza la calabaza que había preparado con los agujeros, de tal manera que pudiera ser por ellos y con la calabaza en la cabeza me mezclaba entre los patos que nadaban y pescaban en las aguas. Las lagunas de Pechititán no eran profundas en sus orillas y era fácil de mantenerme en pie sin tener que nadar mucho, mirando a través de las rendijas abiertas en la cabeza y sin esfuerzo alguno, podía capturar a cada ave por las patas y sumergirla, torciéndole el pescuezo bajo el agua, para que no hiciera ruido. Se podían capturar todas las aves que uno quisiera en poco tiempo, pero siempre me gustaba tomar sólo las que había de preparar ese día.

Ya estaban las aves sobre el agua y a punto de ponerme mi calabaza en la cabeza, cuando apareció un ser que nunca antes había visto.

Llevaba lo puesto un saco colorado, con destellos azules y parches de color pardo y verde con un tono mugriento. Cubriéndolo todo, llevaba una capa deslucida. En la cabeza tenía puesto un paño colorado, y sobre el paño, un aro que le cubría la cara del sol. En los pies, llevaba puestos lo que parecían unas cubiertas de piel muy negra...negras y puntiagudas, sólo en su parte superior, se podía decir que caminaba descalzo a la tierra. La carne de su cara era blanca, como la de las gentes que vivían en Xalostotitlán que se pintaban el cuerpo y la cara con las tierras calizas para ocultar el rojo de su piel. El pelo de su cabeza, que le tiraba hasta las orejas, en sus mejillas, sobre sus labios, en su barbilla y hasta en el cuello; era amarillo como las plumas de un ave brillante y contra luz, parecía resplandecer, haciéndolo brillar como un sol.

Por un momento me quedé pensando en alguno de los dioses de mis abuelos había salido del lago y me veían a reclamar sus *concanauhtlis*, pero mi miedo fue tan grande que sólo pude tirar la calabaza al lago y caer sobre mi cara ante sus pies.

Éste dios era inmenso, más alto que cualquier arbusto de los que rodeaban el lago y para mi tamaño se veía como una montaña humana.

El olor de éste ser, o dios, era horrible; algo parecido al del *epatl*...o al de un sacerdote que huele a sangre de años que se ha ido acumulando en su pelo y en su piel...olor a santidad, de costra de muerto y de miles de podredumbres que lo acercaban más y más a su dios...

De su boca sólo salían sonidos extraños mientras que mostraba sus dientes amarillos y cafés. Si era un dios; era definitivamente el más horripilante de todos los que habitan en los cielos o al fin del mundo. De repente el dios empezó a reír y en mi lengua me dijo que me parara y dejara de temerle.

Por costumbre de oír a la abuela decir cuando veía a una persona extraña dije cortésmente: "Mixpnatzinco".

-“Ximopantoli”-, contestó aquel ser.

Y una vez calmados, me preguntó:

-¿Qué hacías con esa calabaza en la cabeza?

-Iba a cazar algunos *concanauhtlis*, le contesté.

-Muy ingenioso, debo admitirlo, no se me había ocurrido esa forma de cazar y eso explica, más aún, tantas calabazas en el lago, replicó.

-Me llamo Pedro de la Barca ¿y tú?

-*Tlaneltocaz*. Aunque todos me dicen *coco*, contesté.

-Bueno, pues te llamaré *coco*, replicó.

Después de ayudame a sacar mi calabaza del agua y de cazar algunos patos (que así les llamaba él), nos sentamos a comerlos asándolos sobre unas ramas secas que yo había preparado antes de que él apareciera.

-No hay duda que eres un buen cocinero, dijo limpiándose la boca con la capa.

-Viendo a la abuela aprendí a cocinar todo tipo de aves y animales, le contesté.

-Pues mira que bien pudiéramos ser un buen par de cocineros. Tú como el marmitón y yo como tu pinche-,dijo riéndose y mostrando sus dientes verde amarillos.

El que se decía Pedro, sacó de entre sus ropas un *acayetl* y se sentó bajo un mezquite a fumarlo. La curiosidad me acercó a él y aunque me costaba trabajo acostumbrarme a su olor me eché a su lado. El humo gris mezclado con el olor del tabaco empezó a llenar el aire y sus palabras salieron flotantes de entre el tufo de su boca...

“Estoy bajo las órdenes de Cristóbal Olí y entre el caminar me he perdido. Ya tenía algunos días sin comer y gracias a ti, me he dado un verdadero yantar que ni su majestad se puede imaginar...”

Lo que si noté, fue que los perros no habían ladrado, lo cual era extraño ya que el olor los hubiera hecho reaccionar.

-¿Sabes que día es hoy?, preguntó de repente el que se decía llamar Pedro.

-Es la fecha en que las lagunas traen comida que tú llamas patos., contesté.

-No es el año 1531, pero no tengo idea en que fecha o día estamos, contestó, y dime, ¿dónde vives?,¿cómo se llama el pueblo de donde vienes?

-De Pechititán soy, pero vengo de Teocaltiche. Mis abuelos fueron de una ciudad llamada Tenochtitlán, que es donde el gran señor Moctezuma vive y reina, contesté.

-En verdad que estas muy atrasados de noticias. Hace años que el Señor Moctezuma dejó de existir y ahora la gran Tenochtitlán es parte de la Corona Española y se llama a todo esto la Nueva España. Pero , qué vas a saber tú de todas esas cosas, eres aún un rapaz , y tanto ha pasado desde que nacieras . Por lo que veo tienes más o menos la misma edad de cuando Cortés entró a la gran Tenochtitlán y terminó con todos tus antepasados.

De cualquier forma, creo que ahora tú y yo vamos a hacer buenos amigos. Y tal vez puedas ayudarme a no encontrar a mis compañeros, o por lo menos a protegerme de los chichimecas que abundan en estas partes. No creo que les agrade mucho verme... a cualquiera de los dos.

Platicamos por un rato, y entre señas, y su extraña forma de hablar mi forma de entenderle, fuimos a buscar unas cuevas donde pudiera pasar la noche y me despedí de él prometiéndole regresar al día siguiente.

Al llegar a casa, la plática era de cómo algunos habían visto a otros seres parecidos al que ya habíamos conocido en la laguna, de cómo habían pasado en sus venados gigantes y de cómo brillaban en el sol. Incluyendo el olor tan espantoso que despedían y de los sonidos que salían de sus bocas, aunque algunos podían hablar en sonidos entendibles. Muchos tlaxaltecas venían con ellos, que les servían de traductores y guías y al parecer iban rumbo a Xalostotitlán Nochistlán Teocaltiche. El que estaba al mando, y que se hacía llamar Nuño de Guzmán, había dado la orden que se entregaría la comida que había en las casas. Pero como no habían encontrado más que agua, se detuvieron sólo lo suficiente para dar de beber a sus venados en el río.

No dije nada del que se hacía llamar Pedro, y al día siguiente, cuando Tonatiuh levantaba su cobija de sueño, fui a buscarlo a la cueva. Allí estaba, fumando su *acayetl* esperándome. El humo del *acayetl* salía de entre sus labios buscando aire de los llanos.

Le platicué de cómo otros como él habían pasado y del que estaba al mando.

-Bueno, creo que ya tendré que depender de ti. Porque si Nuño de Guzmán anda por estos rumbos, ni yo ni nadie la vamos a pasar bien, dijo mientras buscaba entre la comida del día

anterior algunas sobras y se las comía.

Pasaron los días y a diario me reunían con Pedro. De la casa le traje unas ropas limpias y un cuchillo de obsidiana para que se limpiara la cara. Diariamente preparábamos algo de comer, principalmente, conejos, serpientes y aves.

Así como algunas verduras silvestres y tortillas de maíz. La lengua de su boca se hacía fácil de aprender y entre la mezcla de la mía y las palabras que aprendía, la comunicación era de cada día más fácil. Me enteré que él, en realidad, había dejado a sus compañeros por opción y no porque se hubiera extraviado. En un pueblo cercano había llegado él y sus ex compañeros, y matado a bastantes chichimecas sin motivo alguno, y él, al igual que muchos, no estaba de acuerdo con la forma de actuar de Nuño de Guzmán ni de Cristóbal de Olí, pero al final, el conquistador también podía ser conquistado por el cariño y afecto de los conquistados.

El conquistador tenía en su mente, desde el momento que se embarcó en su aventura, el “conquistar”, dominar y salir airoso de su contingencia. Los tiempos estaban en reclamo de glorias, de triunfos, de aventuras y de nuevos y misteriosos mundos, que se abrían por primera vez a los ojos de los seres que poblaban el más allá, el otro lado del mar y sus tierras.

La batalla de los dioses se había encontrado en un campo neutral y se había decidido en forma paralela qué, era el tiempo de unir las sangres y de crear un nuevo ser que fungiera y se mantuviera en la tierra. Ya los dioses habían usado el maíz y el barro, los monos y los jaguares, y nada, absolutamente nada, parecía haber resultado de sus peripecias y experimentos fructuosos en la creación del ser perfecto. La combinación, no era esa... lo habían visto ya en sus resultados. Después de la llegada del nuevo fuego, allá en el cerro aquel, dos creaciones se habían transmutado en diferentes universos, en diferentes estados de emplazamiento y en lejanas tierras. Un dios había visitado y mezclado, entre otros humanos de la tierra ancestral India.

Un dios se había alejado por opción y ahora estaba de regreso con su séquito. Estaba dispuesto a poblar el antiguo mundo. Era un dios dispuesto a terminar con el viejo mundo y, sin aceptar retos, limpiar metódicamente, en forma sutil y despiadada, todo vestigio de sangre antigua.

La nueva humanidad empezaba con la llegada del comienzo hacia el camino del quinto sol...

Todo esto, en pedimento de una Reina, con la palabra del nuevo dios en la boca.

Pero Pedro me dejaba ver, entre palabras, que los ideales cambian cuando el poder llega. La idea de conquista por un ideal, que al parecer era el de llevar a su nuevo dios a ser conocido en todo el mundo, se había transformado en el deseo de poder, de control y de diosidío. No hay afrodisíaco más fuerte que el poder, tanto qué, el dinero y el oro y las tierras y todo lo demás, se convierte en un algo tan intrascendente que simplemente no cuenta. El control de los humanos es el acercamiento más cercano que se puede tener a ser un dios. Hay quienes dominaban con cariño, como era el caso de mi familia adoptiva, y otros que, al no poder dominar y ser queridos por sus atributos (cuando se tienen), optan por la fuerza del dominio y acaban con el pensar del dominado.

El miedo, la destrucción, el poderío de ver dioses en manos de seres con las mismas características que uno tiene (aunque el color de la piel sea diferente)...¿Cómo podía, acaso el ver antiguo vencer el miedo de sus nuevas deidades?

Pedro me trataba de explicar todo aquello y me hablaba y hablaba de sus sueños, de cómo había querido venir a esta nueva tierra con el deseo de aventura y enseñanza, naturalmente, no a enseñar, sino a ser instruido a las viejas costumbres de aquellos que viven una vida de entendimiento entre el hombre y mundo, hombre y tierra, hombre y viento, hombre y sol y hombre y hombre. Y porque no hombre y muerte. Tanta es la preocupación de la muerte de aquel que vive pensando en ella, que olvida que sólo es un destino al cual hay que llegar queramos o no. Sea rey o lacayo, Reina o cortesana de camino, el final es siempre el mismo. Algunos son llevados a su Mictlán tan codiciado, pensé que la función del perro, por su gran sensibilidad al miedo, pudiera ser la del detector de un ser que ha tenido

una vida justa y plena ante él mismo. Solo un perro puede detectar el miedo en forma de nirvana. Sólo aquel que sabe que tan buenas han sido sus acciones en la vida humana, que corresponde a todos por obligación en su existencia sideral, puede aspirar a cruzar el lecho de la segunda opción y continuar su eterno peregrinaje en el espacio de un universo infinito. No hay recompensas que lo esperen a uno en su destino final. Cada cual lleva ya su propio séquito de riqueza en su cargamento de cosechas logradas en su primer paso terrenal. Uno llega con el cargamento de sus penas, sus logros y sus acciones y en un mundo de trueque, las cambia por el oro de los dioses. El ciclo comienza de nueva cuenta...los 18 meses toman su segunda etapa de vida...nueve en el comienzo fecundado y la última novena antes de salir al mundo terrenal.

Fuimos planeados en forma instantánea en un momento y en un segundo fraccional de tiempo de deseo y fecundación predeterminada. Nueve meses antes de nuestro último respiro, empezamos a deteriorar ese sentimiento de deseo y nos alejamos en forma inconsciente del mundo. Dichosos es aquel quien puede sentir en un momento que ha empezado su novena de consolación camino al Mictlán...lentamente podrá contar el tiempo en forma regresiva y pactar su alma para presentarla al ser que lo espera del otro lado.

Y no importa como presente la partida, si por el desgarramiento como se presenta la partida, o por la muerte florida que todos llevamos dentro, nueve meses antes ya se sabía en el libro de la vida el momento exacto de la mudanza.

Siempre llegué a creer que seguimos adelante en el camino del tiempo. Llegamos de un punto no especificado y con un poco de experiencia a éste punto de vida. De dónde venimos y a donde vamos... es el punto de buenaventura que logramos en el tiempo que pasemos en éste momento de tiempo. Los que han logrado compartir con sus semejantes el conocimiento y la esperanza y la buena voluntad, logran cruzar el río tranquilamente, tan pacíficamente consigo mismos... que el perro no puede sino... ornarse a su lado y sentir lástima de perder a tan fino amo. Pero el otro, el que siente miedo de ser descubierto en toda su falsedad, no puede dejar de temer al perro porque sabe que le olerá y sentirá miedo. Y el *Mictlán* tendrá que esperar un ciclo más de vida para recibirlo aún. Y el destino y el camino se troncan en un sólo. El río se torna mucho más caudaloso y continuamos el ciclo en otro lugar cósmico y sideral. Pedro le llamó en algún momento infierno o fuego eterno y la palabra en sí denotaba un ciclo de vida horrendo, no por el fuego, ya que todos sabemos que el rescoldo purifica y es vida en el diario vivir de éste mundo. Yo más bien lo considero un paso atrás al camino de eternidad de nuestra vida interior. Tenemos que continuar a otro nivel de existencia, tal vez no con el cuerpo que hoy presentamos para albergue de ese sentimiento almatico. Pero no hay que dudar que eso que nos hace sentir y cantar, llorar y reír, amar y odiar, tener compasión y recelo...tiene que continuar viviendo en algún lugar y en algún tiempo...llámese, a la lengua de Pedro; infierno o gloria terrenal, o en mi forma de pensar, la fajina de llegar o no, al Mictlán.

El hombre antiguo de la tierra mexicana, no tenía infierno. Vivía pensando en que el mundo del Mictlán era, y sería, su recompensa por haber sido un hombre de caminos rectos en su deambular por el mundo de los vivos. Había, sin embargo, nueve infiernos que cruzar para llegar a Mictlán...nueve en el seno de la madre y nueve en el regazo de la muerte.

Sería por eso, acaso qué: ¿el tecolote canta y el perro aúlla cuando un indio sale en su caminar al río de su destino?...

Nuño de Guzmán, me platicó Pedro; no había seleccionado la región de Jalisco por opción. Su interés siempre fue la presidencia de México, y la cual ya tenía antes de partir a conquistar Jalisco. Unos meses antes, Cortés había sido requerido ante su Majestad para aclarar algunos puntos sobre el manejo de la Nueva España. Como era de esperarse; saldría bien liberado. Después de todo, Cortés no era un hombre malo; prácticamente, él era un hombre bueno; que en sus tiempos libres estaba lleno de buenas intenciones...sólo qué, por desgracia, era un hombre muy ocupado y nunca tenía tiempo libre.

En su ausencia, Nuño Guzmán había sido promovido de gobernador de la Provincia de Pánuco a presidente de México. Él y sus licenciados oidores, o asesores, habían amortiguado el puesto con la disposición de hacerse ricos y señorear la Nueva España, sino, toda, por lo menos México. Sus atrocidades habían llegado a límites, de tal manera que, las mismas personas que habían apoyado su nombramiento, ahora estaban quejándose directamente ante el Rey. Como era de esperarse, Cortés tampoco se iba a quedar con las manos cruzadas, tenía demasiados intereses en México; haciendas, propiedades, esclavos y mucho oro por tomar. Ya las grandes matanzas habían quedado como muestra del poderío español y ahora llegaba el tiempo de someter esclavos y de explotar la nueva tierra para beneficio de la corona, y naturalmente, para los conquistadores que la habían logrado en nombre del Rey.

Con la espada frente y la cruz detrás...

Entre Nuño de Guzmán y un licenciado de nombre Delgadillo ya causado grandes estragos durante la ausencia de Cortés; la venta de esclavos indios entre los nuevos terratenientes españoles, en indios con privilegios, eran unos de sus mayores fuentes de ingresos, y eso; era algo que la misma iglesia no podía condonar tan abiertamente. Naturalmente que existía la esclavitud, pero no tan paladinamente como la de Guzmán y sus socios.

De Guzmán estaba seguro que Cortés no regresaría de España, y cuan grande sería su miedo que en cuanto se enteró que Cortés venía en camino de Castilla a la Nueva España, ahora con título y como Marqués, y con él venía (pot orden real) la señora Marquesa, su mujer...tal fue su miedo a enfrentarlo que decidió poblar la provincia de Jalisco, con o sin autorización del Rey.

Creyendo que podía salir airoso, como el mismo Cortés que había salido de todos sus problemas ante la corte, haciendo su voluntad y manejando a los Reyes a su antojo, empezó con la misma rutina que su inveterado Capitán; primero tomando, y después, justificando las acciones con el poder que da el oro y la plata.

Cuando se supo que Cortés, no sólo regresaba con más poder, sino que, también venía con órdenes de quitarlo de la presidencia, y hasta con posible pena de cárcel; allegó todos los soldados que pudo, por fuerza o por convencimiento, y se marchó a la conquista de la provincia de Jalisco.

Chirinos había estado ya en la provincia de los Altos de Jalisco. En sus incursiones al Norte de Michoacán, había descubierto una tierra que en sus palabras era, *"...habitada por indios rústicos, que viven en las quebradas de los cerros, algunos cerca de unos lagos, tan sin fruto que no vale la pena el trabajo que han dado..."*

Pero, aún así, los españoles seguían la idea de encontrar las ciudades perdidas e inmortales de las leyendas Aztecas. Miles de fábulas se decían diariamente en los mercados de la gran ciudad. Miles más se habían dicho entre dicho entre viejos por generaciones...y ahora, llegaban a los oídos de los conquistadores:

"...en lo más profundo del mundo, de la selva, de los llanos, del desierto y del más allá, detrás de unas escarpadas montañas, hay una ciudad majestuosa y mística de incalculable belleza y riqueza, construida de oro puro... hasta sus más pequeños detalles...habitada por entrañables moradores, poseedora de inimaginables secretos. Según los antiguos, en el alba o el ocaso, los rayos del sol, al coincidir sobre la superficie de la ciudad, se emiten destellos de luz tan enormes, que indican su posición desde varios puntos..." Y miles más tan místicas que sólo la imaginación podía decir cual era el verdadero significado de las palabras. Lo que para los españoles era un metal llamado oro, para los antiguos había sido el salir del sol por el océano y al agonía del mismo por el otro mar. y las ciudades de oro existían en los ojos de los antiguos. Las piedras brillantes que los blancos buscaban, eran, para los ojos indios, los brillos de la lluvia ante el inmenso llano de lagunas. Pero el español, no sabía ver más que con sus ojos, y sentir sólo podía con sus manos. El profesa de su alma ya estaba muerto y era

imposible que viera como; en cada ladera, cada peñón, cada amanecer...había riqueza que el mundo ofrece a sus seres como parte de su paso terrenal...una pequeña muestra de lo que el Mictlán prepara.

Hubo algún tiempo, un lugar donde el aire que se respira era limpio y donde se mirara se encontraba uno con hermosos paisajes, y aquellos que vinieron al comienzo de los tiempos maravillaron con aquel lugar y vivieron junto a un gran lago. Otras culturas llamaron a este lugar Michoacán, que significa “tierra de pescadores” y a sus habitantes michoacanos.

Y vivieron ahí por largas generaciones....

El tiempo paso, vinieron monarcas buenos y monarcas malos, guerras, hambres y tiempos de opulencia y llegaron noticias con los mensajeros de la Tenochtitlán de como unos invasores venidos de tierras lejanas, de donde el cielo y la tierra más lejanas, de donde el cielo y la tierra se hacen uno. Se hablaba de terror de ver el imperio más grande resquebrajarse frente a sus ojos, como el ejército inigualable era vencido y al sangre de unas culturas más grandes estaba vertida sobre las ruinas que fueran la gran Tenochtitlán.

Los jóvenes michoacanos estaban dispuestos a luchar sin tregua de defender su suelo, el país que les pertenecía, en donde los hombres eran libres y las águilas volaban. Más ¿de qué servía un ejército resuelto a morir por su patria si el rey temblaba frente al enemigo?

Tzimtzicha, su rey, era considerado un monarca débil y cobarde, por esto la confusión reinaba...

¿Repetiría Tzimtzicha el error del débil Moctezuma y se rendiría frente a los invasores? O ¿Seguiría el ejemplo de Cuauhtémoc y los combatiría?

Hernán Cortés había oído hablar de las riquezas que había en Michoacán y mandó sus mensajeros a hablar con el monarca Michoacán, persuadiéndolo a rendirse y reconocer al rey de Castilla.

Tras realizar la misión que les fuera encargada los mensajeros regresaron con la respuesta de Tzimtzicha, quién ofrecía su amistad y obediencia a Hernán Cortés, y un cargamento de presentes para este, a cambio de un enorme perro, propiedad de un español llamado Francisco Montaña.

En Michoacán se sentía en el ambiente la desolación, la duda se reflejaba en todos los rostros, en los jóvenes ardía el patriotismo, y los viejos estaban resignados pues sabían que un rey como Tzimtzicha sin ambiciones los llevaría a un final catastrófico como el de los mexicanos.

Pero en medio de la confusión hubo una mujer que se alzó por su coraje y que guardaba dentro de sí un amargo odio hacia los españoles, esta era la hija de Timas, el principal consejero del rey.

“Y la llamaron Eréndira, que significa risueña, pues su constante sonrisa imprimía un sello de malicia y burla”.

Muchos guerreros codiciaban a esa hermosa virgen morena, más ninguno conseguía de ella más que una sarcástica sonrisa, uno entre ellos, Nanuma, el jefe de todos los ejércitos estaba enamorado de ella, y la amaba con el amor más puro, no solo porque fuera bella, sino por la gran inteligencia e ingenio de ésta.

Pero Eréndira no amaba a nadie y esto era debido a que tenía un amor más grande que cualquier otro, amaba a los llanos, amaba las montañas de su Michoacán, amaba su aire y su cielo, sus lagos y sus campos, Nanuma le hablaba de amores:

-Dime ¿Por qué no comprendes que soy quien más te ama en el mundo?-

-Porqué no quiero tener un dueño.-respondía la doncella con su sonrisa irónica.

-¡Oh! Siempre desdeñosa, siempre con esa sonrisa altiva en los labios- Contestaba Nanuma.

Más ¿cómo podía pertenecerle a alguien más de lo que le pertenecía al viento y a los árboles?, ¿para qué jurarle a alguien amor eterno si ya le había jurado a su patria defenderla?, ¿cómo, entonces, podía olvidarse de esa tierra que tanto amaba?

Días después un acontecimiento hizo al pueblo olvidarse de las dudas, aunque según el pideduario; ritual de los sacerdotes tarascos, no había ninguna fiesta por esas fechas; se celebraría en el gran templo un acto solemne a *Xaratanga*, vengativa e inexorable diosa de la luna.

Llegó entonces la hora que los tarascos llaman *Inchantiro*, la hora en que el sol desaparece debajo del horizonte, y la luna se levantó como un gran disco hasta llegar a su lugar debido y entonces se presentó en todo su esplendor. Mientras, las quiringuas dejaban oír su melancólico canto.

La gente se apiñaba en silencio, cuando el rey y su comitiva hicieron su entrada y tomaron asiento, un sacerdote entró en el santuario.

Un grito, jamás oída antes, desgarró el silencio de la noche, llenando de terror los corazones de todos los presentes, los discordantes alaridos resonaban intermitentemente. El sacerdote volvió a salir, y le seguían cuatro guerreros que llevaban atada a una bestia que jamás se había visto en aquel país, que infundía pánico con sus endemoniados ojos y de cuyas fauces salía aquella voz tan aterradora que hiciera a la muchedumbre temblar.

La fiera luchaba por liberarse, en sus ojos asomaba la ira y su hocico vertía espuma, cuando la luna se ostentaba ya arriba del horizonte cesaron los ladridos y pusieron le los sacerdotes en la piedra de los sacrificios; el sacerdote pálido sacó su cuchillo labrado de obsidiana y jade, lo hundió en el pecho de la bestia y rápidamente sacó su corazón.

Eréndira se volvió hacia Nanuma y le dijo:

-¡Hoy es la bestia y mañana serán los españoles los que mueran así! Entonces yo seré tu esposa.-

Nanuma difícilmente podía creer lo que había escuchado.

Eréndira se encargó de infundir valor a las princesas y a los capitanes del ejército burlándose de los españoles, sembraba en cada persona que la escuchaba el patriotismo que ardía en su ser.

En una ocasión que pudo hablar con Nanuma le dijo:

-Tú eres el que derrotará al ejército de los invasores, y cuando regreses victorioso, yo seré tu recompensa.-

-¿Y si fallo?- preguntó el guerrero.

-Iré a llorar sobre tu sepulcro y sembraré en tu yácata las más hermosas flores de nuestros campos.- contestó Eréndira.

Ésta idea hizo temblar a Nanuma.

-No te preocupes entonces que yo lucharé hasta morir. No nos rendiremos, porque somos más grandes y fuertes. ¿No nos han protegido los dioses siempre? ¿No vencimos con ingenio las dos veces que los mexicanos quisieron conquistar este país? ¿No es verdad acaso que *Curicaueri* al principio de los tiempos hizo al hombre de barro, más éste se desbarató al entrar al agua, no lo reconstruyó entonces de cenizas pero queriendo que tuviera consistencia, no formó a nuestros hombres de metal?- dijo orgullosos el guerrero.

-¿No son tus guerreros de metal, Nanuma? ¿No se convirtieron en mozas al enfrentar a los invasores? No tengas piedad entonces Nanuma cuando estés allá en el campo de batalla, pues se que eres tú el más valiente de los guerreros y llevarás a nuestro ejército a triunfar sobre los invasores y resguardar la grandeza de nuestro imperio.-, respondió Eréndira.

Una mañana marcharon las tropas del ejército michoacano por las calles de Tzintzúntzan, a la vista de

Tzimtzicha quien estaba inquieta por el resultado de la guerra que aquel ejército estaba a punto de iniciar.

Hernán Cortés envió a su ejército a encontrarlos comandado por su más valiente capitán, Cristóbal de Olí.

La guerra se desencadenó en la ciudad de Taximora que había sido tomada por el ejército tarasco, quienes caían valientemente frente al hierro del enemigo. Aquellos que no se sacrificaban en la lucha desigual quedaron mudos de espanto al oír los disparos de los españoles y emprendieron una vergonzosa fuga para lograr su salvación.

Nanuma y otros nobles fueron los mensajeros de la vergonzosa derrota. Eréndira decepcionada se volvió sin evitar que dos lágrimas se derramaran sobre sus mejillas.

En vano quiso Nanuma hablar con Eréndira:

-Dime entonces ¿qué debía hacer?-

-¡Morir!, los españoles te enseñarán pronto el oficio de los hombres que no saben morir por su patria.-

Timas habló entonces a los hombres que lo rodeaban, y aquellos que estaban decididos a defender su patria hasta la muerte, juraron hacerlo y armándose de hondas y flechas fueron al templo, a las mujeres y a los niños se les ordenó huir a los montes, mientras tanto, ellos esperaban la venida de los invasores. Cristóbal de Olí y su ejército entraron a la ciudad, mientras de un milla de hombres comandados por timas esperaban en el templo, Tzimtzicha se había rendido ya ante Olí cuando el grito de guerra se oyó en toda la ciudad.

Heroicamente lucharon Timas y los defensores del templo, más el enemigo era por varios miles más numeroso. Cristóbal de Olí envió al combate a todas sus huestes que barrieron con todo lo que quedaba de purépechas, algunos lograron escapar huyendo hacia el monte.

El ejército de Cristóbal de Olí revisaba los cuerpos buscando los cadáveres de los españoles.

El manto de la oscuridad se fue descipando hasta la llegasa de la luz, que dejaba ver la ruina.

El suelo estaba tapizado de muertos en su mayoría de purépechas, junto con mexicanos y tlaxaltecas que venían con los españoles...y Eréndira, yacía en algún lugar de la laguna.

La ruta a la provincia de los Altos, era por la ya conquistada Michoacán y en el camino, estaba dejando una estela de muerte y de atrocidades que daban más que motivos al Rey para acabar con él. Opuesto a lo que se creía serían las órdenes de España, se le condonaron sus muertes. Después de todo, fuera posibles que como Cortés, lograra aquellas cantidades de oro...y aquello era justificables en cualquier cote del mundo.

Pero eso no podía ser. Sólo había uno tan diplomático y tan astuto que pudiera manipular todo un reinado como el de Castilla: el gran Cortés.

En cuando había llegado Nuño Guzmán a la provincia de Michoacán, se había reunido el gran señor Calzontzin, el cacique del lugar. De Guzmán esperaba encontrar más oro del que había, y al no recibirlo; decidió seguir las enseñanzas de Cortés y le quemó los pies. Al final, cuando ya no le pudo lograr más indios e indias para venderlos como esclavos, lo torturó y terminó ahorcándolo...

Vasco de Quiroga, quien ya estaba en Michoacán y era muy querido por los indios y respetado en México...decidió poner un hasta aquí a la situación.

La influencia de Vasco de Quiroga era tal, que por ella llegaron a México las órdenes de buscar y llevar preso a Nuño de Guzmán..., al final se harían efectivas dichas órdenes, pero no sin que antes lograra fundar algunos pueblos y villas, como siempre, con tal de no mover aguas que apestan y dado a que la conquista es eso; una conquista, sea ésta por conductos religiosos, morales, esclavitudinalizantes o

por fuerzas del poder del más fuerte; Nuño Guzmán ignoró la orden de su Majestad de presentarse en México... y España y México ignoraron, a su vez, los pequeños arrebatos de Guzmán. No eran grandes las pérdidas de vida de algunos indios si el resultado daba, como recompensa, un territorio nuevo para un Rey donde en sus tierras el sol no las lograba cubrir en un solo día. El hierro marcó a miles de indios en su afán por hacerlos propiedad de sus dueños, y terminaron siendo artículo de compra y venta con menos derechos que una vaca. Los españoles, a su mando estaban en su racha de muerte y destrucción... todos, menos uno, Pedro. A los pocos días (Pedro) me platicó de lo que había pasado en la ciudad de la abuela y de cómo un Pedro de Alvarado había destruido el mercado y matado a todos durante la fiesta de *Hitzilopochtli*. De la muerte de Moctezuma, del sitio de Tenochtitlán, de la gran peste y de cómo, al final, los mexicas se habían rendido ante las fuerzas de los españoles. Todo eso parecía como un gran cuento de los que platicaban la abuela en el tianguis, sólo que en esta ocasión eran los mexicas quienes habían logrado la victoria, y parecía que el pueblo de mis antepasados se había terminado con la salida de la abuela, o como lo dijera ella; “*con la llegada de los dioses*”.

Para Pedro de Alvarado, cualquier batalla significaba una rutina más entre los pormenores que dejaba el estrago de una conquista. La destrucción de una raza, de costumbres y de toda una ideología, era un pequeño precio a pagar, si se tomaban en cuenta los beneficios de los dones que la nueva tierra brindaba a España. Y los indios, por su cuenta, deberían agradecer los dones que sus conquistadores brindaban...

La intención del español, no era la de colonizar, ni tomar de la tierra lo que en ella pudiera dejar con su trabajo y sudor, por lo menos, no era la intención del momento. Otras naciones que estaban conquistando el mundo, buscaban extender sus dominios en forma colonizadora, dando un poco de ellos mismos regando la tierra con su sudor, pero el español, ¡no!, él venía a conquistar, a tomar la tierra y dejarla vacía, de ser necesario.

El oro y la plata estaban siendo requeridos en grandes cantidades para los gastos del Rey y sus nuevas incursiones de poder. Lo que había comenzado con una Reina Católica, y con el afán de buscar nuevos puntos de mercado en la lejana tierra de los Kanés, y de los sueños de Marco Polo. Ahora sólo creaba una avaricia de oro, poder y sangre. Nuevos frutos, nuevas aves, nuevas tierras y en ellas; un grupo de seres no domables, pero fáciles al exterminio.

Pasaron los días y Pedro empezaba a tomar un color más oscuro, tal vez las ropas más ligeras le ayudaban a recibir los rayos del sol. El agua de la laguna, donde yo cazaba patos como cualquier Chichimeca, había limpiado todos los olores, y con su nuevo atuendo, parecía acercarse más a uno de los nuestros. Claro que todo, color y ropa, se perdían al ver el tamaño de su cuerpo y el pelo de sus carnes. Entre todos los chichimecas no había uno que tuviera plumas en el pecho, ni en las piernas, ni en los brazos, y aunque diariamente se limpiaba las plumas de su cara, ya para cuando *Tonatiuh* preparaba su manto para dormir, parecía que su cara se llenaba de espinas como los nopales. Fue cuando se me ocurrió que si usaba la tierra blanca que se ponía en la harina de maíz para hacer las tortillas, se le cerrarían los poros de la cara y no le saldrían más espinas en la cara.

La abuela había platicado, en cierta ocasión de cómo a los niños que nacían con pelillos en el cuerpo, se les lavaba constantemente con éste tipo de tierra y a los pocos meses de nacidos, dejaban de mostrar pelusa y continuaban así por el resto de sus vidas.

Cuando se lo sugerí, le dio mucho risa y dijo que lo intentaría, ya que con ese color de piel y con las espinas (que él les llamaba barba) no sería fácil de esconderse entre chichimecas ni españoles.

Al siguiente día le traje tierra blanca y se la untó en la cara. Después de haberse puesto, los primeros días, del color rojo de las tunas, y por un par más, la barba le dejó de crecer con tanta prisa; ahora ya sólo tenía que quitársela cada dos o tres días. Viendo los resultados de la cara decidió untarse aquella tierra en todo el cuerpo y en poco ya no tenía plumas (que llamaba vellos, aunque por mi parte, más

bien afeaban en vez de embellecer).

Durante la vida de la abuela en éste mundo, había aprendido yo muchas cosas en la cocina. Una de ellas era que cuando se quemaba, tomaba aceite que hacía del maíz quitándole el dolor, pero siempre se quejaba que al darle el sol, en la parte donde se había pasado el aceite, ésta se obscurecía, fue cuando se me ocurrió que el mismo aceite untado en todo el cuerpo podría hacer que cambiara de color de la piel blanca a una más oscura. Cuando le sugerí la idea, la aceptó y en pocos días de aceite y baños al sol a la orilla de la laguna, Pedro tenía el color de cualquier chichimeca, aunque más bronceado; sólo que era un gigante, ya que bien medía dos cabezas más que el chichimeca más grande que hubiera visto en toda mi vida. Por lo del color de su pelo, que parecían hilos de oro y plata, ya tenía yo la idea de cómo ocultar eso, pero no me atrevía a decirselo aún. Otra de las cosas, aunque yo ya me había acostumbrado a su acento, era que su forma de hablar nuestra lengua tenía sonido muy peculiar, y por más que quería imitar las palabras, como Motecuhzoma, siempre le salía de su boca Moctezuma. Aún así, eran tantas las lenguas que se hablaban en la región que bien podía pasar como algún visitante de las otras tribus. Muchos hablaban Purépecha, mientras los más hablaban una especie de Náhuatl mezclado con algún dialecto familiar. El idioma por lo mismo, no parecía ser un problema. Fue mucho después que descubrimos que en la región hablaban casi 72 lenguas diferentes. Pero para asegurar que no se notara tanto el acento, decidimos que yo sería la voz y que todo se diría de mi boca. Ahora, lo que necesitábamos era un nombre que no se notara tanto como Pedro de la Barca. Fue donde él sugirió que se dejaría el primer nombre, ya que desde la llegada de Cortés se habían cristianizado a muchos indios (dos palabras que no lograba entender, quienes eran los indios y que era eso de cristianizar) y ahora casi todos llevaban nombres cristianos. Así que él podía haber sido uno de esos que se habían bautizado (otra palabra nueva) y que sólo necesitaba uno -su segundo- en la lengua comarcal. Nuevamente, él mismo encontró la solución a ese problema.

Durante el sitio de Tenochtitlán, hubo un guerrero que por su valentía, y su ingenio, pasó a ser muy mencionado tanto entre los mexicas como entre los españoles. *Tzilacatzin*, gran capitán mexicano que con tres piedras atacó a los españoles: tres grandes piedras redondas, piedras con que se hacen muros, o sea, piedras de blanca roca. Una la llevaba en la mano, las otras dos como escudos. Este capitán tenía el grado de otomí y por lo mismo se trasquilaba el pelo usando de los otomíes. Pero su ingenio iba más allá de su valor o su fuerza, ya que él siempre se disfrazaba para que no lo reconocieran. Tomaba a veces las insignias de sus enemigos y hasta sus orejeras, también se ponía un collar con cuentas de caracol, y solamente mostraba su cabeza al final de la batalla para demostrar que era otomí. Pero su mejor disfraz era el que sólo constaba de una túnica de algodón, con un paño delgado que envolvía su cabeza. Así que, Pedro se disfrazaría con una túnica de algodón y un paliacate en la cabeza. Aunque por lo del color de pelo, no habría problema. Los que habitaban la región llevaban el apodo de *Cuachichiles* por su costumbre de teñirse el pelo de rojo utilizando la grana de la cochinilla que se encontraba en los nopales. Cuando le sugerí la idea, se enojó mucho. Había aceptado lo de la cal y lo del bronceado pero eso de pintarse el pelo, que según él, era como un acto mujeril, no lo quiso aceptar, por los primeros días, pero, aún así, le dejé la grana de cochinilla, y un día cuándo llegué a verlo, estaba acostado a la orilla del lago completamente desnudo, untado de aceite de maíz, con una jícara de chía al lado y con el pelo completamente rojo.

El color de la piel acentuaba más el grosor de sus fuertes brazos y carnosas piernas, semejaban los de aquellos corredores que a diario llevaban al gran señor de Tenochtitlán pescados frescos desde el lejano mar. el collar de su cuello se imponía sosteniendo la cabeza al rígido cuerpo, y bajaban los conductores de sangre como pequeñas serpientes buscando un torso casi femenino, pero con la curvatura que solo un hombre puede darle. De aquella musculatura, salían dos brazos en proporción para terminar en manos, que al abrirse parecían haber sido creadas para aferrar al mundo y destrozarlo con un simple cierre de los dedos, pero que no lastimarían a un pequeño animal si así lo predispusieran. Mas abajo entre las masas de fuerza y las caderas de su sostén, el estómago se cerraba en un triángulo torácico con ligeras hendiduras de tejido carnoso que resaltaba aún más aquel cuerpo

entero e imponderable. Pero más que lo que el cuerpo decía, era lo que sus ojos mostraban cuando miraba y hablaban. Decían sus ancestros; que los ojos eran la expresión interior verdadera de un ser que ha vivido en otro tiempo y, con la tranquilidad de haber sido elegido por los dioses, pueden hablar en éste mundo tañido alguno. Los ojos de Pedro, sabían de ese mundo de paz, y eran de tigre cuando sufrían, y eran de ave cuando buscaban.

Pasaron dos lunas y Pedro Tzilacatzin estaba listo para hacer su primer debut ante la sociedad Chichimeca. Lampiño de cal, ardido y broceado de aceite de maíz, *tepule*, el pelo pintado de cochinilla, on paliacate en la cabeza, y un collar de piedras color agua que encontramos en una cueva cerca de una de las lagunas - y que él llamaba ópalos- (*así nació Pedro Tzilacatzin un día de tianguis*) el indio Chichimeca más grande que se hubiera visto en la región de Tecuexes, Cazcanes y Guamares.

Cuando la abuela visitaba el *tianguis* de Teocaltiche, yo siempre iba a su lado, absorbiendo los olores de todas las carnes, verduras y frutas. La abuela había mantenido su costumbre de poner su espacio de comida en Teocaltiche, y aunque no lo hacía todos los días como en Tlatelolco, siempre, al quinto día, se ponía a vender sus comidas a los que visitaban el *tianguis* y ver como reaccionaban las personas de las diferentes áreas al nuevo integrante de la comunidad.

Salimos la noche antes del quinto sol rumbo a Teocaltiche, y cuál grande fue la sorpresa al ver los cambios de lugar en el tiempo en que la abuela y yo habíamos vivido allí. Ahora el pueblo estaba más integrado por españoles: hasta el nombre del día había cambiado y Pedro me hizo saber que el Domingo era ahora el *tianguis* y de descanso para los nuevos súbitos de la Nueva España. Los lugares, o puestos, como ahora se llamaban, no tenían las imágenes de *Chicomecoatl*.

En su lugar había imágenes de pequeñas estatuas con mujeres ricamente vestidas y coronas de oro en su cabeza. Pedro me dijo que eran vírgenes y que ellas eran las madres de Dios. Yo había escuchado que hay seres humanos con muchos padres, pero una sola madre. Quizá por eso esas vírgenes eran tan influyentes y poderosas, ya que varias podían ser la madre de un solo Dios.

En los años en que había vivido en Pechititán, en muchos había cambiado Teocaltiche. Los *teocallis* donde antes se había venerado a *Hitzilopozhtli* y *Texcatlipoca*, ahora tenían unas casas con símbolos que apuntaban a los cuatro puntos del todo, que Pedro llamaba cruces, y con unos sacerdotes que usaban túnicas cafés y se decían franciscanos, y que por el olor que emanaban, mucha ha de haber sido su santidad. Los jóvenes se perdían entre viejos y las indias, las que fueran dueñas antiguas de la tierra, entre las mujeres se veían apartadas. Caminaban, las mujeres, en círculos cerrados, mientras los hombres las observaban con el miedo de insultar y ser reprendidos. El sol se reflejaba sobre el indio con miedo, y las mujeres blancas lo recibían con gallardía, mientras que el hombre blanco, era inerte ante todo. Aquello era una ceremonia religiosa en la que todo y cada respiro tenía sentido, o por lo menos eso parecía, pero nadie había dicho cual era el propósito de aquel mundo de almas perdidas y caminantes en busca de una respuesta...tanto para el indio como para el blanco. En momentos se veía una procesión de mujeres más viejas, ocultas entre sus ropajes oscuros y con las caras bajas, con un poco menos de excitación y sin sonrisa en el rostro, tal como si fueran retenidas sus memorias para sus adentros. Aquellas reminiscencias que recordaban sus tiempos antiguos y no tan lejanos aún...mucho antes de que aparecieran los dioses barbudos y las figuras de madera con caras pálidas y rosadas. Los hombres habían dejado de habla, pero el pueblo, las calles, las casas, las cruces, había aprendido a decir palabras, y lo decían todo con sus mudos silencios.

El mercado se veía ahora más activo. Los puestos mostraban otras frutas y comidas que no había visto antes que cuando la abuela montaba su puesto de comida. Empezamos a indagar discretamente sobre lo que estaba pasando, y en poco tiempo nos encontramos con un teocaltiche que nos platicó lo que había acontecido en los últimos dos años. Como siempre, Pedro abría la boca lo menos posible, pero tenía la ventaja de poder escuchar, y entender, a los españoles en su lengua y estos, a su vez, no se

inmutaban a habla de sus cosas frente a un indio. Mucho menos frente a un Chichimeca.

Habían llegado españoles, algunos con sus familias, a establecerse en el poblado. La mayoría de los teocaltiches fueron destruidos por una epidemia a la que llamaron los nativos; cocolixlte, y sólo aquellos que habían aceptado la nueva divinidad (o al nuevo dios llamada Jesucristo) habían sido aceptados en la casa de adoración y medicina fundada por los franciscanos.

El ingente señor, Don Hernando de Martell, gobernaba la comunidad, y se sabía que por allí pasaban los cargamentos de oro de las Zacatecas con destino a la gran ciudad de México. Ahora los zacatecos, cuachichiles y trecuexes formaban parte del mando de Don Hernando de Martell, y según se sabía también Pechititán, Xalostotitlán, Mexticacá, Yahualica, Tlacotlan, Iztlaguacán, Quaquala, Ocotic y Acatic. Pero aún con la cantidad de españoles que habitaban el pueblo, el temor a los chichimecas seguía vivo porque constantemente atacaban a los viajeros, y sus arco y flechas; eran tan temidos, que había quienes aseguraban que “antes que la flecha llegara a destino, otra ya estaba siendo disparada”, y en verdad, yo había escuchado que sí un Chichimeca apuntaba al ojo y atinaba al cachete, lo consideraba “mala puntería”. Cuando nuestro anfitrión se interesó por Pedro, temimos que fuera a reconocer su verdadera identidad, pero al abrir la boca y mostrar sus dientes de color café, se disiparon todas las dudas ya que era característico de los de Pechititán el tener dientes manchados.

Pero preguntó la fecha y le dijeron que corría el día 28 de Abril de 1531. Justo a diez años que saliera la abuela de la gran Tenochtitlán. Como yo no sabía exactamente la fecha de mi nacimiento, Pedro decidió que esa sería la fecha de mi cumpleaños y lo celebramos comiendo unas carnes de *coyámetl*, especie de jabalí salvaje, que coinaban los teocaltiches en su propia grasa, agregándole naranja y tequesquite y dejándola calentar por horas, llenando todo el mercado con su aroma. Había también; tortillas y una mezcla hecha con chile verde, cebolla, jitomate y una reba que había probado antes pero que no sabía su nombre.

No supimos el nombre de esa comida, pero ya que la cortaban en trozos pequeños y se servía en trozos individuales, Pedro y yo la llamamos “carnita”. La mayoría de los que comían estas carnitas cortaban un pedazo de tortilla y pellizcaban los pedazos de carne comiendo de la mezcla misma manera, pero Pedro acomodó la carne al centro de la tortilla y puso la mixtura sobre la carne, doblando la tortilla como si creara una zanja, permitiendo así que todo; la carne, la salsa y la tortilla fueran más fáciles de comer. Yo le pregunté qué dónde había aprendido a comer de esa manera y él me contestó: *“cuando cargamos nuestros mosquetes (que luego me explicó, eran sus armas de escupir fuego) usamos un pedazo de papel donde colocamos la pólvora y la doblamos de la misma manera, a esto le llamamos “taco” y hace más fácil el cargar la pólvora antes de colocar el perdigón”*

desde mi nacimiento yo me había criado en la cocina de la abuela y con el paso del tiempo aprendí a distinguir los ingredientes de cada comida. Al grado que, podía saber las porciones exactas de cada platillo con sólo oler y probar un poco del mismo. No fue fácil saber los ingredientes y las cantidades exacta de las carnitas y de la mezcla que habían servido con ellas, lo que no sabía era el nombre de la hierba que habían usado en la mezcla de la salsa. Pedro, que al parecer no estaba acostumbrado a comer chile, sintió que la boca le ardía, y al mover los labios para sacar el ardor, parecía como si imitara a uno de los patos de la laguna. Cuando le dije que parecía uno, me dijo: “prefiero que me compares con un gallo y no con un pato”, así que le dije que cuando comía esa mezcla parecía que hacía gestos como “pico de gallo” y desde entonces, cuando comíamos esa mezcla de ingredientes le llamábamos por ese nombre.

Después de pasar la noche en Teocaltiche, emprendimos el viaje de regreso a Pechititán. No sin antes regresar al mercado a comer nopales con salsa de pico de gallo en tacos de tortilla.

En el camino Pedro estaba muy pensativo y al mismo tiempo satisfecho con su primera aparición pública como indio Chichimeca. Nos habíamos enterado que Teocaltiche era un centro de “paso” que servía como enlace entre los pueblos descubiertos por los españoles y los que traían el oro de las minas de Zacatecas, que no podía yo entender como se habían descubierto, sí siempre estuvieron allí.

Que había más de 85 españoles con sus familiares y todo indicaba que estaba a punto de ser nombrada Villa Mayor, o por lo menos Corregimiento. Que Don Hernando de Martell, un sevillano, y paisano de Pedro, no había sido enviado por suerte, sino por su audacia en la misión de nuevas villas y que todo daba a entender que los españoles pensaban poblar la región con familias españolas. Pero cuando preguntamos por él, se nos dijo que estaba en México, y que sólo su familia vivía en Teocaltiche. Era algo así como un gobernante a la distancia, que había sido enviado para que los pobladores españoles de Teocaltiche supieran que tenían el respaldo del gran señor en la capital de México. Muchas veces que visitamos Teocaltiche y preguntábamos por éste gran señor, siempre nos decían : "*está en México arreglando los asuntos de la Villa*".

Algo que le llamó la atención a Pedro fue que en algún momento había escuchado que se le llamaba a la región "Los Altos de Jalisco". Lo cual le causó gracia, ya que él sería de los primeros "indios Altos" de esta nueva región española. El tamaño, como era de esperarse, había causado cierta curiosidad entre los habitantes de Teocaltiche, pero con la presencia de los españoles, el pueblo estaba más ocupado en sobrevivirlos que en el calibre del indio Chichimeca de tamaño irregular. Lo que sí notó Pedro en el mercado, fue que las mujeres, indias y españolas, lo veían de una forma extraña y con cierta curiosidad...un español blanco no causaba aquellas miradas. Eso le había agradado en gran forma. Las mujeres españolas eran muy diferentes en todo a las indias... sus ropajes, sus caras, sus vestidos, sus olores y su manera de mirar. Caminaban sin ojear y veían sin voltear, como inspeccionando el Nuevo Mundo. Sus vestidos resaltaban, ricamente elaborados con miles de hilos que formaban flores y dibujos formados en hileras y capas. En la cabeza llevaban unos mantos que cubrían solamente el pelo dejando sus blancas caas surgir entre ellos. El color de su cabello era rubio y brillante como el de Pedro y en las caras tenían unos pequeños puntos cafés que entre tanta blancura se perdían dándoles un tono color bronce. Los ojos eran gotas de agua recién caída del cielo que brillaban aún por haber dejado la nube fresca y recién llorada. Algunas olían a flores, y otras a rocío de yerba salpicado por una llovizna leve y sedante, como la de cualquier llano de Pechititán después del llanto de *Tlálloc*. Cuando le comenté a Pedro la forma en que había visto a las mujeres españolas... me comentó: "*el hombre ve lo que quiere ver...yo no las veo así*".

Después que regresamos a Pechititán, presenté a Pedro con mi familia adoptiva y se instaló en la misma casa. Diariamente nos levantábamos temprano y sacábamos a los perros a pasear a las orillas del río. Pedro aprovechaba para untarse el aceite y ponerse al sol para no perder su color cobrizo. La mayoría del tiempo la pasábamos platicando, mientras de esa manera yo aprendía su lengua y él más y más la mía, y otros momentos, cuidando a los perros y jugando al *patolli*, o a la pelota.

El *patolli*, lo jugábamos en un tablero o papel marcado en forma de cruz, que se había dividido en casillas, y unos frijoles. El objetivo era desplazarse por el tablero para, luego, volver al punto inicial, es decir "la casa". Los dados eran frijoles marcados con diferentes puntos. A medida que se iban tirando los dados, se avanzaba por las casillas, utilizando unas piedritas de colores, de acuerdo con el número de puntos que hubieran salido. El primero que llegaba a la "casa" era el ganador, luego eran las apuestas que se habían establecido antes de iniciar el juego... y el de pelota:

Un día, mientras jugábamos en el río el juego de pelota "Palo", que servía tanto de ejercicio como de entrenamiento para las guerras. Al grado que, en grandes celebraciones, nos reuníamos para realizar el deporte más de 200 indígenas y no pocas veces, pueblos completos.

El juego era sencillo: los contendientes se dividían en dos bandos con igual número de jugadores (sin importar la cantidad de ellos). Cada bando llevaba un trozo de madera llamado "Palillo". Era redondo y grueso y contaba con una cavidad en la parte media, de suerte que colocado sobre la tierra, pudiera entrar debajo de éste la punta del pie descalza, y de esta manera, procedía a botarse.

Los dos bandos arrojaban a un tiempo su palillo en tierra y desde el punto en que se iniciaba la contienda, empezaban a botarlo con el pie, pues era ley del juego que no se habría de tocar el palo con la mano, únicamente podían ayudarse de una varilla de madera para colocárselo de nueva cuenta sobre

el empeine, y mientras una persona lo arrojaba, los demás compañeros se adelantaban a donde debía caer para proseguir con los botes al término señalado. De ahí, regresaban botando el palillo al lugar de donde habían salido inicialmente y la cuadrilla que retornaba primero al punto de partida, era quien ganaba el juego.

Con este juego se recorrían grandes distancias, de tres o más leguas, con lo que se hacían más ligeros para las guerras. Para éste juego, usábamos una pelota hecha de caucho, de dimensiones grandes y muy resistente. Lo jugamos en una llanura limpia, barrida y plana, llamada “batei”. Se colocaban en dos cuadrillas de 8 a 10 hombres cada una, cada cuadrilla en cada extremo de la plaza y se arrojaban la pelota de cuadrilla a cuadrilla. Era ley del juego no tocar la pelota con la mano, y el que lo hacía, perdía raya (es decir, puntos), ya que solo podía botarse con el hombro o el cuadril desnudos. Se arrojaba la pelota con tal fuerza que en muchas ocasiones a cuadrilla contraria no la podían regresar. Otras veces cuando la pelota iba botando en el suelo, se tendía y arrastraban, los buenos jugadores, con gran ligereza para botarla con el cuadril, y cuando lograban arrojarla fuera del término de la cuadrilla contraria, sin que pudiera ser devuelta, el juego estaba ganado.

Entonces Pedro tuvo una idea.

Pedro les pidió a los que allí estaban mirando, que limpiaran otro llano de ramas y de mezquite de la orilla del río. Una vez barrido; acomodó unas piedras a cada lado del espacio mondado. El propósito del juego sería tratar de pasar una pelota, del tamaño de una calabaza mediana, hecha de un centro de hule macizo forrado de algodón y cubierto con una piel animal, por entre las dos piedras, pero sólo usando los pies como quien dice: pateándola únicamente.

Se contaron todos los que habían participado en la limpieza y resultaron 22 chichimecas. Para hacer el juego justo se dividieron los grupos en 11 jugadores cada uno. El juego comenzó. Pero tal era la velocidad de todos los jugadores que pronto se perdió la cuenta de las veces que la pelota pasaba por entre piedras. Entonces sugerí que tal vez fuera mejor si uno de los integrantes de cada equipo se paraba frente a las piedras y trataba de detener la pelota, que los del equipo contrario trataban de pasar por entre las piedras. Nuevamente el resultado fue como el anterior. La pelota pasaba por encima del que cuidaba las piedras y la cuenta subía de la misma manera. Pedro, entonces tomó unos carrizos y formo un arco, ahora los puntos contarían sólo de las pelotas que pasaran por dentro de él.

En pocos días el juego llegó a ser muy popular entre los chichimecas. Ya había otros grupos de 11 jugadores que se habían reunido formando alianzas, con todo; *maxtles* y *pantlis* de diferentes colores. Los de nuestra alianza estaban pintados con franjas de color rojo, grana de cochinilla, sobre algodón blanco. Para poder distinguirse entre los que jugaban, los colores se pintaban sobre todo el cuerpo, y no eran pocos los que participaban sin su *maxtle*, únicamente con el cuerpo pintado. Para hacer el juego justo, habían seleccionado a otro chichimeca como mediador intermediario, y para distinguirlo lo habían pintado de negro.

Decían los que nos veían jugar a nosotros, que corríamos como perros cuando seguíamos la pelota, y otros qué, peor que las cabras de monte.

Tiempo después, cuando Pedro enseñó a los mercaderes de Nochistlán el juego, nuestro equipo seguía con los mismos colores y éramos conocidos como las chivas con franjas de cochinilla de Pechititán, aunque algunos, que no sabían que erramos de ese lugar nos decían “Nochistlán”, luego de “Guadalajara”, después que así la nombrara Oñate. Cuando regresamos muchos años después a Pechititán, nos encontramos que la orilla del río había sido limpiada en muchas áreas iguales, y venían de otros sitios a jugar contra los de Pechititán, el juego que Pedro y yo habíamos iniciado.

Yo seguí con mis deberes mientras pasaba largas horas con Pedro. Aprendía más y más palabras en Castellano, mientras Pedro aprendía Náhuatl, tocho, tarasco, chichimeca y cuanta lengua se hablaba en la región, y yo seguía aprendiendo de él y escuchando muchas cosas nuevas, que era como si la abuela

las hubiera puesto en sus labios, todas aquellas historias mágicas de lugares lejanos y gentes diferentes. Pedro se había aficionado a las piedras que encontraban en las cuevas cerca de los lagos. Las juntaba y las separaba de acuerdo a su color y tamaño, luego, las pulía con otras piedras más suaves o duras. Yo por mi parte, me entretenía con los olores de las hierbas y con la preparación de alimentos siempre experimentando con diferentes hierbas y carnes...mezclándolas y preparándolas en diferentes tipos de comidas. Algunas eran buenas para hacer caldos, mientras otras sólo servían de complemento para darle consistencia a los platos principales.

Así pasó el tiempo y Pedro se acostumbraba más y más a las costumbres de los que vivían cerca de los lagos. Las diferentes lenguas ahora eran fáciles a sus oídos y las hablaba en toda su capacidad, incluyendo las que se usaban entre los hombres y las que se decían solo entre mujeres.

Pero llegó el día en que Pedro me dijo que tenía que partir. Me dio mucha tristeza el pensar que perdería a mi amigo. Nunca antes había pensado en que podía llegar ese día. La pérdida de la abuela era una realidad y al no haberla visto irse, me quedaba la ilusión que la vería en poco tiempo, como si tan sólo se hubiera ido al mercado y regresaría por la noche. Seguía pensando constantemente en ella, y me sobrecogía el deplorar que no había acompañado en su último viaje, cual obligación que sentía era el propósito de mi vida y en la de ella en el más allá. Pero hoy, al saber que Pedro se marchaba, me sobrecogía la incertidumbre de sentirme solo y de nunca saber que sería el destino restante de mi existencia. Todos los seres, pensaba yo en mis noches de desvelo, tienen el propósito de un hasta cierto punto, que sirve para sentir y afectar otro algo. El pato come para engordar y ser alimento macizo de un ser que lo busca como sustento. El perro cuida a su amo avisándole del peligro para que éste, a su vez, lo alimente y lo cuide. El hombre procrea hijos con el fin de justificar sus errores (más que por la procreación del mundo), y así, no pasa ante el mundo pensando que todo lo aprendido fue un hoyo donde se perdió la vida. Para todo, por sencillo que parezca, se afina un motivo y razón de ser. La continuidad de una serie de consecuencias, es el propósito inerte del ser ante lo infinito de un vasto recorrer de vida. Cada cual, en un momento dado, tiene el gran privilegio de encontrar en su camino a un ser que le indique, quizás sin él mismo saberlo, los presagios de lo desconocido. Los dioses no pueden ser tan extensos que puedan ver, y acompañar, por siempre a sus creaciones. Pero tampoco pueden, en su máxima sabiduría, permitir que seres con condición humana sepan que tienen el don de ser partícula directa de un dios.

Pedro, sentía y presentía yo, era ese ser que sin saberlo, caminaba por el mundo para dejar un poco de su vieja sabiduría a la nueva conquista que estaba en sus comienzos. Aún no nacía esa lancera raza, estaba en el proceso de preñez y los falsos de la impregnación estaban llegando en forma de conquistadores españoles. La tierra, sus indias y sus llanuras esperaban, cual vírgenes mancebas, sutilmente sobre el lecho de su desespero a ser tomadas, e impregnarse violentamente para dar fruto a un nuevo indio, mitad Español mitad Chichimeca y puramente Pechititeco... y al fin; Mexicano. No habría cambio radical, ni vencería el triunfador. La unión de las sangres estaba predestinada y prescrita por los dioses. Se habían unido los Cristos españoles, y las vírgenes morenas, y otras blancas, al otro lado del Mictlán y habían formado con los dioses mexicanos una alianza. Una de sangre y muerte para la emulsión de esta nueva especie...o nueva raza.

La sangre tendría que ser derramada, mezclada en la tierra como una sola, y así, de esa manera, surgiría el nuevo fruto de la nueva tierra.

Como siempre los dioses piden sangre para dar un beneficio y la oman por opción delos hombres que han creado.

El tiempo pasaría y se vería en los dos seres creados la mezcla de sus facciones, su color de ojos, de piel, de cuerpo y de pensar. Mucho más allá, en otro tiempo, a miles de gavillas de años, a la raza se compondría de seres mezclados y hermanados por la sangre unida en un solo plasma.

Le platicué a Pedro de mi tristeza de verlo partir y entonces fue que sugirió que tal vez yo lo pudiera acompañar. Hablé con mi familia adoptiva y ellos accedieron a dejarme ir. En realidad, el tener una

boca menos que alimentar era un descanso para ellos, y al fin de cuentas yo ya estaba en edad de tomar mis propias decisiones.

Lo que si les pregunté, fue de la suerte de la abuela, y fue entonces, que me enteré el significado de aquella palabra... y de mi apodo.

La abuela había muerto de una enfermedad no conocida, que por no tener nombre la llamaban *cocolixte*, y que en el idioma castellano significaba “epidemia”. Fue por ese motivo que aquellos hombres habían quemado todo en la casa de la abuela...a la creencia cierta que todo puede ser purificado por el fuego.

A mi, desde ese momento, me empezaron a llamar por el apodo *coco*, como forma de decir que era lo que quedaba de aquella epidemia. Yo no la había contraído, pero si me hubieran dejado en Teocaltiche, hubiera sido probable que, los teocaltiches, me hubieran sacrificado por miedo a contraer la misteriosa enfermedad.

La familia que me había adoptado en Pechititán, eran antiguos conocidos del abuelo, con los que negociaba perros, la grana de cochinilla y las piedras de los lagos llamados ópalos, y era por el grn cariño al abuelo, que habían decidido tomarme bajo su protección, muy a pesar que no sabían de mi existencia. Las pocas veces que habían visitado a la abuela cuando iban a vender sus mercancías, no me habían visto, quizás fuera porque a veces me había dejado en la casa, o quizás porque en el mercado era fácil no ve entre tanta gente. Lo que sí recordaban era a un perro, que ellos habían vendido al abuelo y que los reconocía moviendo la cola cuando los veía...siempre estaba al lado de ella, cuidándola, atento a todo lo que le decía, y me comentaron que les extrañó no haberlo visto el día que la enterraron después de haberla incinerado, ni antes , cuando llegaron a la casa a quema todo por miedo a la epidemia.

Ese perro, me dijeron; había sido criado para acompañar a un muerto al otro lado del río de Mictlán. El día en que quemaron la casa, solo me habían encontrado a mí; como esperando a que alguien se hiciera cargo de todo. Sentí mucha lástima al escuchar todo aquello: La abuela se había ido al *Tlalocan* sin compañía, y sin su perro que le ayudara a cruzar el río de los muertos. A mí me aceptaron y me tomaron bajo su cuidado, aunque siempre con reservas de que yo pudiera estar infectado con la epidemia que la había matado. Por eso, y ahora lo entendía, siempre que se enfermaba alguien decían viéndome, “*cuidado, que hay viene el coco*” o, “*no te vaya a llevar el coco*”.

Antes de irme me entregaron unas cañas llenas de polvo de oro que la abuela había enterrado y que por derecho me correspondían. Yo no pude aceptarlas todas y tomando solamente una, me despedí agradeciéndoles lo que habían hecho por mí, y al abuelo la herencia que me había dejado... presintiendo mi existencia en el mundo.

Los perros ladraron al verme partir y yo lloré con ellos mi despedida.

Fui a buscar a Pedro y le comenté lo de la abuela y le enseñé la caña de oro. El se sentó un largo rato conmigo y sacó de su *ayátl* un hilo de plata con cuentas transparentes, como los ópalos que encontraba y con una cruz colgando de él, como las que habíamos visto en Teocaltiche en las casas de los franciscanos, y empezó a decir una oración varias veces. Me explicó que ese hilo de cuentas era un rosario, y que lo estaba rezando por el alma de la abuela. Entonces me dijo mirándome a los ojos; “*de hoy en adelante, yo seré como el abuelo que perdiste y te bautizo con el nombre de Santiago, ya no serás más el coc, ni nadie hablará mal de ti*”...

*Toda la tierra es una sepultura y nada escapa a ella,
nada es tan perfecto que no descienda a su tumba.
Ríos, riachuelos, fuentes y flujos de agua, pero nunca
regresan a su alegre comienzo; ansiosamente aceleran*

*en el vasto reino de la lluvia de dios.
Según amplían sus bancos...
También forman la urna de arena de su entierro.
Llenados son los intestinos de la tierra con polvo pestilente
una vez carne y hueso, una vez cuerpo animado
de hombre quien se sentó en tronos, decidió caos,
presidió en consejos, comando armadas, conquistó provincias,
poseyó tesoros, destruyó templos, se regocijó en su orgullo,
majestad, fortuna, alabanza y poder.
Las glorias han desaparecido, justo con el miedoso
humo desvanece ese eructo de los fuegos infernales del Popocatepetl.
Nada los recuerda sino las hojas escritas.*

COYOTE-HAMBRIENTO
(NEZAHUALCOYOTL)
Rey de Texcoco (1431-72)

IV

Nochistlán

Fue en el último mes en el año 1531, durante la celebración de los días de los muertos, cuando salimos de Pechititán con rumbo a Nochistlán. En el camino le había entregado la caña de oro a Pedro y él, a su vez, había prometido guardarla y hacerla crecer como los frutos del nopal en tiempos de agua. La verdad era, que ningún Chichimeca se atrevería a atacar a otro Chichimeca Otomí de este tamaño. Yo nunca había visto a Pedro en un campo de contienda, pero las heridas que mostraba su cuerpo, eran mapas de toda una contienda de batallas ganadas. Y no de manera fácil.

Los muertos no muestran sus cicatrices a la luz del día. Las guardan en sus mórbidas tumbas para las glorias del más allá. En ese lugar donde los guerreros se reúnen y no platican de glorias, ni de triunfos, ni de cabezas degolladas. Y en la tierras de chichimecas, cuando se sembraba a un hombre en la greda, su sangre hacía que crecieran nichos de adoración a un guerrero que vivía en el Mictlán de los valientes.

Salimos de Pechititán, como nuestros antepasados, con sólo lo que traíamos puesto, una caña de oro y cuatro perros que se nos habían unido.

Pedro conocía la mentalidad de los españoles y más de la sus conquistadores. Ya hora, después de haber pasado casi un año con los chichimecas, sabía de su astucia y formas de vivir. Los españoles nunca llevaban rumbo cierto, eran conquistadores y en su conquista se aventuraban a los lugares más inhóspitos. Tan pronto se avanzaba como se retrocedía buscando los senderos más prácticos y la seguridad de la comida y el agua, de tal manera que varios pueblos y sitios que había tocado Oñate o Chirinos, los tocaba nuevamente Nuño de Guzmán y a la inversa. La señal característica, era que cuando nos topábamos con un lugar arrasado e incendiado, ya habían pasado uno de ellos y por lo mismo, muy probable que los otros pasarían en corto tiempo. Los chichimecas por el contrario, y muy a pesar de ser nómadas, siempre regresaban al lugar de su batalla a enterrar a sus muertos y a ofrecer sacrificios. Por lo regular, eran arrasados nuevamente por los que venían detrás. Y fue un franciscano que conocimos en Tepatitlán quien dijera: *“más son tiranos que conquistadores, quitando a Dios las ánimas o al emperador nuestro señor sus vallas e a la iglesia militante sus hijos, e á las criaturas la gloria e condenando sus propias ánimas por tan abominable delito”*.

Pero el conquistador tampoco era un hombre de debilidad en su sentir. El espíritu de todo aquel que se lanza a la aventura de un lugar incierto y virgen ante su forma de vivir, puede como resultado ser

desastroso, o satisfactorio, ante su propia voluntad. No buscaba ser adorado y sin embargo buscaba la adoración de sí mismo...al tenerla de otros, se había tornado en saber que era su naturaleza el ser dios de su propio pensar. Ahora ante él estaba la sangre de la conquista que sólo el que sabe conquistar puede tener.

El placer de la conquista es periódico y se entrega entre el miedo a lo incierto y la seguridad de encontrar un algo diferente y místico en el destino final. El viaje incrementa la adrenalina del traslado y el aire del nuevo lugar llena el cuerpo de sensaciones extrañas. El conquistador busca la conquista, y al final, termina siendo conquistado por su propio deseo de seguir adelante. Ya no llega a su destino terminal porque hay otros destinos más adelante que imaginar, y si para eso, hay que borrar lo ya pisado...pues, sin problema lo borra. Nada nuevo en la naturaleza del ser humano: Buscar, conquistar, seducir, terminar siendo el seducido, y al final dejar que la mente siga pensando en su próxima seducción, y así...hasta que el seductor termine siendo seducido por el seguimiento máximo de un algo inexplicable y nuevo. Tan virgen que sea cambiante en cada segundo y en cada respiro...noche a noche buscando producirse el plan perfecto del día siguiente y el comenzar de un nuevo sendero.

Pedro sabía todo esto, y por lo mismo cuando pasábamos por algún sitio que había sido devastado, nos alejábamos inmediatamente de él y seguíamos nuestro camino.

En pocos días llegamos a Xalostotlán y notamos que se siente al sentir un algo no latente en el aire. La incertidumbre de lo desconocido, pero que se sabe acontecerá, sin nada que hacer, evitar o sofrenar... mucho menos, prescindible.

Nos quedamos lo necesario para ir al mercado y comprar lo que requeríamos para el viaje. Allí compramos un comal, ollas y jícaras, así como algunas hierbas que servirían de condimentos para preparar la comida del camino. Pedro se compró un *cacaxtl* y lo arregló con un marco de madera que acolchó con pieles de conejo y tiras de algodón. El marco de madera se moldeaba a su ancha y gran espalda. A comparación de los otros que se usaban y se sujetaban de la cabeza con una banda de cuero, él lo arregló, de tal manera que, ahora tenía dos bandas de cuero que colgaban del esqueleto de madera de los anchos hombros. También había puesto otra banda de cuero a la altura de la cintura que no dejaba mover la armazón entre los hombros y la espalda. Todo esto se componía como una parte de su cuerpo, y sin importar como se moviera, la armazón seguía fija a su espalda, permitiendo así, de esta manera, caminar sin agachar el cuerpo. Después, con la piel de venado, cosió una bolsa a la armazón que era mucho mayor que cualquier *cacaxtl* antes visto en toda la Nueva España. A los lados de la armazón colgó el comal, las ollas y las jícaras. En una bolsa exterior, hecha de algodón, colocó las especias que habíamos comprado y en la parte inferior, enrolló, en forma de taco, los petates que servirían de cama en el camino. De la misma manera, me fabricó una igual, pero de menor tamaño, en la que yo llevaba tierra y cal, grana de cochinilla y aceite de maíz, que eran las implementas necesarias para su paso por los sitios de indios. También compró puntas de obsidiana y una hoja grande que luego utilizó para hacer flechas y un cuchillo como los que usaban los chichimecas, pero de mayor tamaño, que él llamó "cuchillo macho". Con él cortaba las hierbas del camino y los indios al verlo le decían *mexsichetl*, o tumba de hierba, que por pronunciación Pedro terminó llamándole machete.

El 3 de enero de 1532 salimos de Xalostotlán rumbo a Nochistlán.

El clima del llano era muy diferente al de Pechitán. Más frío, más caliente al cuerpo, sin el ruido melodioso de los lagos parecía darle un aire de soledad y fenecimiento. Curiosamente, nunca antes había reparado en que los lagos tienen un sonido de quietud, sus aguas son estáticas, tiernas y dulces... calmadas ante la tempestad de los vientos. La brisa de sus aguas se internan en el sentido de los que las respiran y se colman como pate de la naturaleza...pero esto, sólo acontece de noche. En el día son lagos de riqueza y manutención para quien de sus aguas vive. De noche mueren y de día dan vida muriendo aún más.

Después de una fría madrugada saturada por el rocío del amanecer y el fresco de la noche, el día 5

llegamos a Nochistlán.

El sitio era grande, a comparación de Xalos y Teocaltiche, y se podían ver más caras españolas entre los indios. Nos encaminamos al mercado y buscamos algo de comer. Pero sólo había comidas sin preparar. Fue cuando Pedro sugirió que tal vez, pudiéramos instalar un puesto para la venta de comida. La idea no resultaba tan descabellada ya que la cantidad de indios y españoles era tal que se podía hacer un buen negocio.

Pedro buscó entre la gente quien le vendiera tela de algodón y cortó tiras de diez pasos cada una, uniéndolas luego para formar un cuadro de diez por diez. Luego encontramos unos indios que tejían una especie de pedestal que permitía sentarse, algo así como una silla de las que usaban los señores en las casas o palacios, pero tejidas de paja en un armazón de carrizo. Junto con estos bancos, o sillas, los indios también tejían, del mismo material, bases de mesas redondas con cubiertas de cuero de animal, que permitían acomodar a cuatro personas.

Después de llegar a un arreglo con los tejedores y de pagarles una renta por el uso de las sillas y mesas, Pedro consiguió cuatro carrizos un poco más grandes que su estatura y uno más mucho más largo. Amarró los cuatro más cortos a cada esquina de la tela de algodón y colocó el otro más largo al centro del cuadrado. Haciendo cuatro hoyos, junto a un árbol, metió los más cortos y el más largo lo apostó al centro. Cuando la estructura quedó terminada, había una sombra bajo la tela de algodón que cubría un espacio suficiente para colocar cuatro mesas y sus sillas sin que los rayos molestaran a los que se sentaban a ellas. Todo esto resultaba muy diferente al puesto de la abuela. Cuando la abuela ponía su puesto de comida, los comensales se sentaban en unos tapetes hechos de paja y alrededor de la abuela pedía sus alimentos, como costumbre, yo me echaba a su lado a disfrutar de los olores.

Mientras Pedro armaba todo esto, yo me dediqué a la búsqueda de alimentos y condimentos para preparar la comida. La variedad escaseaba en el mercado y sólo pude encontrar; maíz, jitomate, chile, cebolla y un líquido blancuzco amargo llamado *octli*, que Pedro tomó con mucho afecto. Después de preparar el fuego y calentar agua en un recipiente de barro, que por cierto los había de muy buena consistencia en el mercado, puse en ella un poco de aceite de chía y una cebolla picada con un jitomate molido, junto con los granos de maíz de tres mazorcas adosado con otra cantidad de granos molidos, y por último, el tequesquite. Mientras se calentaba éste caldo de elote, había ya preparado la masa para hacer tortillas. Pedro, al mismo tiempo, había encendido el fuego y colocado otras varas de carrizo en forma cruzada con otra que sostenía al perro atravesándolo, permitiendo así que las llamas calentaran la carne sin tocarla directamente, algo así como un pastor que vigila a la distancia, pero que tiene su ojo en sus crías. Al dar vuelta a la vara, la carne del perro se movía y permitía que se calentara en todas sus partes. Una vez preparada la masa de las tortillas y con el comal listo para calentarlas, preparé nuestra ya común mezcla de “pico de gallo”. Los olores de la carne empezaron a atraer a los comensales y antes de que *Tonatiuh* asomara sus ojos al centro del mundo, ya habíamos servido cuatro ollas de caldo de elote y dos perros. Los españoles veían al perro con cierta represión, pero el aroma era más fuerte que su hambre y poco a poco se vencieron a los olores.

Yo por mi parte, no podía comer la carne de perro, como sí al no hacerlo, respetara la amistad que tenía con ellos y el cariño que me daban.

Pedro era el encargado de servir las comidas y yo no tenía manos para preparar tortillas. Con un cuchillo que había hecho Pedro, cortaba la carne directamente sobre la tortilla y fue cuando notamos que hacía falta algo para poner la tortilla y la carne. Al día siguiente, ya teníamos unos comales más pequeños que nos servían de platos, y para facilitar las cosas, Pedro sería la carne de manera que él había ideado, acomodando tres tortillas dobladas con la carne al centro y con la mezcla de pico de gallo sobre la carne. Cada plato así, tenía tres tacos. Con más tiempo, al tercer día ya la comida se componía de: caldo de elote, tacos de carne, frijoles y octli que traían los tlachiqueros del sitio llamado Tequila. Sólo que ahora la carne la preparábamos con una piña a cada lado del perro, de tal manera que el jugo de la misma cayera sobre la carne. Los tlachiqueros, preparaban, también, una

fermentación con la cáscara de la piña que llamaban tepache , y empezamos a servirlo en jícara junto con las comidas.

Pedro también descubrió con estas gentes otra bebida que él llamó ” agua de fuego” , pero que los talchiqueros llamaban *Metl-calli* y que Pedro , con su acento lo pronunciaba *Mezcal*. Esta bebida la traían desde Amatlán los amatitecos que ya habían adquirido fama en el mercado vendiendo su maguey fermentado, sobre todo entre los españoles ya que para cualquier indio sin importar su raza; el tomar bebidas fermentadas, que indujeran *centzototonzli*, que significaba cuatrocientos-conejos, o en castellano , borrachera, antes de los sesenta años estaba prohibida bajo pena de muerte, ya por estrangulación, ya por flechazo o por quema en la hoguera.

La abuela contaba dos leyendas diferentes sobre el *octli*.

Una dice, que el *octli* fue inventado por *Mayahuel*, mujer divinizada e identificada con la planta del maguey. Fue ella la primera que agujereó el corazón de la planta para que escurriera el aguamiel que, fermentado, produce el *octli*. Pero no lo hizo ella sola. Como todo buen refinamiento, el sabor y poder embriagante, es la intervención de otros personajes, también divinizados: Tantecatli y Tepoztecatli.

La otra, dice que el noble *Papatzín* descubrió en sus jardines una planta de maguey que unos armadillos comían, royendo su corazón y bebiendo su jugo daban muestras de gran alborozo. *Papatzin* tomó de ese jugo, lo encontró agradable y con su hija, *Xochitl* envió una jícara al rey *Tecpancaltzin*. El rey recibió el presente con agrado, y habiendo bebido de la aguamiel se prendó de la joven *Xochitl*, a la cual enamoró.

La leyenda agrega que *Papatzín* vio con buenos ojos el enamoramiento del rey, y siguió enviando a su hija con jícara de aguamiel, y aún de vino fermentado. Éste desposó a *Xochitl* por fin, y tuvo con ella un hijo que fue llamado *Meconetzin* o “hijo del Maguey”, y éste primogénito creció resultando adicto al pulque. Cuando éste heredó el reino de su padre, con su vicio de embriaguez no supo gobernar correctamente, y terminó llevando a su pueblo a la perdición.

Cuando la abuela veía a alguien en el mercado en sus cuatrocientos -conejos, decía; “*ya viene ese viejo como Meco*”, quizás se estaba refiriendo a un apodo de *Meco-netzin*.

A los españoles, sin embargo, no les importaba si los indios eran “mecos” o andaban en sus cuatrocientos-conejos todo el día. Por el contrario, incitaban el aumento de las ventas con la esperanza de incrementar el erario de la corona. Pero la realidad era distinta, y en el mercado se podía conseguir el pulque o tequila de dos diferentes maneras, y precios, con erario y sin él. A esto , Pedro llamaba; sin Intención de Venta Abierta.

Al terminar el día, Pedro se sentaba a descansar y prendía su tabaco tomando Mezcal. Pero no lo tomaba solo, en otra jícara ponía jitomate molido con un poco de agua para hacerlo más delgado, luego le agregaba jugo de piña, *xoxochitl* y un poco de tequesquite con chile molido. Decía que ésta bebida le hacía sentir su sangre.

Uno de esos días mientras Pedro les servía tacos a un grupo de españoles, escuchó que Oñate estaba en la Villa y que ya tenía otro nombre; Guadalajara, que él mismo Oñate le había dado.

Al terminar la venta del día, sentado y tomando su tequila con sangre y fumando su tabaco, le pregunté qué era lo que significaba Guadalajara en su lengua. Me comentó que tal vez Oñate la había nombrado así porque él era de castilla y que en esa región había una ciudad con ese nombre. Pero que en realidad el nombre era una variación de una palabra Árabe; Wadi-L-Hiyara, que significaba río de piedras y que la mayoría de su afluencia era más arábica que ibérica, por lo que él creía que Oñate era parte Árabe y no del todo Español. Para cuando él (Pedro) había dejado España, Guadalajara era una gran ciudad y servía como residencia de los duques, por lo mismo era una ciudad muy bonita, tal vez, -dijo-, *pretenda hacer de esta Villa una ciudad con el mismo esplendor*.

Pero por lo pronto, Guadalajara era sólo un lugar árido y que hacía mucho honor al nombre de Jalisco; “cama de arena”, y aunque parecía que los españoles seguían llegando diariamente, las construcciones

no tenían nada de impresionante. Sólo seguían resemblando cuartuchos hechos de paja.

Nosotros habíamos conseguido un espacio donde hicimos nuestra casa, y a manera de no parecer muy ostentosos, la construimos también de paja, pero con dos cuartos, aunque siempre tenía la preferencia de dormir afuera, escuchando atento los murmullos de la noche, al dios viento y a los perros que a lo lejos ladraban queriendo atrapar su alejado conejo.

Nuestra casa quedaba por el rumbo de donde estaban las huertas, y por donde ya se iniciaba la construcción de una capilla llamada de la Santa Veracruz, también de paja, parecida a la iglesia de San Miguel Arcángel, que era donde se instalaba el mercado y donde teníamos nuestro puesto de comida. Ni para el templo, o iglesia, se veía diferencia entre las casas, a pesar que los indios trabajaban sin cobrar y los españoles tenían, según Pedro, la obligación de proporcionar todos los materiales.

La iglesia era un jacalón de tres naves, igual al lugar en que los españoles guardaban sus animales, y donde a diario se decía la misa. En tres meses levantaron las paredes y de un día para otro cubrieron con zacate lo que sería el techo. Y sobre él, una cruz que dominaba el mercado.

Fue por esos días en que llegó una gran cantidad de españoles al mando de Nuño de Guzmán. Pedro estaba nervioso y más cuando el mismo Guzmán llegó a nuestro puesto a comer. Ese día había yo preparado una comida especial: Charales con nopales. Los charales los pescaban de una laguna llamada Chaptla- lugar empapado con chapulines sobre el agua-, que se encontraba cerca de Guadalajara. Los nopales eran fáciles de conseguir en cualquier llano. Lo que me había llamado la atención de estos peces, era que estaban secos y muy pequeños, así que, los lavé muy bien y molí en un molcajete tomates verdes con una cebolla y agua; después los puse al fuego con aceite de maíz. Cuando el aceite estaba caliente le puse a todo aquello unos chiles verdes chiquitos que se encontraban en el campo, y por último; tequesquite y cilantro, que era la hierba que había buscado para la mezcla de pico de gallo. Todo esto se servía caliente al estilo de Pedro, en tacos de tortilla. Cuando Pedro le sirvió a de Guzmán sus tacos, se le quedó viendo y preguntó su nombre en Castellano, pero Pedro se fingió sin habla y yo le hice señas con las manos mientras le hablaba en tocho. Pedro se fingió que entendía las señas y me contestó de la misma manera.

De Guzmán se puso a platicar en castellano con otros que venían con él, y así, Pedro pudo enterarse que habían fundado otras villas; San Miguel, Chiametla, Compostela y purificación. Lo que daba a entender que los españoles estaban colonizando toda la región de Jalisco, y posiblemente de Guzmán ya estaba perdonado por el Rey.

Días después de Guzmán regresó a comer al puesto y nuevamente nos enteramos que estaban por salir rumbo a Pánuco., y que mejor se iba a Guadalajara porque creía que era mucho esfuerzo tratar de levantar una Villa con el poco interés de los españoles. Creo que la calidad de construcción de la iglesia lo había desilusionado en gran forma.

Mucho estaba pasando en Guadalajara y era interesante ver como se integraba la población indígena a la española.

El naccimineto de un pueblo siempre trae consigo, pude ver, la desorganización de todos. Los indios no tenían interés en construir iglesias, hospitales ni casas para los españoles. Los españoles estaban siempre muy ocupados pensando, en si había minas, o no. la mayoría de los que llegaban primero, que por lo regular eran soldados, no les interesaba levantar casas de adobe o sólidas, después de todo, sabían que estaban de paso, para cuando los que traían familias llegaban, los soldados se habían retirado y los indios, sin el miedo del mosquete, no hacía nada. Así que por dos años, de los cuatro que vivimos en Guadalajara, se levantaban casas de paja y se poblaba un poco alrededor de la iglesia, pero luego se caían todas las casas y todo aquello quedaba vacío de nueva cuenta. Pero las cosas cambiaron del día a la noche.

Estábamos preparando la comida del día cuando sentimos que la tierra temblaba. Por un momento

pensé que el fin del mundo había llegado, y que el Quinto sol resurgía de entre los dioses con el temblor del fin de la creación.

Por fin la sangre había encontrado su cauce y su riego en la tierra. Por fin el hombre blanco había mezclado sus líquidos con los del hombre oscuro... las nuevas plantas de vida empezarían a resurgir de entre el campo y la llanura.

A un lado de la iglesia, se levantó una nube de polvo que parecía llegar a los cielos. De entre la algodónera de tierra, salió a relucir un sombrero de metal y luego muchos más. Al frente venía, en su venado gigante, el gran Nuño Beltrán de Guzmán.

Algunos soldados venían a pie y otros con los cuerpos de metal pintados de color rojo, como si hubieran caído en un cazo de grana de cochinilla.

De Guzmán llegó hasta donde estaba el puesto y se sentó tan cayendo muerto sobre uno de los bancos, que casi cae al suelo por el peso de su traje de metal.

-Agua -,pidió

Pedro corrió a darle una jícara con agua y él la bebió de un sorbo.

-Qué, no eres tú acaso el mudo-, le preguntó a Pedro, que al momento reaccionó y se quedó como si no hubiera entendido lo que Guzmán decía.

Me acerqué a Guzmán y le pregunté que si quería más agua. Para lo que él contestó meneando la cabeza de arriba a abajo asintiendo.

Los otros soldados , los de a caballo y los de a pie, se encontraban ya todos tirados en el suelo y algunos atendiendo a los que venían heridos. Unos a otros ayudaban a quitarse los pesados trajes de metal y no pocos, se quejaban de sus heridas.

El dolor de una batalla recién liberada, y no de muy buena manera, se veía en los ojos de los soldados españoles. La moral y el sudor, se mezclaban entre l polvo del llano abierto, y se escuchaba en un susurro general, y unísono, el dolor de todos los caídos.

Hay dos tipos de batallas, diría Pedro después: de la que sal un vencedor y de las que sale un vencido, que al final de cuentas, es en forma individual la cuenta final. Algunos que vencen con muertos, y sus deudos salieron vencidos. El que los manda será siempre el verdadero vencedor. Aquel que se queda a esperar el resultado, sea favorable, o de luto, es al final el que ha ganado la batalla, pero ésta, estaba para ser justipreciada....sin vencedores.

De Guzmán se levantó y gritó:

“Levantaos, por Santiago, que tengo que ir tras de ese indio Tenamaztli y traer su cabeza en mi espada”.

Tenamaztli era un nombre bastante conocido entre los mercaderes de la plaza. Y como su , nombre lo indicaba “el Bravo”, ya varias veces había hecho correr a los españoles por toda la región de los Altos. Ahora parecía que había conseguido un gran triunfo al hacer correr a Nuño Beltrán de Guzmán. Pasó todo el día y los soldados no se levantaron. Todo lo que teníamos de comida fue para ellos, y como de costumbre se retiraron sin siquiera decir “gracias”.

Al caer la noche , un sacerdote llegó y todos los soldados, a la luz de antorchas, se inclinaron sobre sus rodillas y por largas horas repitieron las oraciones de Pedro.

Pedro apareció entre el fuego de las antorchas (había estado ayudando a los soldados a curar sus heridas)y levantando el puesto nos retiramos a nuestra casa. A paso lento, escuchamos los aullidos de los perros, que misteriosamente se callaban al pasar nosotros, y a la luz de la luna de conejo que siempre alumbraba aquel llano de Guadalajara, y llegamos hasta la capital de la Santa Veracruz. En una de sus esquinas, se escuchaba entre silencio de la noche un castañeteo de *tzictl*, no tanto masticado para limpiar los dientes, que era su uso regular, sino para atraer la atención de alguien.

Pedro sacó de su *ayátl* las almendras de cacao de la venta del día y tomó algunas, dándome el resto;

“sigue adelante- me dijo-, yo llego luego” y se perdió en la obscuridad de la noche. El tschac-tschac del *tzictl* se espichó junto on Pedro.

Durante el tiempo que pasamos en Guadalajara, Pedro y yo tuvimos grandes pláticas. Lo que más me intrigaba, era todo sobre sus dioses y de como se habían hecho o creado.

La abuela platicaba a menudo de cómo se habían creado los dioses y de la creación del hombre para que sirvieran; incluyendo su propia sangre de ser necesario. Pedro era más recatado de los suyos, yo nunca lo había visto hacer sacrificios a ninguno de ellos, tan sólo lo había visto por las mañanas sacar su rosario y repetir las mismas razones que había dicho para la abuela.

No podía entender de como un dios tan poderoso, que ha logrado conquistar todo un pueblo de gentes tan grandes y poderosas como las de mis abuelos, no pidieran sacrificio de vez en vez. Los españoles en donde habíamos estado, no sacrificaban , ni a sus compañeros, ni a sus animales, y ni siquiera algunos de sus esclavos conquistados, que estoy más que seguro lo hubieran aceptado gustosamente. La sangre ofrecida por sacrificio a “cualquier” dios, es siempre dada con complacencia por cualquier chichimeca. Un día me atreví a preguntarle y me contestó:

la historia de como comienza la humanidad es una que nos dicen los que quieren que entendamos sus puntos de vista, y otra que nos deja desarrollar nuestro intelecto y forma de pensar, la lógica, por así decirlo. La mía es muy particular, y sí un Domínico llegase a escucharla, de seguro termino en una estaca asado como los perros que vendemos.

-¿Son los dominicos los sacerdotes del dios del fuego en tu religión?- pregunté.

-No. Pero están compitiendo en gran manera-, contestó riendo y continuó diciendo:

Dios ya tenía muchos ángeles en el cielo, y la verdad es que ya se sentía aburrido de tantos seres que no pensaban ni hacían otra cosa que adularlo. No hay nada más atiborrante y molesto en este mundo que un ser que no deja de amargar y de tratar de ser simpático y amable, en extremo. De esos que se la pasan todo el tiempo tratando de complacer en todo, sin darse cuenta que no está complaciendo con sus atenciones y, o, elogios, sino cayendo más y más al espacio que llevamos dentro y que se reserva a los aduladores y encajados. ¿Te traigo esto?, ¿quieres esto?, ¿tienes calor?, ¿te abro la ventana?... y todo eso que uno mismo pudiera hacer de así quererlo. En verdadd, es lo más molesto que uno puede tener a su alrededor...

Imagínate, estar siempre entre personas que creen que uno es dios...llega a aburrir. Es como si jugaras a cualquier cosa y siempre ganaras, hace falta quien le ponga a uno a pensar y buscar cosas nuevas.

¿Te imaginas a Dios?, sentado en su trono comiéndose las uñas sin tener nada que hacer. ¿Qué haces?; ¿te vas de pesca?...¿a cuidar perros, patos, estrellas, planetas, galaxias?... te pones a pensar que hay que hacer algo parra entretenerte.

La eternidad es muy larga.

El tiempo pasa entre el contar de un espacio de rotación de días y de noches, y al final regresa al lugar donde inició su cuenta. Nosotros avanzamos, pero el tiempo simplemente se deja acariciar por el momento que ha pasado. Nada inicia, y por lo mismo; nada acaba. El tiempo se hace eterno ante el que lo ve pasar lento y esperante. Pero para otros, el tiempo es sólo la espera de un momento en un soplo dado a la espera que llegó a su lapso de terminación.

Así que un día, bueno ¿no había días de verdad? , en din, un día, como fuera que Él les llamara, se le ocurrió hacer un mundo. Un mundo, como si fuera un jardín, donde poner a sus animalitos para que jugaran y le divirtieran. Esos animalitos fueron creciendo, y de entre ellos, le salió uno no tan sandio. Al rato, el animalito, empezó a hacer casias y a inventar cosas y a comerse a los otros animales. Dios se dio cuenta que esto animalitos empezaban a parecerse a Él y le dio mucha gracia. Cuanto más asaba el tiempo se le iban pareciendo más y más. Por lo que dijo un día, “me empiezan a imitar”, así qué, los fue dejando para ver que hacían.

Fue cuando se escribió la Biblia...

-¿Y qué es la Biblia?-, me atreví a interrumpirlo, arrepintiéndome al momento.

- Eso es otra cosa. Eso se hizo mucho tiempo después...hasta que no aprendieron estos animalitos a escribir-, dijo siguiendo:

Cómo te decía - y déjame hablar-, ¿y en que estábamos?, Ah sí, en eso de los animalitos, bueno, ya para ponerles nombre, vamos a decirles humanos.

Esos humanos se fueron poniendo avizores, y al rato sintieron que le hacía falta algo. Ya sabes, eso que pica y que no deja que todos sean iguales, y le dio por querer controlar a todos los otros que se parecían a ellos, y se inventaron una serie de dioses; que el fuego, que lluvia, que las estrellas,, que el sol, que el viento y así, cosas que eran más que ellos. Y un día Dios dijo:

“creo que me voy a dar una vuelta por éste mundo mío y ayudar a estos animalitos que parece que me salieron bien”...

Cuando Dios bajó a la tierra el hombre no era como lo conocemos ahora, ¡no!, era un gigante y medía casi cuatro hombres de los que conocemos ahora. Los animales, también eran grandes. Pero Dios se dio cuenta que estos humanos se estaban reproduciendo cada vez más, y que si no los hacía más pequeños, al tiempo ya no iban a caber en éste mundo, así que poco a poco fue haciendo que se reprodujeran más y más chicos, lo mismo que los otros animales y así llegamos al tamaño que somos ahora.

Creo que el último de los gigantes fue Goliat.

Luego, se dio cuenta que aunque eran diferentes a los otros animales, y pensaban, no sabían lo que estaban haciendo, así que les empezó a dar consejos y a enseñarles como vivir mejor. Dios venía y visitaba de vez en cuando la tierra y se sentaba a platicar con ellos, a unos le instruyó en como ayudar a los otros, pero uno le salió rey y al rato ya quería que todos le rindieran.

Un día, decidió que mejor los iba a dividir y así poblar un poco más la tierra y les cortó el corazón, porque los humanos tenían corazones en ese entonces, y los mandó por el mundo. De allí salieron tribus y las ciudades y las naciones. Dios se entretuvo en otras cosas y se olvidó venir a la tierra.

Cuando volvió sus ojos a su creación, algunos ya tenían sus propias formas de adoraciones: Vacas, becerros, dioses hechos de piedra...Hay que ver que, Dios nunca quiso que lo adoraran a Él , pero eso de que ya algunos estaban usando cosas para tener a otros a su mando, pues no le gustó. Así que les empezó a dar consejos, no castigos de fuego ni nada de eso, al final eran iguales que Él y sí Dios sabía más, era porque era más viejo, no porque fuera más. Pero ya los viejos estaban alertos, y era porque eran viejos. Y el que sabe, sabe; y sabe porque sabe, por eso sabe. Así que de nuevo, les quitó años...creo que Matusalén fue el último que vivió más de 100. La cosa es que por esos tiempo, Dios decidió que ya iba a ser al humano chuiquito y en pocos años de vida, y más que nada; no tan inteligente que creyera que sabía más que Dios...aunque se sigue con la certidumbre que sabemos más que Él.

-Pero Dios era igual que los hombres, o los hombres igual a Dios,¿cómo es que podía hacer todo eso de cambiar tamaños y edades?, pregunté.

-Porque es más viejo y sabe-, contestó mirándome como si no entendiera yo de lo que había estado hablando.

Sacó otro tabaco y siguió hablando:

Pues como decía, se dio (Dios) cuenta que las cosas estaban mal y quiso ayudar, pero los humanos ya se habían acostumbrado al buen vivir y a hacer lo que querían y caso no le hicieron. Es más, algunos le dijeron loco y decidieron que no les hacía falta un viejo más dándoles consejos, y para no quedarse sin nada, se inventaron algunos dioses y sabios más humanos, que sí el rey Salomón, David, Faraones y todo eso.

Ahora sí que , como quién dice; “más vale pájaro en mano que cien volando”

como podrás ver, mi idea es que... és el hombre quien inventa a Dios, y Dios, quien al haber sido creado tan inmenso y poderoso, como respuesta; termina inventando al hombre. Así, de ésta manera, los dos se complementan y se ayudan a su existencia mutua. El hombre depende de Dios, y Dios; depende del hombre para seguir hasta los reparos de los tiempos. Las variaciones que tenemos de los dioses, sean éstas en forma de Santos, vírgenes, Mártires, Apóstoles, Papas y hasta el mismo Jesucristo, son la necesidad de parecernos más y más a nosotros mismos. Estamos tan condicionados al placer, que creemos, qué, si sufrimos; sacrificamos, y al sacrificar...justificamos el placer. Los dioses nos piden eucaristía, y como remordimiento de nuestros placeres, sacrificio.

-Pero,¿qué es la Biblia?-, volví a preguntar.

La Biblia...

Hasta hace pocos años todos creíamos que la tierra era plana y en diciembre de 1492, un Italiano; Cristóbal Colón nos llega a España con la noticia que muchos otros (antes que él lo asegura ante la corte de Sevilla), tenían razón: La tierra es redonda.

El 12 de octubre había llegado a las Indias, por eso todos ustedes son ahora llamados “indios”...pero parece que no es así...esa tierra no son las Indias, ni el oriente de Marco Polo, y ya está Alvarado buscando la forma de llegar a ellas, que según se cree están a poca distancia del mar que está aquí cerca... pero como estaba diciendo, muchos murieron defendiendo ésta verdad, y aún ahora, hay quienes siguen discutiendo algo que ya es una realidad.

Cuando llegamos a esta tierra, nos encontramos con muchos problemas. No del tipo de Cortés o Alvarado- al que ustedes llaman “*Tonatiuh*”-, Han encontrado en forma tan práctica, por así decirlo, de resolver: Creo que entre Cortés y Alvarado han matado a más de cincuenta mil de tus semejantes. Pero el problema va más allá de la simple muerte de indios porque no sirve para una conquista total, o no entran en los planes a futuro de una nación lista y presta a ser acrecentada ante las formas, y costumbres, traídas de una nación ya “civilizada”. En Perú pasa lo mismo, en las Islas de San Salvador, la Dominicana, Cuba y otras, es lo mismo, se extermina lo que no se puede controlar, y lo que se deja controlar, se domina y se mata a fuerza de trabajo.

“Se civiliza en forrma práctica y total”.

Pero , el problema principal lo están teniendo los que usan la Biblia como arma de control y esclavitud.

Antes de descubrir estas tierras, se creía que todo lo que existía ya se conocía y así lo dice la Biblia.

Los animales son lo que son; bestias de carga y de uso para el humano...

Y los hombres, todos son ibéricos.

Más hoy vemos que no es así. Hay otros animales, otras frutas, otros hombres y otras mentes en el mundo... y no son ibéricos. La Biblia ha quedado con una página en blanco y ahora los escribas tendrán que editar y componer- inventar, si así es necesario- para que la mentira siga vigente. No en poco tiempo encontrarán, un puente que una la Iberia con éste nuevo continente, o algo que una a los dos continente en unos solo...o la teoría de diluvio se acaba.

Ya trataron de imponer a un santo diciendo que *Quetzacoáltl* era un obispo Irlandés, o el apóstol Santo Tomás, que visitó México hace mucho tiempo. Pero no dio resultado, como siempre, ya no les gustó a los escribas la idea que *Quetzacoáltl* se emborrachaba y tomara a su propia hija por mujer.

En el barco que venía yo de España, traíamos la imagen de una Virgen que por años había sido resguardada de los Moros, y a la cual es gran devoto nuestro Rey Don Carlos.

Se nos convocó a los que teníamos estudios facultativos y se nos leyó una carta, que entre otras cosas decía:

“...*Es el deseo de su majestad, la Reina , que todos los indios de la Nueva España sean convertidos a*

la religión verdadera de nuestra Santa Madre Iglesia. El Arzobispo, Fray Juan de Zumarraga, ha ordenado, por pedimento de su Majestad, que se destruya todo vestigio de ídolos adorados por los mejicas, y otras etnias que vivan alrededor del Valle de Méjico y otros lugares a donde nuestros conquistadores lleguen. Para esto, y para facilitar la evangelización, se le ordena al Capitán Hernán Cortés, sustituir los dioses indígenas con dioses de nuestra fe. Tláloc, será San Juan Bautista, Xochiquetzal, será San Isidor, y Quetzacoátl, será sustituido por la palabra de los evangelios de Jesucristo.

De suma importancia es la edificación de un templo, ensimismado de un lugar de adoración indígena en el cerro llamado del Tepeyac, en donde se adora a la diosa pagana del maíz, de la luna y la tierra de nombre Tonatzin, y que confunde con su falso testimonio al llamársele por los indios; diosa madre del dios pagano Hitzilopochtli, y eliminar la diabólica costumbre de ofrendas de flechas blancas, figurillas de barro y navajas de la piedra obsidiana, así como las bolitas de jadéita verde de nombre mejicano Chalchiuhtl. En su lugar se deificará un templo con la imagen de la Virgen Morena que, por tanto, tiempo nos ha resguardado de los Moros...”

La carta continuaba con órdenes de edificar otros templos en Cholula y estaba firmada por su Majestad Don Carlos y su Madre, la Reina Doña Juana.

Al llegar al puerto de la Veracruz, la imagen se trasladó en gran secreto a la ciudad de México y fue entregada al Arzobispo Fray Juan de Zumarraga.

Yo ya no supe más de too eso porque me ordenaron acompañar a Cristóbal de Olí en su expedición, pero no me sorprendería; que en poco tiempo sean implantadas éstas imágenes en beneficio de los frailes que intentan a toda fuerza quitar a todos los ídolos que no sean Santos o Vírgenes, y para la apertura de nuevas formas de sujeción ante esta nueva población. La religión, creo yo, fue creada como un movimiento político y al no tener el resultado esperado, se convirtió en un recurso de control de almas...que más fuerza que el controlar lo desconocido por medio de un miedo a un algo que no se conoce. Se vende un seguro de vida eterna, para el gozo de un más allá, y el precio de pagar, es la entrega total y sin miramiento de una serie de dogmas premeditados por un grupo de enfermos de sangre y de sufrimiento. No es que sea mala la conversación de los infieles y paganos, pero las formas de implementar nuevos dioses (aunque sean los verdaderos) no justifica la muerte de aquellos que, tal vez por su condición y creencia, no los puedan aceptar en tan poco tiempo. Quitamos el sacrificio humano, porque así lo dice la Biblia, y para implementar el amor a Dios a nuestro prójimo, matamos a todos aquello que no quieren convertirse en nuestra fe de amor y caridad. Eso, mi querido coco, es la Biblia. Un libro escrito por humanos que justifican la creación de Dios y de su existencia en éste mundo, y al final, la usan para su provecho personal.

En pocas palabras; la Biblia la escribieron unos hombres que creían que la tierra era plana, y todo con la tutela de Dios.

- Y ¿porqué los hombres tenían dos corazones?-pregunté.

-Veo que estas poniendo atención-, dijo y continuó diciendo:

Ese era el secreto de la creación del hombre. El hombre, para no estar solo busca entre otros compañía y complemento. Sin saberlo, busca a su corazón gemelo, su *coatl*, que significa en nuestra lengua castellana: compañero, hermano, lo mismo...pero aún más.

- Me llamó la atención de la forma en que pronunció la palabra *coatl* diciendo *cuat’e*”, con una “e”, desde ése entonces, cuando quería llamarlo por otro nombre le decía “cuate”, o sea; mi compañero, amigo, hermano, padre, abuelo...-

Cuando lo encuentra lo reconoce y lo siente. Es la misma sangre corriendo en el mismo cuerpo. Pero no hay que confundirlo con el amor de hombre o mujer.... ese es pasable y se consigue por años de

comprensión y cariño mutuo... aunque al principio se siente que es el otro corazón latiendo, por lo regular es sólo una sensación que pasa y se aclara con el tiempo. No hay amor entre hombre y mujer que sea duradero. Porque el hombre no está destinado a ser confeccionado a ser sujeto a los caprichos de otro ser en todos su sentir. La mujer quiere, y pretende controlar al ser humano, sea hombre o mujer... porque es su naturaleza. Y entre la mentira de su fragilidad, cree, o anhela creer, que es más sutil y más abierta a los sentimientos de los humanos. El cariño de mujer a hombre es menos sólido y más efímero que el de cuate, ahora, sí al encontrar a la mujer de tu vida, lleva por casualidad tu otro corazón...tu mundo está completo.

-¿Y tú Pedro de dónde vienes?

Yo nací en Sevilla. Que es algo así como la gran gatera entre España y la Nueva España. Estudié en la Universidad de Salamanca y dejé mis estudios para trabajar en las primeras Casas de Contratación que se abrieron después del descubrimiento de la Nueva España. Es desde ese lugar, de donde parten la mayoría de los barcos con soldados y provisiones para éste continente. También es por donde llega la mayoría del oro y plata de la Nueva España. La ciudad es muy bonita, desde hace muchos años que cada conquistador ha dejado su huella en sus casas y palacios e iglesias. Los fenicios, grandes navegantes, fueron los primeros en conquistarla; luego los griegos y por último los romanos. Por muchos años estuvieron viviendo bajo control de musulmanes -que ya sabrás tú lo que se siente ser implantado a una nueva religión-, pero como sucederá aquí en México, la arquitectura sufrió un cambio, y todavía tenemos las murallas y la bella Torreblanca, la hermosa torre de Plata. Hay otra torre muy bonita; la Torre del Oro, que tiene más de cien años. Pero tal vez la edificación más imponente es la catedral que aún seguía en construcción cuando salí de España.

- Sabes Pedro. Cuando platicas así, de esas ciudades y de esos mundos, me recuerdas mucho a la abuela cuando platicaba con las gentes del mercado. Continué diciendo: Hace algún tiempo me preguntaste mi nombre y yo te lo dije; *Tlaneltocaz*. Pero nunca pude decirte que significaba en tu lengua. Pero hoy que ya he aprendido más de ella te puedo decir que significa “ el que obedece”. Pero no entiendo él porqué de mi nombre. ¿A quién tengo que obedecer?.

-No es fácil saber a quien tenemos que obedecer, ni los motivos que hacen que uno obedezca a alguien. La mayoría de las veces simplemente obedecemos porque hemos sido entrenados desde pequeños a obedecer. Primero a nuestros padres, abuelos, tíos, parientes y hermanos mayores. Luego a la autoridad, sea el Rey o el Capitán. Luego a la iglesia y sus sacerdotes y al final, al más difícil de todos; a uno mismo. Obedecer lo que llevamos dentro no es una tarea fácil de lograr, ya que podemos engañar a todos los anteriores, pero nunca podremos engañar lo que sabemos de nosotros mismos, *ioh teihtitia ixpan* (el camino se muestra delante de él)-, dijo y tiró la caña de tabaco pisándola con sus sandalias de cuero, demostrándome que ya hablaba el idioma de mi gente.

Pedro se quedó pensativo. Su salida de España, el viaje a las Canarias y la espera de un barco que lo llevaría a la tierra alejada y mística que tanto alboroto estaba causando en la recién reconquistada España. Los moros seguían en sus lugares pero el pueblo era desemejante. Las costumbres se peleaban por ser diferentes y seguían siendo iguales. No hay cambio que no traiga una revolución de cambios. Algunos de muerte y de inquisición en forma de desquite y de coraje a los opresores antiguos, aunque los ideales sean los mismos y los compañeros iguales. Todos en España ahora se sentían españoles y todos rechazaban su mezcla mora y blanca. Sólo había blancos, y cual sepulcros ocultaban su negrura en lo más podrido de su ser.

El recuerdo de aquellos hombres se había quedado Pedro, sus caras... En su mayoría soldados, algunos frailes se mantenían en sus camarotes rezando y sólo se les veía en la mesa principal al lado del capitán dándose sus grandes comilonas. En voces bajas se hablaba de la nueva tierra y en voces de garbo se escuchaba a su superior decir que la salvación del indio sería su primordial trabajo. Todos aquellos

jóvenes vestidos de santidad escuchaban con los ojos abiertos y se aferraban a sus rosarios con la esperanza de ser “ellos” los que lograrán la santidad de un mundo por descubrir. Poco sabían, que el tiempo es cobro de sueños y espera de realidades. No podían seguir siendo iguales; ni españoles, ni italianos, ni franciscanos. Los aires del nuevo mundo los convertirían en seres independientes, quizás, algunos santos, pero por demás... simplemente nuevos conquistadores.

Pedro había esperado por mucho tiempo la salida de aquel barco, y no pocas veces llegó a pensar que nunca vería la tierra soñada. Y a los seis meses de espera, se hizo a la mar. el viaje había sido largo. El mar estuvo picado la mayor parte del tiempo. Los soldados, que en su mayoría eran de infantería, estaban constantemente sintiendo los efectos de las olas y las restricciones de sus comidas. Los primeros días todos ellos pretendieron una hombría basada en la restricción de sus necesidades del cuerpo, pero en menos de una semana, los vómitos y las diarreas eran parte del olor de mar. Alguno de los animales murieron y fueron arrojados al océano. Dos soldados les hicieron compañía. Los frailes les dieron una oración de despedida y el barco continuó, sin haber parado en momento alguno, su viaje. No eran tiempos de sentimentalismos, ni el viaje era de placer. Había un mundo nuevo que conquistar. Pedro había, como todos los que lo acompañaban, salido en ese viaje con la esperanza de la aventura. La conquista de lo desconocido, el ver aquellas tierras llenas de oro, plumas de animales gigantes y frutas que deleitaban al paladar de los más refinados gustos. Las mujeres, las indias que se describían por algunos que habían tenido fortuna de tenerlas. Los indios que veían a los españoles como si fueran dioses y las miles y miles de historias, contadas por los que habían ya estado en esa tierra, se escuchaban por las mañanas del labio del soldado y la misma historia se repetía del labio de otro por la noche, sólo que, ahora el tamaño de la pepita de oro era cada vez mayor, y esas historias, cada vez más y más fantasiosas, hacían que los días se hicieran menos largos y que los malestares del cuerpo fueran aceptables.

Y entonces, la realidad de una verdad. La cubierta del barco mojada de agua salada. El mar que se hacía interminable, el sube y baja de las olas. El calor del océano y su sensación de humedad pegajosa sobre el cuerpo y la ropa sin poder lavar. Los sueños ilusorios del nuevo mundo empezaban a ser la primera pesadilla de un viaje que parecía interminable y porqué no, tal vez nunca logrado. Los moros ahora estaban siendo suplantados por los españoles y los indios estaban a punto de ser erradicados por los nuevos Cristos de una nueva y resurgente religión. ¡Sorpresa! Ni Cristo, ni Dios, ni las vírgenes blancas, ni morenas, ni mestizas; eran españolas, ni italianas, ni habían nacido (ni parido) en España. La metamorfosis tan soñada de los reyes españoles, era una farsa escondida en las sotanas cafés y recién cortadas de sus representantes religiosos.

El mar había despertado los sueños de Pedro y ahora estaba atrapado en medio del camino sin saber que haccerr. No podría ser nunca heredero del nuevo mundo, ni tampoco hijo ausente del que dejaba atrás. Un hombre sin patria en medio de aquél océano Atlántico e inmenso estaba viendo al cielo y pidiendo que al lanzar su mirada doliente, Dios, ese miserable e impredecible ser que jugaba con los hombres, le dijera el camino a seguir...

...y el camino de agua, señalado por mierda y vómito, fue madurando a Pedro, y sintió, por primera vez, que al llegar a la isla de Cuba dejaría sus sueños y buscaría el verdadero llamado que lo había hecho embarcarse en primer lugar.

Pero el barco no llegó a Cuba como estaba planeado, sino que por la necesidad de hombres y de símbolos celestiales, siempre había sido el designio llegar directamente a México. Y que más daba, el aventurero tiene el don de cambiar de plan sin pensar en el anterior...

Pasaron muchas lunas y seguimos con nuestro puesto de comida en el mercado de Guadalajara.

De Guzmán se había convertido en uno de nuestros mejores clientes, y si hubiera pagado la mitad de lo que se comía, bien hubiéramos podido hacer una gran ofenda a San Miguel, pero era el privilegio de

los españoles tomar y nunca dar, bueno, si se cuenta el espejo que me dio un día.

Pero no todo era trabajo:

Pedro ya había organizado un grupo de 11 indios que jugaban al juego de la pelota entre los pies, que algunos llamaban, patadas, otros; pelota pie y otros; cáscara, porque al jugar muchos resbalaban como si hubieran resbalado con la cáscara de alguna fruta. Así que, regularmente nos poníamos a jugar a la cáscara, que era uno de los que más tiempo pasaba en el suelo resbalándome. Incluso algunos de los soldados españoles hicieron su grupo y le llamaron; “ los hombres reales de Madrid”, al parecer eran de esa ciudad española, y ahy que decir, no tan malo; era el de unos indios que peleaban con Tenamaztli, que es como se dice flecha en *Náhuatl*.

La última vez que vimos a de Guzmán, platicaba con Cristóbal de Oñate mientras ordenaban, a Pedro y con sus señas, tacos y barbacoa.

La barbacoa, la preparaba como había aprendido de la abuela. Hacía un hoyo en la tierra, a manera de horno bajo. La base, la llenaba de leña y sobre las brasas colocaba planchas de piedra que calentaba a grandes temperaturas. Sobre las piedras ponía la carne envuelta en delgadas hojas que sacaba de maguey, todo esto lo cubría con pencas de maguey, y mantas de algodón. El calor de las brasas, dejaba el líquido de la carne e ella mientras se impregnaba de los sabores del pulque, la cebolla y el chile, que ponía entre paquetitos de carne. La carne que más me gustaba para esta comida era la de conejo cazador, que Pedro cazaba con unas flechas hechas de carrizo muy delgado y que lanzaba con la boca de otro carrizo más grueso.

Mientras comían sus tacos; Oñate y de Guzmán discutían acaloradamente sobre la necesidad de pedir ayuda, nuevamente, a Pedro de Alvarado para eliminar, de una vez por todas, al pechititeco, Tenamaztli. El problema era, al parecer, en la forma de cómo pedir esa ayuda.

Alvarado estaba en un luga llamado Guatemala y más de una ves, les había contestado; “*Verrgüenza es que cuatro gatillos encaramados en los riscos, hagan tanto ruido como para alborotar los reinos de Nueva España y Nueva Galicia. Con menos gente que la que traigo, y dejando algunos en casa, me basta para sujetarlo*”.

Oñate, al parecer, por las experiencias tenidas en batalla con Tenamaztli, le había recalcado que los indios chichimecas, no eran en nada como los indios de México, o Guatemala, y Alvarado les había contestado a los dos qué: “*cualquier indio de Guatemala valía más que mil chichimecas conquistados en Jalisco*”. Poco sabía Alvarado, que años después, Yahualica lo vería caer de su caballo...

La conversación siguió acaloradamente toda la tarde entre gritos y palmadas sobre la mesa, Oñate se levantó de repente y empujó a Guzmán. Sacó su cuchillo, quitó lo que Pedro como soporte había puesto clavado en el tronco del árbol y que servía como soporte de amarre para las lonas de algodón que cubrían del sol las mesas de nuestro puesto de tacos,- “una carta” donde Pedro escribía en castellano los nombres de las comidas y los costos del día-, y haciendo esto; clavó la hoja de metal en el árbol, y mirando fijamente a Oñate dijo:

“Caballero, Soldados y compañeros míos y los que presentes estáis, aquí señalo horca y cuchillo, fundo y sitio, Guadalajara, la cual guarde Dios por largos años, con aditamento de reedificarla en la parte que más conviniere; la cual en nombre de su Majestad, y real nombre guardaré y mantendré en paz y justicia a todos los españoles, conquistadores, vecinos , habitantes, forasteros y a los naturales (diciendo esto volteó a verme), guardando y haciendo tanto justicia al pobre como al rico, al pequeño como al grande, amparando a las viudas y a los huérfanos”.

Tomó luego su espada y siguió diciendo:

“Caballeros yo ya tengo poblada la ciudad de Guadalajara en nombre de su majestad: si hay alguna persona que lo pretenda contradecir, salga conmigo al campo, donde lo pondré a batallar, lo cual se lo aseguro, porque en su defensa ofrezco morir, ahora y en cualquier tiempo, defendiéndola por el Rey, mi señor, como su capitán criado y vasallo y como caballero”.

Dándole una mordida a su taco, se limpió la boca y repitió lo último tres veces más, como para que no quedara lugar a dudas de sus palabras. Pero la gente que estaba escuchando comenzó a gritar haciendo relajo. Una señora española, que también comía en una mesa con su esposo, se levantó y dijo casi gritando: *“¡Gente, ya cállense!. Aquí nos quedamos, el Rey es mi gallo y aquí nos quedamos a las buenas o a las malas”.* Su esposo la miraba con la boca abierta y un momento después estallaron los aplausos. Y la fundación “oficial” de Guadalajara fue hecha por una mujer que tenía pantalones muy bien fajados mientras comían. Sus fundadores, tacos de barbacoa.

Allá, al fondo, estaba un indio chichimeca, comiendo tacos y escuchando todo. Se acercó a mí pagó su cuenta y pude verle el rostro; era el mismo Tenamaztli.

Y desde ese día, y hasta que dejamos la ciudad, nuestro puesto fue conocido por el nombre de “Tacos Guadalajara”.

Muchas cosas aprendí en la ciudad de Guadalajara y entre ellas, la más memorable, fue la de la tradición de los españoles para enterrar a sus muertos.

La muerte del primer español en Guadalajara fue todo un acontecimiento. Habían llegado ya algunas familias que no pertenecían a la clase guerrera ni a la clase que parecía gobernar. Más bien parecía que habían sido traídos con la intención de “poblar la ciudad”. Muchos de estos nuevos vecinos ya eran conocidos por nosotros y algunos eran clientes diarios en la taquería. Las comidas tradicionales que preparaba era una tentación al gusto, y no pocos preguntaban sobre los ingredientes que llevaban algún platillo.

La que más les intrigaba era el *molli*, que les dio por llamar mole, y gracias a algunas de estas mujeres, logré conseguir ingredientes nuevos y desconocidos, que mezclaba con los que conseguía de los indios locales y los michoacanos que negociaban en el mercado. El huexolotl, que los españoles llamaban pavo, lo criaba todo el año en el patio de la casa y sólo en ocasiones especiales le preparaba en *molli*. El resto de los pavos los vendía a muy buen precio durante las Navidades, fecha que celebraban el nacimiento de Cristo, el dios más importante de los españoles, y que la tradición de nuestros dioses, se comían el cuerpo y bebían su sangre.

La preparación del mole era un trabajo que me tocaba todo un día y parte del otro. La combinación de chiles tostados; ancho, mulato, pasilla y chipotle: chocolate, canela, clavo, pimienta gruesa y delgada, y una tortilla tostada y molida, todo condimentado a fuego lento con grasa de animal, ajo, tequesuite, tomate, ajonjolí, almendras y pizcas de anís, comino, cilantro y ajonjolí espolvoreado sobre la vianda al momento de comerlo. Era la preferida de los españoles y muy a menudo cuando celebraban una ocasión especial, como cumpleaños, bautizos y bodas de algún miembro de la familia, me pedían preparara el mole para sus invitados.

Pedro servía los platillos en la mesa, y no pocas veces entrenamos a otros indios a que ayudaran en estos banquetes. A Pedro, sobretodo, le gustaba cuando había varios servidores de mesas, que él llamaba, meseros. Organizaba todo, de tal manera que las mesas eran decoradas con flores del momento- Guadalajara tenía una gran variedad de flores todos los días del año-, los platos, jarros y cazuelas, los había conseguido en un sitio cercano llamado *Tonalán*, donde los nativos hacían unas vasijas de barro con decoraciones de mucho colores. Así como unos jarros grandes, llamados cántaros, que él llenaba de Mezcal y jugos de diferentes frutas y que eran muy populares entre los españoles. Cuando se requería, armaba sus techos de algodón de tal manera que, los invitados podían sentarse

durante el día sin que el sol los molestara.

Sucedió que un día, en una fiesta de cumpleaños de una de las hijas de la señora Victoria de Alba- la que había hablado durante la fundación oficial de la taquería-, el esposo de ella, ya con sus cuatrocientos-conejos encima , empezó a discutir con oro invitado y éste, sacó su espada y le atravesó el corazón.

Cuando un indio moría en Guadalajara, los sacerdotes de la iglesia lo enteraban en un lugar llamado "el cementerio" y nada más. Pero la muerte de un español era diferente. Al día siguiente a la muerte, se pasó la noticia a todos los vecinos; las campanas de la iglesia tocaron de manera lenta y trise. Los sacerdotes iban por todo el mercado pidiendo oraciones por el muerto.

La casa del muerto se llenó de gente, incluyendo indios y españoles. De entre los presente, un escribano dio fe de que el muerto, estaba muerto diciendo..."*doy fe jurada de testimonio como en un aposento de esta casa del dicho Jesús Alba, que son de esta ciudad de Guadalajara. Está echado en una cama y endido un cuerpo muerto y posado de esta presente vida naturalmente, a lo que parecía, y me parece, es el propio Jesús de Alba, sochantre de esta Santa Iglesia Catedral, que ante mí hizo y otorgó su testamento cerrado y sellado*".

Después de atarle los pies y las manos, fue amortajado con sábanas de algodón y colocado en un ataúd de madera. Seis mozos cargaron en andas al cuerpo Don Jesús y lo llevaron a un cementerio localizado al lado de la iglesia, muy separado del de indios. Delante de todos desfilaban los grandes amigos de Don Jesús. Ras éstos, venía un sacerdote con una cruz alta; seguían otros dos con hachas encendidas, de cera blanca. El gran sacerdote, quien se hacía llamar párroco, con un acetre de agua venía adelante del féretro y por último el ataúd de Don Jesús, rodeado de familiares y amigos, españoles e indios.

Después del entierro, los amigos de Don Jesús se reunieron en la casa de él y continuaron sus oraciones hasta muy de noche. Por semanas después de la muerte de Don Jesús, se dijeron misas en su nombre y había vigiliass por pare de la familia. A la viuda no se le vio más, y se decía que era por el luto de su esposo, pero otros que decían que simplemente se había marchado de la villa.

A mi me pareció que la muerte de un español, no era tan importante para los que dejaban el mundo de los vivos, sobretodo si se trataba de un personaje tan importante como lo era uno de los primeros españoles que llegaban a Guadalajara.

Según me había dicho Pedro, Don Jesús era un Hidalgo, y los hidalgos eran considerados gente importante entre ellos. En cierta ocasión escuché a la abuela los detalles de un funeral en la gran Tenochtitlán:

"cubrieron el cuerpo con mantas de algodón tejidas y bordadas. El sumo sacerdote se acercó y colocó en la boca una piedra de jade, que le serviría de corazón y que dejaría en prenda en el séptimo infierno, donde las fieras devoran los corazones de los hombres. Cortó luego, de la cabeza del muerto, la mecha funeraria y la depositó en una cajita de madera, al lado de otra mecha de pelo cortada en el mismo lugar y día que él había nacido. Luego cubrió el rostro con la máscara fúnebre. Ya estaba listo el cuerpo para la cremación. Había cuatro esclavos que iban a ser sacrificados y seguido de un grupo de sacerdotes, vestidos de mantas negras, que iban cantando un responso, el cuerpo salió de la casa en una litera que cuatro pochtecas llevaban en hombros. La comitiva se dirigió a paso lento hacia el gran teocalli.. En el amplio patio, se alzaba una pira de pino resinoso cubierto de una espesa capa de incienso de copal. Más atrás, al lado derecho, otra pira de mayores dimensiones ardía ya esperando al perro y a los esclavos que le acompañarían.

Sobre el copal que cubría la primera pira colocaron sentado, y bien empaquetado, en papel funerario, el cuerpo del muerto, rígido, constelado de joyas, sobrecargado de mantas de color, enmascarado de rojo y negro. Mientras ardía elevándose en humo y decayendo en cenizas, uno a uno, iban sacrificándose los cuatro esclavos sobre la piedra sangrienta del altar en la cúspide del teocalli. Y uno a uno, iban cayendo sus cuerpos inanimados, para alimentar el fuego de la pira humilde y seguir en la otra vida ofreciendo a su amo los mismo servicios que en ésta. Por último, se sacrificó al perro que esperaba pacientemente su turno.

La jornada de Mictlán, el lugar donde reina Mictlántecuhltli, “el Señor de los Muertos”, es largo. En primer lugar hay que pasar por un caudaloso río, el Chignahuapan, que es la primera prueba a la que someten al muerto los dioses infernales. Por eso el perro es tan importante, para ayudar a cruzar a su amo el río. El alma tiene que pasar después entre dos montañas que se juntan; en tercer lugar por una montaña de obsidiana; en cuarto lugar por donde sopla un viento helado, que corta como si llevara navajas de obsidiana; después por donde flotan las banderas; el sexto es un lugar en que se flecha; en el séptimo infierno están las fieras que comen corazones; en el octavo se pasa por estrechos lugares entre piedras; y en el noveno, y último, el Chignahumichtlan, descansan o desaparecen las almas...”

La descripción de éste funeral. Era la de mi abuelo.

La abuela guardó las cenizas en una urna, que luego enterró en el aposento de la casa. A los ochenta días, le hizo una ofrenda y cada año, por cuatro más- que sería la duración del viaje a ultratumba-, siguió la tradición...ante los hombres, eso es, porque en ella quedó por siempre su recuerdo.

El recordar a la abuela, siempre traía el recuerdo de su muerte y de la forma en que había sido enterrada al final de sus días. ¿Tendría ella la compañía de su perro? ¿pudo por fin llegar al *Tlalocan*, el paraíso de *Tláloc*, que queda al sur, el lugar de la fertilidad, donde crecen toda clase de árboles frutales y abunda el maíz, el frijol, la chí y todos los otros mantenimientos?

Imaginaba a la abuela en ese paraíso: reunida con sus compañeros del tianguis, disfrutando de una vida perenne de alegría. Sentada bajo un árbol cargado de frutos que bordean las orillas de los ríos del paraíso. Sumergiéndose en las aguas de las lagunas, que quedan más allá de la muerte. Dedicada únicamente a cantar con sus compañeros, participando en sus juegos y regocijos. Vida en abundancia y serenidad, bienaventurada y feliz.

*Cuando muera, entiérrame en un sepulcro blanco por dentro
y negro por fuera.*

Cava mi tumba con palas de oro.

Con espadas de plata cuadra sus lados.

Can lajas de jade haz el asiento.

*Que malos sueños no turben mi reposo,
ni las fortalezas de las tinieblas me asalten...*

Entiérrame con lujos

y cantos de musas guerreras.

Pon tu más preciada joya en mi ataúd

y recuérdame con devoción.

Cierra mis ojos con un beso,

mis labios con tus dedos...

Que quiero llevarme tu mirada

y el sabor de tu cuerpo.

Dame todo un minuto

y recuerda que me voy contigo por siempre...

Cuando muera

entiérrame en un sepulcro obscuro

que la luz nunca me entiende...

V

Tepatitlán

Mientras que vivimos en Guadalajara. Mucho había pasado en la región. La provincia había dejado de llamarse “del espíritu Santo de la Mayor España, y ahora era “ Reino de la nueva Galicia”. Por fin, el Virrey había logrado sacar a Nuño de Guzmán de Jalisco. Había llegado un licenciado de nombre de la Torre quien echó preso a de Guzmán diciendo públicamente; “Esto manda Su Majestad; así se ha de hacer, y no otra cosa”; fue llevado hasta casilla y nunca se supo de él en Jalisco. En su lugar quedaba ahora Cristóbal de Oñate.

A finales del año 1541, cuando los huicholes celebran la fiesta del *Parietsie Nepakunua*, de la recolección del peyote, y antes del *Perrikute*, cambio de varas; salimos de Guadalajara con rumbo a *Tepatitlán*, que tan sólo un tiempo antes había sido *Tecpatlan*.

El reino de los Cocas, Tecuexes, Cuachichiles, Guamares, Cazcanes y tantos otros sitios, ahora tenía una combinación de nombres que ya era difícil de saber cual había sido antes cual después. El dominio de los españoles era notorio en todos sitios, por pequeños que estos fueran. Y muchos ya habían dejado de ser llamados por sus nombres, aunque estos continuaran llevando sus raíces indígenas. Las fiestas seguían en sus mismas fechas, pero los dioses eran diferentes. Como lo dijera Pedro; los santos de los españoles habían ido tomando el lugar de los dioses indígenas en forma implementada y por “fuerza” de fe y “obligación” de la razón. Y cómo no tener fe, sí se le presenta a uno con una obligación de aceptarla y con el acondicionamiento de tenerla. Ya se comentaba entre los indios de como los españoles hacían sus sacrificios humanos en las hogueras con los que no creían en los nuevos santos. Cualquier palabra mal dicha era motivo para ser sacrificado al dios de los españoles. Nuestra gente, hacía sacrificios humanos, pero sólo porque le agradecíamos a los dioses todas las bendiciones que nos mandaban.

Sin embargo, los santos españoles eran diferentes. No pedían sangre, más bien; la condonaban para us devoción. Eran unos santos sufridos, martirizados y habían adquirido su santidad por el sendero del sufrimiento. Pedro me había explicado sobre su origen humano diciéndome: los santos no son privativos de la región católica. Se trata de personas, seres como tu y yo, que por calidad moral o algún dote excepcional guardan una relación especial con la divinidad... Con el Dios que es único. Es por eso, que nosotros los que aún aquí estamos, les pedimos algún favor, un milagro.

Jesús, o Jesucristo, y sus discípulos nunca hablaron de los santos, o de seres que tuvieran esa cualidad... pero el hombre no se satisface con un solitario Dios, no puede. Por eso se empezó a inventar santas para sentir que en su calidad de humano, podía, quizás, tal vez, llegar a se uno de ellos. Lo difícil es primero llegar a creer en un dios, después aspirar a ser una criatura digna, preferida de ese dios. Primero los hombres mataron a Cristo, después lo glorificaron al grado de hacerlo dios, cuando Él mismo le había dicho que no había uno más que aquel que estaba en el cielo...su padre. Los cristianos primitivos comenzaron entonces a venerar como santos a los primeros testigos de esa nueva y surgiente religión... la convicción empezó a tomar forma, el movimiento era tan grande que había que empezar a darle reglas, dogmas, guías y demás... el movimiento político empezaba a ver en la religión a un aliado, era tiempo de hacer reglamentos por los cuales los nuevos sectistas deberían de guiarse. Pasados casi trescientos años, después de la muerte de Cristo, allá por el siglo III, la veneración a los santos era común, y la gente decidía quien había alcanzado aquel privilegio divino. Y pasó el tiempo y los Papas se dieron cuenta de su fuerza y así empezaron a poner reglas para hacer más santos, lo que se llama “canonización”. Se establecieron los requisitos para ser sano, y se estableció, ante todo; que no podían ser adorados, si no venerados...pero ya vemos no es así. El santo es adorado y dios es utilizado en forma paulatina par el logro de cualquier causa que sea de beneficio para el que tiene el poder de mando. A dios lo han matado en forma cruel y en su lugarr han puesto un bufón que se domina como un muñeco de trapo, un títere que tiene los hilos desde la Roma y que se dirige según

convenga a los intereses del dominador en turno.

Los católicos parecen tener los únicos dioses que nada dan. Hay que sufrir para ser aceptado en su mundo imaginario de cielo, o ser castigado en su tan real mundo infernal. Si Cristo viniera al mundo de nueva cuenta, con gusto, Él mismo se subiría a la cruz y se clavaría matándose una y otra vez, castigándose a sí mismo por el mal que ha hecho desde su venida... lo usaron los hombres, y más los poderosos, para su beneficio personal...nada queda de aquel ser de bondad. Él nunca habló de muertes en su nombre, nunca sus labios hirieron a sus hermanos, y nunca su sangre fue la causa del derramamiento de tanta y tanta vida hermana...nunca quiso Cristo ser dios, nunca quiso ser santo...sólo un buen hermano pretendió ser, y como tal...lo matamos porque era demasiado humano.

Lo bueno, la bondad, parece que tiene que sucumbir para poder ultimar la última expresión de la maldad. Lo maligno no termina por sí solo, busca el exterminio suicida complementándose con la bondad del hombre, y antes de morir, acaba con su deseo diabólico. Nada que pretenda amor puede ser logrado sin el deseo de matar. El hombre ha querido toda su vida, y se vanagloria diciendo que no hay amor más eterno que el que él mismo ha inventado... a sus dioses, a su compañero de batalla, a su mujer, a su hombre, a su hijo y a sí mismo, pero en realidad, sólo sabe de amor cuando al amar termina destruyendo, y es entonces cuando puede por fin decir” tanto lo quise que ahora lo extraño”...y cuando se extraña ese algo, se sabe que se quiso.

A diferencia de los santos españoles, nuestros dioses habían sacrificado a su propia sangre para darnos el maíz, el agua, el sol, los mantenimientos y la vida misma.¿Qué era para el humano su vida si no se entregaba al dador del todo?. Pero para los dioses españoles, el sacrificio estaba determinado por la relación que se tuviera con el sacerdote, y nunca con el dios mismo. Algunos de sus dioses semejaban a los nuestros, pero el decirlo o comprarlo, era motivo de sacrificio en una hoguera de fuego... después de haber sido torturado en forma inquisitiva para lograr el arrepentimiento de haber dicho tal blasfemia.

El castigo nunca ha sido justo, porque el que lo inflige no sabe castigar...sólo repite los castigos que aprendió.

Los españoles estaban implantando sus leyes, y por justas que fueran ante sus ojos, el indio había sido criado en otro mundo de magia, ídolos, respeto y cultura. No se podía esperar que toda una generación de miles de años de antigüedad pudiera cambiar en tan sólo unos años. Las gavillas tardaban 52 para el inicio de un nuevo mundo, y aún entonces, los dioses, que eran sabios, sabían que no era el tiempo de acabar con el orbe.

El mexicano había creado un mundo de respeto, por miedo sí así lo considerábamos, a los dioses y las maneras de castigarnos. Uno que robaba, era un hambriento, no un delincuente y había la obligación de castigar a todos los que no habían ayudado al ladrón. Él moría, por su delito, pero los que vivían cerca morían también porque los dioses habían visto que el hambriento había sufrido la pena de robar sin ser ayudado.

Era común ver a las orillas de los caminos, y en los campos de siembra, las cuatro primeras hileras de varas de maíz accesibles a los caminantes. Cualquiera hambriento podía tomar una porción de maíz para alimentar su hambre. Pero aquel que por avaricia tomaba lo que no le correspondía, simplemente porque estaba allí; moría. El hambriento comía y aprendía a trabajar con el estómago, sino lleno, sí satisfecho.

El ladrón moría por haber dejado a otro, en su gula, con el estómago vacío.

Para el español, el ladrón era un criminal y por lo regular era castigado por el mismo que hubiera podido haber hecho algo, en primer lugar por él. El hambre era un insulto;”*indio muerto de hambre*” era para el español su forma de expresarse del indio. Raramente el indio “robaba” algo que no fuera comida...donde iba a gastar el oro, la plata, o vender un caballo, una cabra, una vaca...

Es fácil de ver que el vencedor tiene el derecho de mandar y de implementar sus leyes, según él, mejores que las que encontró antes de vencer. Nuestros antepasados la habían demostrado al llegar a

las grandes ciudades. El descendiente de Aztlán no había implantado sus costumbres a los Olmecas, por el contrario, habían adoptado los medios, y no pocas costumbres, de ellos. El gran señor Tenochtitlán nunca destruía los dioses de los vencidos, por el contrario, los llevaba a sus palacios y les ofrecía los mismos dones que habían tenido en su lugar anterior.

Para cuando salimos de Pehitán, y a sólo unos meses que Pedro llegara de España, la virgen morena del barco, había aparecido en el cerro de Tepeyac. Nos habíamos enterado por medio de un sacerdote, llamado fraile, y que se interesaba más en la demografía de indios, que en la población de almas para el cielo y, que habiendo tomado todo el día mezcal con Pedro, ya estaba en mas de cuatrocientos-conejos; de cómo un indio de nombre Juan Diego, de los tantos y miles de Juanes bautizados, había entregado al obispo Zumurruga la imagen de la virgen en una forma muy espectacular, de tal manera que el centro de Tepeyac había sido cambiado en pocos días y se empezaba ya la construcción de una gran iglesia para la virgen Mora con la piel morena.

La imagen había recibido el nombre de Guadalupe - curiosamente estaba de moda la palabra Guadalajara, fácil de pronunciar para cualquier indio que hablara Náhuatl-, *Wadi-L-Pe*, significaba en Árabe; “la oculta e el río”, y nombre del Santuario situado en la provincia de donde provenía el gran Cortés.

Pero no sólo era el cerro de Tepeyac. También se había iniciado la construcción de una iglesia en Cholula, justo donde antes había estado la gran pirámide que por miles de gavillas de años se había construido mucho antes que existiera el mundo...la diosa del agua para los españoles, la que alababa con el nombre de “Los Remedios”, ahora tomaba lugar sagrado del gran, y único, dios de la lluvia y dador de agua...

En la antigua Tenochtitlán se estaba construyendo la iglesia, catedral, de San Francisco sobre la gran pirámide de los Aztecas.

También, ya se planeaba hacer lo mismo con otras imágenes en toda la región de los altos y Zacatecas. Santos y Vírgenes empezaban a ser parte de los nombres de los pueblos; San Juan, Magdalena, Jesús María, San Antonio, San Cristóbal de la Barranca, San Marcos, San Julián, San Martín, Santa María de los Angeles , San Goloteo y tantos otros más formaban el santoculérum de los españoles. A los sitios pequeños y sin importancia se les permitía conservar su nombre original, siempre y cuando llevara el de un santo como complemento; así es que el sitio que pasamos unos años antes con el nombre de Tecpatlan, ahora era San Francisco Tepatlitán.

La evangelización iba en gran fuerza e éste sitio. Los frailes, para asegurar la continuidad de sus seguidores, no sólo bautizaban y convertían indios. A sus indias las bautizaban, en forma más directa y espermática, y les permitían por nueve meses-, tener pizca de su santidad en ellas.

Los frailes, curas, sacerdotes y otros representantes de los dioses españoles formaban, en su mayoría, una prole sádica con hambre de sangre y sufrimiento. En su mayoría, eran gente dispuesta a las órdenes y caprichos de los conquistadores, que no eran, a su vez, adeptos seguidores de sus dioses en sus preceptos y mandatos. Los frailes, al igual que los conquistadores, veían al indio como un animal semi pensante con menos capacidad que una bestia de carga. Su razonamiento, el del indio ante la religión, no era considerado el de un ser humano a la altura del hombre blanco.

El hombre indio era para ser usado en labores propias y dignas del servicio de Dios...la mujer como instrumento de descarga para un soldado sin compañía carnal en mucho tiempo. Y el fraile y los servidores de una iglesia presentada ante el indio, vivían fuera de sus dogmas al ritmo de un nuevo mundo que se presentaba, virgen y dispuesto, a ser tomado por el que tuviera la fuerza de hacerlo.

Pero, ¿Qué había hecho, y logrado, que la religión, los santos y los frailes fueran aceptados de tal manera?

Tal vez no era tanto el fraile- decía Pedro

“...El significado de Cristo y la iglesia para el indio, el sincretismo que se logra entre el encuentro de dos mundos, tal como se desprende de su pensar hacia la cristiandad y de sus mismos ídolos y dioses frente al cristianismo europeo, encuentra su primera expresión significativa cuando se ve un pobre indio acorralado por unas horrorosas bestias, entre ellas, claro está el “padre de la doctrina”.

Lo que importa es, no sólo la presencia de los dos seres en un mismo lugar, con un fin en común, sino también que el fraile reza por el pobre que está a punto de ser devorado por la bestia. El indio se identifica con Cristo, mientras que el sacerdote, representante de la iglesia, del cristianismo institucionalizado, está del otro lado. El indio se encuentra entre los “animales que no temen a Dios”, como también se dice de él.

El significado de Cristo como hombre torturado por los hombres, imagen que porta y comparte un mensaje de esperanza y resurrección, y los curas, aparecen generalmente como agentes aliados, y porqué no; diabólicos, del poder y de la represión.

Cura y poder al lado, y al centro; el indio siendo crucificado. Este Dios, que al salir de España, sería el verdadero Dios cristiano, se opone al Dios de la Iglesia y hoy, en tierras lejanas, será más bien el ídolo de los blancos, de los conquistadores, de los que están ahora en el poder.”El Dios de los señores no es igual al del pueblo”- y no aquella unión de pueblo dios y pueblo, que por gavillas de años habían sido los fundamentos de una raza.

“Lo puro maravilloso”, de símbolos y mitos indígenas y de creencias mágicas; entonces volvió a ser posible- al dar entrada a elementos de espiritualidad cristiana a las creencias míticas de los indios- atreviéndose los frailes a captar el fenómeno religioso desde dentro, penetrando en la subjetividad de figuras populares de toda índole como los dioses del maíz, de la lluvia, del sol, de la luna y de las vírgenes que tanto se adoraban en todo territorio indio, y así; cambiando los nombres y los sitios por aquellos con nombres de santos cristianos, el indio sintió que no perdía su identidad, sino que aceptaba al nuevo remplazo como una deidad superior... pero igual: El maíz seguiría creciendo, el sol seguiría saliendo y los sacrificios serían iguales. Los santos de los españoles habían sido humanos, el mismo Cristo había sido humano y había nacido como el gran Dios *Quetzalcóatl* ... de una virgen... todo al precio de la crucifixión.

La crucifixión -la del indio- se interpreta en el sentido de que Dios- no Cristo-, es el dueño del madero...y todos tenemos que tomar en algún momento turno para acostarnos en él, y hoy, en lugar de puntas de maguey, serán clavos de metal penetrando el cuerpo-. La piedra de los sacrificios ya no es fría ni de losa, ahora es de madera, pero del pecho igual sale un corazón sangrante al sacrificio final, y el indio, acostumbrado a ver los pechos sangrantes, se emociona ante aquel dios que - a sí mismo- se entregara para dejar que su costado fuera abierto por las manos de otro ser. La muerte perfecta. El suicidio más justificable que ha existido en toda la historia de la humanidad, y que nunca podrá ser superado.

Nada mágico nada nuevo, nada cambiante para el indio...sangre, sacrificio, muerte y vida en le más allá...y un Cristo de Dios que vino al mundo, queridos hermanos, para enseñarnos a soportar ls penas de la vida y para decirnos que allá en el cielo, recibiremos la recompensa de su amor. Y por miles de años, la promesa se ha seguido vendiendo en copas de dolor y en esclavitud de almas.

Por eso, con una gran fe en Dios y en su madre santísima debemos aceptar las desgracias y tolerar nuestros sufrimientos confiados siempre, sin voluntad, sólo respetando al que con vestidos largos y oscuros nos dice que hay que un dios en espera. Y las pestes y la cocolixtle, son el castigo por no aceptar el sufrimiento del nuevo yugo.

Cristo como un símbolo inagotable: “primero del sufrimiento, luego también de la esperanza...”

Pero Pedro, por su parte, creía, como su amigo el fraile; que la integración de las razas era parte de la unión con los indios, de las indias sobre todo, y entre los dos, en pocas semanas dejaron claro su

propósito.

Y la inseminación de las razas empezó su largo peregrinaje.

Tecpalan era un sitio árido donde habitaban, aún en gran mayoría los náhoas. La tierra de la región tenía un color rojizo que hacía que se viera a la distancia como si el suelo estuviera sangrado. Aún quedaban rastros de los Otomíes que habían gobernado la región años antes, pero el conquistador estaba a poco tiempo de ser conquistado, y los españoles se veían en todas partes.

Una leyenda estaba a punto de terminar:

se decía que cuando los Aztecas emigraron de Chicomostoc o las “Siete Cuevas”, con su capitán, el gran y temido Caballero Águila Xolotl, rindieron por las armas a todas las tribus que habitaban la región, desde los llanos de Tlaltenango, hasta el Teúl Teocaltiche. En su camino, habían derrotado en forma rápida a los cuachichiles, zacatecos y tochos, pero le huyeron a los tecuexes, ya que los consideraban tan bravos que no creían valían la pena arriesgar una batalla. Por otro lado, eran tan pobres (chichimecas, y pobres) que tenían tan poco que quitarles, así que, prefirieron llegar hasta Michoacán, donde sin pelear hicieron alianza con los tarascos y se quedaron en Tzintzuntzan.

No habían pasado dos días cuando el cacique Malpilli, “los cinco dedos de la mano” se presentó ante nosotros con algunos de sus guerreros. Se podía ver en los ojos de todos ellos el porqué eran tan temidos por los españoles, sin embargo, se podía también ver que no les importaba que estuvieran presentes los que se habían quedado. Estaba claro, que mientras los españoles no dieran problemas, serían bienvenidos a quedarse en la región.

Malpilli ya había tenido contacto con los españoles, según nos los había dejado saber el fraile, y le había dicho a Chirinos que mientras no buscaran problemas no tendrían ninguno por parte de ellos. Naturalmente que todos sabían que eventualmente tendrían confrontaciones, ya que no era posible el pensar, que los españoles no reaccionaran como lo habían hecho en la gran Tenochtitlán y aún en los altos de Jalisco las noticias de la capital llegaban, quizás antes que los mismos capitalinos las supieran.

La realidad de éstas palabras no se hizo esperar.

Habíamos ya empezado a tener aceptación por las carnitas de nuestro nuevo puesto, y la forma en que Pedro las servía. Los tacos se comían bien y las gentes de alrededor ya venían a buscarlas. El fraile pasaba largas horas platicando con Pedro de todas las maravillas de España y de sus grandes logros, lo cual causaba a Pedro mucha gracia porqué él sabía cuales eran verdad, y cuales producto de la fantasía del fraile, y su necesidad de elevar sus dones dados (que no eran ningunos) en la sede de México.

De igual manera, Pedro ya había juntado sus 11 indios para organizar sus partidos de pelota, y el fraile era su mejor consejero. Tal vez, si nos hubiéramos quedado más tiempo, el fraile hubiera organizado su grupo para jugar contra el nuestro...perro el tiempo no daba para las patadas, los juegos iban más allá de eso.

Un día poco antes de que el fraile empezara la oración del mediodía, llegaron unos españoles al mando de Chirinos. Eran 30 de a caballo y 50 de a pie, lo sé exactamente porque todos comieron de las carnitas que había en los cazos de barro.

Ya estando sentados, Chirinos mandó a buscar a Malpilli.

La plática empeoró en forma amable y con el fraile como traductor, Chirinos le hizo saber directamente que traía más indios listos para el ataque, y al momento que él así lo indicara se lanzaría sin la menor vacilación.

Malpilli, levantando lentamente sus terrosos ojos negros con destellos rojizos de tierra, miró a Chirinos con lástima de indio que está a punto de dar un consejo, y sacando una sonrisa de su cara murénida y bronceada dijo, primero en tono suave, y luego, levantando la voz para que el fraile pudiera escuchar e interpretar; *”dígame, al señor éste, que de mi parte le diga al Rey de España ,que aclaro, es de España: que ordene a sus españoles que se vayan a gobernar en sus ranchos y en sus haciendas, que en Tecpatlan mando yo”*.

Chirinos se quedó calmado...hasta escuchar la última frase, digno, con toda clama, y la paciencia que solo un conquistador puede tener ante el peligro de unas palabras mal dichas o mal escuchadas. No había logrado llegar hasta éste nuevo mundo por ser un amedrentado; no, ante un indio; no, ante un superior; no ante un rey...y *mucho menos*, ante su propio sentir y temperamento. Con calma se levantó y dijo con la voz firme: *”correrá sangre, y mucha más qué la que vuestros dioses han visto en un solo día, o en toda su existencia...no estoy aquí para negociar, ni para dar consejo...lo que ha de ser, será tomado, y eso está dicho ya”*.

Chirinos, Oñate, Alvarado, Olí, Cortés...todos ellos, y los otros conquistadores, revivían un linaje de guerreros que habían heredado sus blasones de sus padres y de sus abuelos, y ellos, a su vez, de sus antepasados.

Por 70 décadas, habían sufrido el embate de los Moros, y con el tiempo, poco a poco estaban recuperando su tierra en pequeños reinados. Pero el trono, el poder absoluto, apenas se estaba logrando con la rendición de Granada.

Tan sólo habían pasado unos cuantos años desde que descubrieran, por error, las supuestas tierras Indias...Los reyes Católicos estaban en desespero de encontrar el pasaje que los llevara a la salvación de su recién conquistada tierra. Derrota tras derrota había hecho que a la larga, en un momento de suerte divina, lograran conquistar el eslabón de su libertad sobre los Moros. Y ahora, las costas de las Indias eran el objetivo estratégico para el Rey en turno. Pero los piratas no descansan y el camino estaba plagado de infortunio. La puerta de entrada, Constantinopla, seguía siendo el embudo que los frenaba de todo intento. Los españoles estaban logrando su independencia. Una Reina Católica, un Rey Católico y un país recién liberado. El matrimonio entre *Isabel de Castilla y Fernando de Aragón* en años anteriores, había unido en un solo fundamento de ideología y de sentido religioso. Años de opresión e habían liberado y ahora los dominados dominaban sin saber lo que implicaba el dominio de una tierra oprimida. El que ha sido dominado por años, que ha nacido en el avasallamiento y que ha vivido en él, no puede recibir la libertad de su yugo en forma voluntaria ni se le puede entregar sin la pelea de la conquista. La obscuridad de la noche es aceptable porque el hombre sabe que el día está por llegar. La llovizna y la lluvia controlada, es un río de manutención para un pueblo hambriento...pero cuando el cielo cae en tromba, aprende a cubrir su techo y reforzar su casa.

Los dominados, los temerosos, se unieron a los obispos, creándose un círculo de influencia católica en la que estaban invitados, en y por forma obligada, todos los que quisieran convertirse a su doctrina de salvación. Y a los que no, la limpieza del fuego hacía más purificante su vida de pecado ante los ojos de los nuevos conquistadores. España era un país nuevo con una antigüedad de miles de años. Los ajustes indicados para una cambio de poder de tantos años estaban en proceso de acoplamiento, y el descubrimiento de un nuevo mundo, lleno de oro, para beneficio de la corona tenía dos opciones; dejar que sirviera de paso, como una piedra en el camino, o sacar de este nuevo pedazo de tierra los beneficios que pudieran ayudar a la consolidación de una corona, que más que descubrimientos, buscaba a toda costa establecer lazos familiares con las demás casas europeas...la unión de la sangre como medio de dominio.

No esperaban, los españoles, llegar al poder. Estaban acostumbrados a seguir siendo la parte luchadora ante un sistema establecido. Pero los dioses castigan dándole sus ruegos a los que piden, ahora, tenían

el poder sin saber como utilizarlo. Las reglas del dominio habían sido creadas para el uso excesivo de sus creadores y , los nuevos ocupantes del trono, no podían acoplarlas a sus planes de vida... dos religiones distintas, dos ideologías de reyes; unos moriscos, otros católicos, unos huyendo y otros llegando, se encontraron en el camino y no supieron distinguirse y siguieron de largo cada cual por su sendero. Y como complemento, los nuevos, los novatos, habían recibido la bendición de los dioses en forma de una tierra virgen y con el oro que requerían para su conquista europea. Allá, en su tierra, habían ideado formas de limpieza sagrada, inquisitiva, tolerante ante los ojos de los que se oponían a sus mandatos religiosos, todo en una perfecta armonía de sadismo que se integraba en forma sistemática y balanceada entre el clero religioso y la nueva entidad de reyes. Gobierno y religión unidos en común acuerdo para la eliminación de un ser que tuvo el poder en años anteriores. Dos religiones distintas y opuestas en un país recién conquistado...musulmanes y judíos sufrían el exterminio de sus nuevos conquistadores. Y el oro de una nueva tierra era la solución a un país pobre y devastado por las guerras y las plagas...su cocolixtle, y con un reinado nuevo ante una Europa que lo esperaba ansiosa... y unos indios chichimecas, adoradores de ídolos sedientos de sangre, no se iban a interponer a esos planes...

Malpilli se levantó sin decir nada, pero con la mirada de un viejo que sabe que su fin está cerca, y con el garbo de un Chichimeca. Me pidió que le diera su cuenta diciendo; “*lo de éste señor -señalando al fraile- lo pago yo. Lo de los otros, no creo que se lo vayan a pagar. Mejor guarde sus trastos... que se van a poner las cosas del color de la tierra que tenemos aquí*”.

Y se alejó presintiendo el final de aquella inteligencia...

Y así fue: Al estilo de Guzmán, Chirinos y los suyos se marcharon sin pagar.

*No acabarán mis flores,
no cesarán mis cantos,
yo canto los elevos.
Se difunden, se esparcen
los recuerdos, el pasado...
y aunque parezca que amarillean
vivirán en el interior de la casa
del Ave de plumas preciosas ...
Y las aves tristes,
acabadas en sus plumajes
volarán viajeras sobre las flores del campo
y verán bajo su vuelo
el llanto de sus hijos...
Pero nunca
cesarán los cantos.*

VI

El Mixtón

Las cosas empezaron a ponerse “rojas”, tal y como lo había predicho Malpilli.

El destino de aquella región había quedado sellado en una sola plática. Los puntos estaban “sobre la mesa” y las negociaciones habían sido de tal manera que no había nada por negociar. La eliminación de una raza estaba planeada previsoramente. Los españoles sabían perfectamente que los resultados eran inminentes ante las decisiones, y resoluciones de Malpilli. Y naturalmente, Malpilli lo había visto así. No quedaba más que esperar que los efectos fueran benévolos a los que quedarían al final de aquella contienda, si quedaban algunos para continuarlos. Ahora Malpilli, simplemente tenía la opción de cualquier líder que ama a su pueblo y no su orgullo de guerrero. O enfrentaba a los españoles en su terreno, se retiraba a los llanos lejanos y regresaba, en algún tiempo, a ocupar las sobras de aquella conquista. De cualquier manera, era una batalla sin vencedores para la tribu de indios, sin importar su coraje ni bravura...

No tardó mucho el fraile en reunir sus cosas, que no eran más que las que traía puestas, y a juntar lo poco que pudo de oro de los indios. Los tres días que pasó reuniendo las “aportaciones a la Santa Iglesia” también los pasó comiendo y bebiendo mezcal con Pedro, y asegurándose que se quedara el recuerdo de sus días en el lugar. Pedro comentaba que le gustaría haber visto las caras de los indios cuando les nacieran los hijos blancos del indio otomí, y los prietos; del blanco, que en confidencia le había dicho que pese a su piel blanca, era más Árabe que Español.

La crueldad de los españoles y sus encomiendas, que según Pedro-, era lo mismo que habían hecho con los Moros en España para asegurarse mano de obra barata y constante; había llegado a los límites de cualquier pueblo. Más aún, a una raza de indios que no sabía ser esclava, ni por opción, ni por derecho de haber defendido la libertad de la que disponían.

Naturalmente que la mano de obra en la Nueva Galicia, era “muy” barata, ya que como mis tacos “no se pagaba”.

Pedro sentía un gran cariño y respeto por los indios, y se dolía al ver que las cosas estaban de esa manera. Mas que nada, sabía que la guerra estallaría de un momento a otro y que los indios serían los que terminarían perdiendo sus tierras y sus vidas, que al final era preferible la muerte, ya que por generaciones terminarían siendo esclavos de los españoles. Lo que molestaba a Pedro, era que los españoles habían empezado a traer esclavos negros, los había visto entre los soldados de Chirinos cuando se reunieron él y Malpilli en el puesto, y eso indicaba que en realidad no les interesaba mucho la mano de obra india. Más probable, era que pretendían el exterminio total de los indios y de esa manera poblar y dominar sus esclavos con gente ya dominada.

Pedro empezó a practicar diariamente con su arco y me enseñó algunos trucos. Nunca antes los había visto practicar con tanto esmero y temía preguntarle algo a lo que sabía yo cual era la respuesta. Yo por mi parte, sabía que tarde o temprano tendría que enfrentar alguna batalla en éste mundo... no se puede andar por el mundo esperando a que la gloria nos llegue, hay que salir a buscarla, como la suerte. La entrada al Mictlán, estaba sembrada de oportunidades, y el mictlán es un lugar lleno de vencedores; los cobardes y temerosos se quedan al otro lado del río. Los tibios de coraje, ni siquiera llegan a las orillas de ese caudal.

Todos tenemos un perro sagrado, predestinado, por así decirlo; que nos guía al otro lado, a nuestra Mictlán. Pero ese perro guía no está esperando pacientemente a la orilla del río... si buscamos a nuestro alrededor, con mucha atención; nos daremos cuenta que siempre nos acompaña...fiel, a nuestro lado, avisándonos del peligro, buscando complacernos... siempre apegado al destino que está marcado en cada ser que se presenta a su paso ante el caminar del tiempo...

La gloria hay que buscarla; primero dentro de uno mismo, después, en los ojos de cada ser que nos mira frente a frente y se entrega por derecho, porque así corresponde a cada uno. Su complemento y su otro yo que acompaña al que quiere llegar al otro lado de su destino es el perro fiel, que en el mundo de los españoles se llamaba alma y en el del indio, simplemente su ser.

Era tiempo de marcharse; la gloria estaba esperando.

Cuando llegamos a Guadalajara, la tensión era mayor. La villa parecía haber crecido en tan sólo unos cuantos meses. Los españoles, con su mano de obra barata, habían empezado la construcción de iglesias, casas, cárcel y horca.

Alvarado se encontraba allí.

El gran héroe del templo mayor, había venido a Jalisco desde Guatemala por órdenes del Virrey Don Antonio de Mendoza. Más venía con la intención de embarcarse a la China desde el puerto de la Purificación. Y haciendo mofa de que él podía aplacar a los “gatillos” chichimecas, como si fuera un pequeño asunto que trataría en unas horas y se pondría en marcha sin haberse empolvado el traje, se preparaba con sus soldados a su última batalla.

El mismo Virrey estaba por llegar a Guadalajara y según se decía venía acompañado de sus mejores capitanes.

A los pocos días llegó el Virrey con sus capitanes, y con él; 300 jinetes y 300 infantes españoles, 8 piezas de artillería y más de 20,000 indios huejotzingas, tlaxcaltecas y chalcas.

Por otra parte, se habían reunido todos los jefes de las tribus de indios y habían nombrado como jefe supremo a Tenamaztli, quien con su influencia había logrado unir a Tecuexes, Guamares, Cuahichiles, Cocas, Cazcanes y Copuces y algunos zacatecos y Tarascos.

Ambos lados estaban conscientes de aquella batalla. Cada cual le pedía a sus dioses la victoria final, y cada soldado y guerrero indio, buscaba salir airoso y triunfante al final del día.

Al mando de Tenamaztli, los indios tuvieron varios triunfos sobre los españoles, al punto que, lograron amenazar muy seriamente las conquistas de los conquistadores, y muy particularmente poner en serio peligro la villa de Guadalajara.

La situación parecía cambiar para los chichimecas, y por su conducto, para los mexicanos en general.

Un día, durante un eclipse de sol, los de Tenamaztli dieron un fuerte golpe contra las huestes de Ibarra.

La tensión en el pequeño, y ya agotado, mercado se podía ver y sentir. Las mercancías se escaseaban y los puestos se hacían menos. Nunca antes, en toda la historia del pueblo mexicano, se había visto tanta hambre y falta de víveres para satisfacerla. Si en algún momento los orgullosos antepasados se habían alimentado del zoquete de las lagunas, hoy, las lagunas parecían haberse aliado a los dioses blancos, y poco a poco se alejaban de la orilla secándose, como queriendo escapar del destino que se acercaba en forma profética augurando el final de un pueblo. Aquella mujer india, robusta, con el fruto de su ser en el vientre, hoy se veía desesperada y con la cara reflejando preocupación viendo, sentir ya no podía, que sus pechos estaban secos y que seguirían igual cuando el fruto madurara. El indio chichimeca estaba acostumbrado al sufrimiento y a pelear por su sustento, pero también sembraba y comía lo poco que la tierra le daba... quizás porque no sabía obtener más, pero al final su cosecha le brindaba los frutos para seguir adelante. Las guerras no dan, al que cosecha, tiempo de esperar el fruto de su trabajo, las manos se iban acabando y los jóvenes veían a sus viejos morir de hambre por el sacrificio de alimentas a sus vástagos. Las manos de los jóvenes buscaban desesperadamente donde poner sus palmas para llevar algo a sus viejos. Los viejos se conformaban con el rezago de lo que quedaba en el piso, tirado ya no por los españoles, sino por sus animales que comían mejor que ellos. Los niños se veían robustos por la falta de comida, gordos llenos de aire y de yerbas que comían sin saber que eran, o no, digeridas por el cuerpo. La religión española, el odio, el hambre y la desesperación era ahora el

destino de un pueblo acabado y terminal.

Mientras tanto, para alentar a los españoles. El rey Carlos le había dado a Guadalajara un escudo de armas y título de Ciudad. También los españoles recibían espejos a cambio de sus sueños. Poco a poco, el terreno se iba preparando y los alfiles del juego empezaban a ser pensados para colocarlos en los lugares preciosos.

La guerra entre los españoles y chichimecas se embarazaba lentamente y se empezaba a gestar el último de sus paros.

Las familias españolas empezaban a retirarse a México, y los que llegaban vivos, buscaban pasaje a España.

El Virrey al ver esto, mandó a pedir más soldados, y nosotros continuábamos en espera de una victoria final. Todo parecía darles la victoria a los indios, pero Pedro sabía que entre más triunfos tuvieran, más indios morirían al final.

Los españoles no sabían perder, y si así lo requería, traerían más y más soldados, y más indios que los apoyaran. U de ser necesario, España apoyaría con más y más soldados.

Algo que no podía entender Pedro, era el porque los indios seguían apoyando a los españoles en contra de su misma gente.

Un día, mientras buscábamos algo de lo que sobraba en el mercado, vimos como todo un ejército , nunca antes visto ni por el mismo Pedro, salía por la calle principal.

Cuando preguntamos a donde iban, nos contestaron; “*a Yahualica al peñón del Mixtón*”.

Pedro me tomó de la mano y me dijo:”*Creo que ya llegó el momento de saber de que estamos hechos*”.regresamos a casa a recoger las flechas y salimos rumbo a Teocaltiche.

Sin llegar a Tepatitlán, continuamos el viaje hasta llegar a Yahualica y de frente hasta el peñón. Al norte del cerro del Indio, bautizado así por los españoles, sobre la sierra de los Morones, el cerro se veía inaccesible, con sólo una entrada... y por lo mismo, una sola forma de salir...Alvarado estaría feliz, otro sitio, otro Templo Mayor, otra victoria segura... otros indios a su merced.

Estaban todos los indios que podían haberse reunido en un solo lugar al mismo tiempo. Los chichimecas estaban listos para la batalla. Estaban en sus terrenos y se sentían invencibles.

¿Qué acaso, los Aztecas y Tarascos habían temido de ellos?.

Los maquáhuitls se levantaban airosos, hambrientos de sangre y sus hojas negras de obsidiana, acuñadas dentro de la madera, llevaban la magia de los dioses. Habían sido pegadas con un líquido encantado hecho hule y *copali*, todo listo, mezclado con la sangre donada de los mismos sacerdotes del dios de la guerra...los dioses eran los mismos en todo México, sólo que ahora estaban del lado de los dioses blancos, en plena señal que se alejaban de sus antiguos seguidores después de su milenaria presencia ante un indio que ya no tenía cabida en un mundo nuevo.

Nuevamente *Hitzilopochtli*, gobernaría ese día, a él los guerreros llevarían vivos a los que serían sacrificados...no pide muertos porque la sangre humana, liquido precioso, se ha de ofrecer justamente en el lugar sagrado y destinado a su culto. El dios de la abundancia y fertilidad, aún recuerda como logró salir del vientre materno...empuñando la serpiente de rayos de sol, y decapitó a su hermana y a sus cuatrocientos hermanos, luna y estrellas del firmamento, que no querían que naciera.

Este grupo de indios, no iba a morir...¡iba a nacer!

El botín de lo hombres emplumados en la caída de Tenochtitlán, había sido el oro de blasones, máscaras e insignias...oro arrancado de los labios y de orejas, lunetas, dijes, ídolos, y hasta vestimentas de niños. Aquí no había oro por cual pelear. El indio Chichimeca tenía sólo sangre roja, como el color de su piel, y no lo iba a entregar tan fácilmente.

Los arqueros estaban listos para lanzar sus flechas, famosas por su certeza , y sólo lamentaban que no habían traído más, pero no importaba, las guerras de los Chichimecas no duraban tanto: por lo regular en un día terminaban su labor y regresaban a casa a enterrar a sus muertos, y celebrar la victoria.

La celebración sería en corto tiempo, no sino ser de otra manera ante sus ojos.

Yo nunca había estado en un campo de batalla, y nunca antes, había visto a tanto Chichimeca, Otomí, Tarasco y Huichol; todos los Caxcanes juntos. Se veían imponentes y listos para vencer al mismo dios de la guerra.

Pedro no lo veía así:

“Esto va a ser una verdadera masacre y sólo espero que lleguen más refuerzos, porque no importa de que lado esté dios, hoy no está presente. Sólo los diablos han salido a divertirse...esto será un infierno”-,dijo mientras se unía al grupo.

Estaban todos listos y ocultos para el ataque cuando de repente hasta el mismo cielo se quedo taciturno.

Muchos de los guerreros indios nunca habían visto a un español, mucho menos sus caballos. A la vista de aquellos extraños animales, y de aquellos más extraños hombres que hacían las veces de jinete, los indios sintieron el temor que da la sensación de saber que no hay forma de ganar una batalla, pero el miedo es mentiroso y aconseja lo contrario. Cuando se siente miedo, y con él; esa sensación que corre por la espalda como un frío que sube y se regresa al cerebro, sólo hay dos opciones; corremos o peleamos, aquí sólo había una; pelear.

La segunda no era opción...

...la muerte nunca ha sido escogimiento.

Ni para el que la da, ni para el que la recibe.

Alvarado,”el Sol” sobre su yegua color pardilla y de mechón blanco, a la cabeza de cuatro líneas de jinetes cada una, a su lado los capitanes del Virrey.

La vista de aquellos hombres sobre sus bestias, de cabellos de colores; rubios, pelirrojos, de piel clara y ojos azules, montados sobre esos animales que resplandecían como la luz en sus trajes de metal, llenaba las almas de los indios como un rito sagrado...mágico; en el cual ellos serían los principales partícipes de toda una ofrenda ante el dios de la guerra. Cada cual con su propia deidad. El apóstol Santiago y *Hitzilopochtli* se unieron en comunión de sangre... los dos ya habían bebido de sus dioses líquidos rojizo; uno en los altares del pueblo al que servía de padre. El otro, un patrono de un pueblo que buscaba su propia salvación.

Aquella era una verdadera guerra florida, en la cual no había más que una sola clase de vencedores y vencidos.

Nadie dudaba que sería muerto en combate, pero le alentaba la esperanza de ser él, quien pudiera, antes de morir, llevar consigo como ofrenda al cruce del río de los muertos, el alma de unos jinetes blancos.

Las filas de soldados de a pie eran igualmente sorprendentes con sus armaduras y cascos de acero, seguían una perfecta formación, y tras ellos, esos animales de fuego que llamaban cañones, y una retaguardia de indios que por un momento parecía que la tierra se movía por la enorme cantidad de hombres y animales. Una verdadera sábana humana flotando entre el llano y los árboles. Todo aquello era un conjunto de perfecta armonía, sólo que los indios de atrás eran los tlaxcaltecas y aliados de Alvarado.

Nuevamente, se enfrentaba sangre contra sangre.

El asombro era igual para los españoles, sabían de la ferocidad de los chichimecas y sólo podían ver a

unos cuantos...no era posible que lograran ganar aquella batalla con tan pocos hombres.

Eso, sí causaba su temor.

El guante blanco de Alvarado dio inicio a la masacre:

*Y de las manos de tu hermano morirás,
su sangre será la vuestra
y tus hijos la llevarán
y los hijos de tus hijos
y los de ellos también
de la sangre de su hermano ...
morirán*

Miles de años antes; los dioses se habían reunido en Teotihuacan “*El Lugar En Donde Los Dioses, Se Reunieron*”, y habían decidido formar una nueva humanidad. Una compuesta de hombres sabios, cultos y valientes.

*...una vez , allá cuando no había tiempo,
y nada había más que la noche,
se reunieron en tiempos ya pasados
todos los que dioses eran;
grandes y poderosos,
los del sol, los del viento,
los de la tierra, los del agua.
Todos poderosos,
para crear el amanecer del día;
y de la noche sus estrellas,
acá...en Teotihuacan.
Acá se reunieron...*

¡Hoy!; los dioses se habían reunido en Yahualica...una vez más; sólo que para acabar con su creación y su mundo.

Detrás de cada piedra, de cada tronco y de cada espacio onde ocultarse, había un indígena que no pedía, ni daba cuartel. Y cuando parecía el brazo se le cansaba de lanzar sus flechas, hasta con la boca jalaba la cuerda del arco. Cuando se le terminaban las flechas, arrojaba piedras y hasta tierra. Y cuando se terminaba todo lo que aventar, lanzaba insultos, y detrás de ellos su cuerpo. Parecía más que indio, su apodo de Chichimeca (perro) rabioso que atacaba sin piedad y con la furia de un gran guerrero mexicano.

Las obsidianas llenaban el cielo de sus colores negros y sus resplandecientes fulgores. La obsidiana de los *maquáhuitls* es tan afilada que puede cortar sutilmente una hoja de pasto y un cabello sin dejar huella en su paso. Pero contra un cuerpo de acero, es quebradiza y salta en pedazos; al igual que los huesos de los guerreros que recibían los impactos de las varas de fuego de los españoles.

Hubo combates cuerpo a cuerpo, golpes y acuchillamientos.

¡Nada en su corazón tenían los chichimecas! No con espadas, no con escudos, no con caballos ni con cañones...como hombres que eran y como perros que sentían, pelearon hasta el último respiro. No más con perfidia fueron muertos, no más como ciegos murieron, no más sin saber que en esa muerte les estaba la vida misma.

Y sus hermanos de sangre, con flechas los mataban.

Por su parte, las mujeres que esperaban su viudez, su des-maternidad, y su orfandad, allá en los altos del peñón, no podían estar más llenas de espanto y de dolor.

Sus hombres caían y sus hijos morían, sus padres también. La tierra temblaba al rugido de cada cañonazo...todo era una admiración y un estruendo de almas y muerte. Había perros que devoraban a los indios. Con sus narices en alto encontraban al más oculto y lo destrozaban en miles de esquirlas. Las lanzas, los astiles, que a murciélagos semejaban, iban resplandeciendo con sus banderas amarillas y rojas, mientras los *pantli* de los chichimecas ondeaban...volando al viento con las plumas de las que estaban hechos.

Las cotas de malla, las bolas de acero, las espadas... todo reflejaba espanto; era una espantosa guerra, era una masacre.

Hitzilopochtli preparaba su festín.

Y la batalla, no duró un día...ni dos...

Del tercer día en adelante, no se trataba de otra cosa que matar indios y de seguir matando. Lo cual era un pasatiempo para los tlaxcaltecas que veían en sus enemigos todos los años de represión Aztecas. ¿No eran acaso esos chichimecas sus orígenes?.

La batalla continuó por seis días más y murieron cinco de cada seis indios, incluyendo las mujeres y los niños que peleaban al lado de ellos; sus hombres, sus hijos y sus padres.

Pedro, peleaba con Otomí y su cabeza roja era el blanco perfecto para los arcabuces españoles, pero su valentía lo protegía cual Caballero Aguila que busca la gloria del *téchatl*...

...A los guerreros que luchan a morir, los viejos decían, que el Sol -irónicamente todos peleaban contra Alvarado, al que llamaban "el Sol"-, los llama para sí, y para que vivan con él en el cielo, para que lo regocijen y canten en su presencia y le hagan placer; estos están en continuos placeres con el Sol, viven en continuos deleites, gustan y chupan el olor y zumo de todas las flores sabrosas y olorosas, jamás sienten tristezas, ni dolor, ni disgusto, porque viven en la casa del Sol, donde hay riquezas y deleites; y éstos, que de ésta manera mueren en las guerras, son los muy honrados acá en el mundo, y ésta manera de muerte es deseada de muchos, y muchos tienen envidia a los que así mueren, y por esto todos desean esta muerte, porque los que así mueren son muy alabados.

Pedro estaba destinado a llegar a éste cielo con todos los honores de un guerrero Chichimeca. Sí hay un cielo para los que luchan en contra de los suyos por defender los derechos de los hombres, merecen ser alabados doblemente y tratados con más respeto que los mismos que, por obligación defienden y por remordimiento atacan.

Los españoles sacaron fuerza de la desventaja de los indios que habían empezado con miles y ahora se contaban con los dedos de la mano. Después se decía que habían muerto 20,000...pero la verdad es que había una nación en sacrificio.

Nunca antes dioses esperaron recibir tanto honor.

Pedro había agotado todas sus flechas, y a golpes atacaban a los españoles. Asestando el último golpe de muerte a cada español le decía; "*por Santiago*", que era el grito de guerra de los españoles, pero yo sabía que más que por su santo protector; lo hacía por mí, y en nombre descargaba la ira de todos los mexicanos que habían muerto en manos de ellos, desde el Templo Mayor, hasta éste peñón, que por

siempre sería recordado.

Era tal fuerza que no le importaba atacar a los de a caballo, haciéndoles caer de sus venados mortales como si fueran muñecos o, a los de a pie, golpeando con sus manos las cabezas de hierro que caían al golpe de sus puños.

Un gigante en plena acción de arrojo y muerte. Un ser que lucha por un ideal en su mayor momento... sin importar si fuese el último. Sólo la fuerza que da el coraje de saber que está siendo racional puede en ese instante se parte del ser humano, y salir resplandeciente sin temores, sin miedos, sin escamoteo, y sin recato alguno, ante el remordimiento de una muerte implantada por el golpe de un coraje.

Alcanzó a uno que cayó a sus pies y le reconoció en el acto; “Pedro”, fueron las últimas palabras de Baltazar de Montoya.

El caballo perdió el equilibrio y fue a caer sobre Alvarado que estaba a punto de clavar su espada en la espalda de Pedro.

El gran *Tonatiuh*, el orgulloso y soberbio Alvarado, había sido vencido por un pobre, y adoptivo, “Gatillo Chichimeca”.

La batalla continuó por días.

Los indios retrocedían al ataque de flechas y arcabuces de los conquistadores, acercándose cada vez más al barranco. Al verse arrollados, los indios empezaron a arrojar a sus mujeres y a sus hijos al profundo precipicio, y enseguida se lanzaban ellos mismos, para demostrar muriendo qué; tenían derecho a vivir...y el último, cayó llevando con él su *pantli* como manto de sacrificio.

Así los indígenas de ésta región lucharon hasta total extinción, dejando el paso abierto para la nueva población que ocuparía los Altos de Jalisco.

Al rezago, los indios fueron vencidos...exterminados.

El *Techcatl* había recibido cada una de sus ofrendas en el peñón como *Cuauxicalli* lleno de corazones. El bautizo final había sido consumado. La última sangre de los descendientes de Aztlán había encontrado el pasaje al mundo del recuerdo y de la gloria. Su sangre daba la bienvenida a los que atrás formarían la mezcla de razas, la nueva sangre, del fin de la gavilla de años, había encontrado su altar. La Serpiente Emplumada, había regresado del mundo de los muertos y ahora les anunciaba la nueva vida, el nuevo fuego, el principio de la nueva raza... una tierra sin indios, sin color de bronce, sin indios rojos, ni pintados de guerra...todo un orden y perfecta armonía...todo a un precio fácil de pagar...la muerte del sol.

Hitzilopochtli y Santiago estaban complacidos, les habían ofrendado sangre de sacrificio, y prometen a los guerreros chichimecas mantas labradas, joyas y lujosos atavíos, al igual que vida plena de dádivas y placeres como premio a su sacrificio. Y los soldados españoles saben que irán al cielo a ver las caras de sus vírgenes, y compartirán con los otros apóstoles las bondades de su dios.

Sus bondades no tendrán límite, nada será que no tengan, nada les faltará a la mano, harán todas las cosas y cuantas cosas quieran, cualesquiera que sean sus codicias, sus lujurias, sus sueños...recibirán; por su sacrificio en sangre los dones completos...

...Y allá, en la región de los cinco lagos, la del cerro sin copa, un águila se paraba sobre un nopal para, luego de descansar, levantar el vuelo y devorar su caza del día. Y se le vio llevando una serpiente en su hocico...y un viejo Chichimeca, aún con los recuerdos de Aztlán, vio sobre el azul del cielo sus sueños realizados. Y al verla elevarse, pensó en aquel chichimeca de piel café cobriza.

Curiosamente, los más bravos entre los bravos, aquellos que nunca conquistó nadie, los de Tepatitlán,

no concurrieron a El Mixtón, porque, según ellos, habían quedado subyugados al final por el amor y la doctrina de los misioneros, que con grandes sermones y buenas acciones, habían “abierto” los ojos de los indios, e indias, de ese lugar.

Los únicos sobrevivientes al Cuarto Sol, habían abandonado a sus hermanos a su suerte.

¿Y yo?...sólo supe que había vivido en un mundo de sangre y que mis manos estaban tan manchadas como la de todos los que pudieron. No supe quienes murieron en ellas y quienes salieron ilesos por mi falta de fuerza, pero sí recuerdo que sabía que estaba allí, viendo a mis hermanos morir y a mis hermanos darles muerte.

Si atacué, fue como un perro Chichimeca orgulloso de mi pueblo. Lambí su heridas, y los guié a cada uno hasta el otro lado del río, a ese cielo, que inmenso tuvo que ser, para recibir tanto valiente en tan pocos días.

Los que quedamos regresamos a Guadalajara con nuestros fastos.

Muertos no había.

Pedro venía mal herido y con la muerte de la derrota metida en el corazón.

Alvarado murió de sus heridas.

Y la conquista continuó su infortunio para los conquistados.

Los españoles viendose fuertes, terminaron con todos los poblados cercanos dejando pueblos vacíos. La verdadera contienda había dado comienzo.

La batalla había sido presentada ante el campo de honor y los vencidos estaban en su cielo de gloria.

Los españoles ahora eran los amos absolutos de la región de Los Altos de Jalisco, y ya sin consideración, se tomaban lo que quedaba y lo convertían en sus pueblos y sitios.

Los vencidos eran tantos, que sólo quedaba una sola opción, y era la de la obediencia absoluta, y la muerta incondicional en consideración a una extensión ya planeada y escabechina.

Los muertos se contaban por miles, y no había quien los pusiera en un último descanso, ni de fuego, ni de tierra...

La peste empezó a tomar las vidas de aquellos que habían podido salvarse.

Cocolixlte había regresado.

Y murieron de una muerte blanca,

el castigo de los dioses...

en forma invisible de mostró.

De por dentro llegaba el dolor .

Y por fuera se mostraba el cuerpo...

Y la muerte blanca llegó

de la mano del hombre blanco...

La ruina de tenochcas y tlatelolcas...

Afánate, lucha ¡oh Tlacaltéccatl Temilotzin!:

Ya salen de sus naves los hombres de Castilla

y los de las chinampas.

¡Es cercado por la guerra el tenocha;

es cercad por la guerra el tlatelolca!

Ya viene a cerrar el paso

*el armero Coyohuehuetzin;
ya salió por el gran camino del Tepeyac el acolhua.
¡Es cercado por la guerra el tenochca;
es cercado por la guerra el tlattelolca!
Ya se ennegrece el fuego;
ardiendo revienta el tiro,
ya se ha difundido la niebla:
¡Han aprehendido a Cuauhtémoc!
¡Se extiende una braza de príncipes mexicanos!
¡Es cercado por la guerra el tenochca,
es cercado por la guerra el tlattelolca!*

VII

Santa María de Los Lagos

Pasaron meses que se convirtieron en años de pestes y epidemias. La conciencia de los vencidos estaba derrotada y sus pueblos acabados.

Ahora la *cocolixtle* había llegado, como último empujón a sus desgracias. El sufrimiento, que para muchos era como un castigo divino por haber atacado a esos ausentes dioses blancos, se cernía sobre sus cielos y sus últimas esperanzas.

Los dioses los habían traicionado. No eran los que antes cuidaban de su pueblo. No eran los que habían dado victorias sobre todos los enemigos hermanos. Los dioses se habían revelado en un diferente pensamiento, hoy no habían regresado a dar vida. Hoy los dioses blancos, los emplumados, los poderosos habían cobrado su deber de deidad y, de un tajo, habían tomado todo. Ya nadie podía andar, el pueblo completo estaba acostado y tendido en su petate. Nadie podía moverse, ni el cuello...el cuerpo estaba muerto de vida; no podían, los indios, acostarse cara abajo, ni sobre la espalda, ni moverse de un lado al otro. Y cuando uno se movía, el barrio entero se enteraba por los lamentos.

A muchos la muerte les llegó pegajosa, apelmazada y llena de granos. Las calles se veían desiertas y los pocos que en ella caminaban pasaban frente a los otros alejados y temerosos de ser ellos los que atraerían esa imprecación llamada *cocolixtle* y todos la llevaban en ellos.

Se veían diariamente y a cada momento, chozas pequeñas arder con todo sus enseres, y los olores de la carne que se quemaba llenaba el aire recordándome a la abuela. Y la veía flotar en el aire, entre el humo de los fuegos y subía al cielo en lamentos de llanto mudo y triste. Los hombres caminaban flacos y desnutridos, y las mujeres; se escondían de entre las sombras de sus ropas, entre las calles y sus chozas, para no mostrar su dignidad perdida colgando de sus pechos secos y sus caras marcadas con el rojo pontaje sobre sus mejillas. Los niños lloraban solos y desamparados, nadie sabía quien era el padre y quien el hijo, no había familia ni grupos de sangre que se distinguieran. Cada cual era un ser abandonado y perdido en su propio desespero y en espera de la muerte. Y la muerte, la popular y buscada salida de aquel que sufría, no llegaba ansiosa.

Muchos murieron de esa agonía y los que no del hambre. Nadie se preocupaba por nadie, porque nadie podía preocuparse más que de sí mismo. Algunos, los afortunados, se fueron pronto, otros, los más, sufrieron lento y se quedaron a ver llorar a sus muertos.

Y nuevamente la diosa *Cihuacóatl* vino al mundo y lloró por sus hijos.

Y se escuchaban sus lamentos y las gentes la veían pasar con su vestido blanco...

La hora avanzada de la noche , el silencio y la soledad de las calles y plazas , el traje, el aire, el pasado andar de aquella mujer misteriosa y, sobre todo, lo penetrante, agudo y prolongado de su gemido, que daba siempre cayendo en tierra de rodillas, formaba un conjunto que aterrizaba a cuantos la veían y oían, y no pocos de los conquistadores valerosos y esforzados, que habían sido espanto de la misma muerte, quedaban en presencia de aquella mujer, mudos, pálidos y fríos, como de mármol. Los más animosos apenas se atrevían a seguirla a larga distancia, aprovechando la claridad de la luna, sin lograr otra cosa que verla desaparecer...

Los españoles no sufrían...pocos, muy contados, fueron los que de ellos murieron.

Pero, la calamidad une a los pueblo y deja sus diferencias al lado por un momento. Muchos españoles ayudaban a los indios, sobretodo, los frailes que buscaban entre chozas a los que habían muerto y los enterraban en sus cementerios.

Pero todo pasa y todo se olvida, aunque quedan las cicatrices de un recuerdo...sólo que ésta vez, las cicatrices quedaron no sólo en el alma, sino en la cara; unos quedaron cacarizos, otros ciegos y cacarañados.

Por fin; la *cocolixlte* decidió marcharse.

Guadalajara era ya una ciudad española, y los indios sobrevivientes a la peste, sólo los sirvientes de los amos.

El mercado se empezó a normalizar, y los indios de otros pueblos empezaron con su consigna de seguir viviendo, aunque fuera al mando de sus nuevos soberanos.

Con la aniquilación de los Chichimecas, la conquista fue mucho más rápida.

“La fiebre de la plata”, desató que los españoles, y aventureros, se lanzaran a la región como enjambre de hombres con hambre de riqueza.

Zacatecas empezó a ser un nombre común; Guanajuato, Comaja, Veta Grande, San Bernabé, San Benito, Chamacuero y Apaseo, empezaron a poblarse de ganado y españoles.

Los indios empezaron a ser una comodidad más y se les juntaba en manadas para llevarlos a trabajar a las minas, con un sueldo, naturalmente, como lo ordenaba la corona española.

Pero para beneficio del indio y para ahorrarle la molestia de guardar su paga, el español se lo guardaba en bendiciones de fraile y con la esperanza de que muriera joven y sin familia a quien heredar.

Después de regresar a Guadalajara, Pedro se había encontrado muy enfermo. Las heridas le habían cicatrizado lentamente y había perdido la vista del ojo izquierdo. Una herida en la pierna le había cicatrizado mal y desde ese día se le notaba una cojera al caminar. Por dos meses estuvo al borde de la muerte. Entre delirios siempre llamaba a una Doña Isabel. Tal vez fuera la virgen a la que él rezaba todas esas oraciones tan repetidas cuando a solas sacaba su rosario por las mañanas.

El mundo pareció acabarse con la epidemia. En ciudades completas como Teocaltiche y Tepatitlán desaparecieron los indios. Los nativos, creyendo que los dioses los habían castigado por haber peleado contra los “dioses” pálidos, se convertían a la nueva religión siguiendo fielmente todos sus preceptos. Se les podía ver ahora con cruces en el pecho, y ahora había muchos más Juanes y Marías.

Lo que no había logrado la espada, el miedo lo estaba conquistando.

Pero la epidemia nunca tocó a nuestra puerta. Cómo si *Quetzalcóatl* protegiera a su hijo extranjero en agradecimiento del valor demostrado en el campo de batalla.

Los Purépecha habían fundado un pueblo cerca de unas aguas termales que se consideraban milagrosas

ante cualquier enfermedad. Pedro había pasado la peste inmune, pero la debilidad de su cuerpo por la falta de ejercicio se hacía cada vez más notoria.

El pueblo de Purépecha, hoy de San Miguel de Atotonilco, parecía el lugar ideal para que Pedro se repusiera después de su enfermedad.

El lugar empezó a hacer sus efectos en Pedro.

Ya se le veía mejor, y la fuerza parecía haber llegado a su cuerpo.

Él decía que estaba llegando a su grado de madurez y de retroceso al punto de inicio. Según él; el cuerpo empieza despacio y lento. Los sentidos emprenden su trabajo lentamente en cada una de sus funciones, y se integran a trabajar como un solo ser en el momento máximo de nuestro punto de regreso:

“Cada cual tiene su destino, o *tonali*, como dicen en esta tierra. Y éste está marcado de acuerdo a cada cual en algún lugar no prescrito; para mí es mi cielo con mi dios, para ti es tus cielos con los tuyos, sin importar cuales son los más importantes ni los verdaderos. La verdad está siempre del lado del que se la sigue, y la defiende sin importarle lo que los demás piensen y digan. Los frailes te dirán que el dios verdadero es el que ellos aman, y que es; Él que murió en la cruz por todos los seres del mundo para redimir los pecados de la humanidad...noble gesto, por eso hay que sacrificarnos y hacer actos de penitencia, y de ser necesario; morir por ese Cristo. Pero los tuyos dirán que el *Tláloc* que ellos veneran es el dador de vida, porque sin el agua no hay vida, y por lo mismo hay que darle lo más sagrado que tenemos para que nos siga dando existencia. ¿Qué tiene que ver que sacrifiquen a un niño, cuando el resto del mundo puede recibir las bendiciones de ese sacrificio?. Por eso dar a *Tláloc* la vida de tu gente, cuánto más lllore, más serán las bendiciones de los dioses en forma de llanto, lluvia. ¿Con qué derecho se puede una madre guardar a un hijo que hace falta a los demás?. La madre tendrá su opinión al respecto, y el pueblo estará deseoso de sacrificar al dios...su más bello ciudadano. No hay forma de ver quien está en lo correcto y quien no.

Cada cual se presenta ante sus dioses, en el caso de nosotros; Santos, de una u otra manera. Los hay para todos los gustos; *Tláloc*, *Tonatiuh*, *Xochiquetzal*, *Quetzalcóatl*, *Texactlipoca*, *Centéol*, La Luna, el Sol, las estrellas, el fuego, el maíz, San Miguel, San Antonio, San Jacinto, San Pedro. Todos con el mismo fin, dar lluvia, dar amor, dar marido, dar paz, triunfos en las guerras -en nombre del que lleva el sano “indicado”-, y así cada cual con sus ideas y haciéndolas mejor que las del otro... y ya llegará otro más y dirá lo mismo... el pez grande comiéndose al más chico. Pero lo importante es “ir” a implantar tu voluntad. El que está sentado siempre pierde, el que va en busca de la vitoia la gana. El que se sienta a defender su presidio, lo pierde siempre al que llega y lo conquista...no importa cuanto tiempo le tome. Eso fue justo lo que hizo que perdiéramos nuestra tierra en España a los Moros, y es lo que ha hecho que los mexicanos la pierdan a los españoles, y que los españoles, a su vez, la lleguen a perder a otra raza que vendrá...o quizás, saldrá de ellos y de la unión de indios de ésta nueva tierra que comienza.

¿Qué hubiera pasado si los Aztecas hubieran llegado a Sevilla?. ¿Habrían iniciado sus ritos de sacrificio con todas las damas españolas de ojos claros y pelo rubio? .

Tiene sentido, es lógico y es simple. Los dioses nos dan vida, y nosotros como respuesta seleccionamos, por opción o por obligación regresarles una.

Lo importante de todo esto, es que logremos cumplir con nuestro destino. Sólo son unos cuantos años cuando nos encontramos en ese punto de conocimiento de nuestro ser. Para algunos que se les tiene reservada una vida larga, su punto máximo de conocimiento es entre los 35 y 40 años de edad. Para otros puede ser antes, pero nunca y muy rara vez, después de los 45. De esa edad en adelante, es la etapa del conocimiento y de la verdad. Es cuando hay que dar lo que hemos aprendido y ponerlo en las manos de los que vienen detrás de nosotros. Y esperar a que llegue otra raza y conquiste a la anterior. La raza negra dominó por miles de años y construyeron pirámides tan inmensas como las del sol y la luna. Hoy son los blancos los que empiezan a dominar el mundo y ya vendrá una raza de otro color a

dominarlo, y así seguirá por todos los tiempos, hasta que llegue el Cristo Redentor, o el Quinto Sol...o “alguien más”.

-¿Quién es Isabel?

Pedro se me quedó mirando y contestó:

-“Hace muchos años, antes de dejar España, fui esposo de una gran mujer. Pero murió en una epidemia.

Se la llevó el coco diría tu gente.

En tu religión hay un lugar destinado para las que mueren de parto; el *Cincalco*, la casa del maíz.

Cuando las diosas *Cihuateca* bajan a la tierra en busca de las mujeres que no deben continuar en éste mundo; no por malas ni por indeseables, simplemente porque su *tonali* así lo ha dispuesto. Las diosas, porque son varias a la vez, bajan de noche y se disfrazan con máscaras fantasmales y de mal agüero.

Llevan siempre por cabeza una calavera y sus manos son garras, lo mismo que sus pies. La mujer que muere de parto, se convierte en diosa, en una de esas *cihuatecas*. Pero tiene un poder mágico, y al igual que a los guerreros se les permite la entrada al cielo. Por eso son a las únicas que se les permite ser enterradas en cortejo fúnebre rodeadas de hombres armados y con sus mejores galas.

Cuando pienso en Isabel, pienso en ese cielo lleno de guerreros y de mujeres valientes que han dado la más que tenían en honor a sus convicciones. Porque todas las mujeres al ser madres; mueren de parto.

La mujer que es madre, lo es porque así lo ha decidido. Por gusto siempre, no por la obligación de serlo. Muchas pueden tener hijos pero, pocas pueden saber que por siempre será la obligación de uno *por siempre*. Para una madre, no hay edad para entregar a su hijo al *Tepolchcaltin* o *Calmenac* o al Instituto de Guerreros. La escuela será siempre el seno de su gozo al verlo caminar, correr, cantar, llorar y verlo ser padre, o madre, y al final, verlo sufrir por las caídas, las burlas de su mala voz. Las burlas de sus compañeros y las cosas del mundo. Y si pide consejo, la madre le dará...lo inventará, si es necesario, pero le dará desde el fondo del corazón, y no puede ser un mal consejo. Cada dolor, cada tristeza, cada desvelo y cada sufrimiento, hacen que la madre muera de dolor. Cada gozo, cada sonrisa y cada satisfacción, hace que muera de placer...Así es; todas las mujeres mueren de parto.

Después de aquella plática, me quedé pensando en algo que nunca antes me había cruzado la mente...no que fuera ilógico, sino que siempre había asumido como un algo natural.

Yo había nacido de un parto fortuito, de un sentimiento de lágrimas. Unas derramadas antes de mi nacimiento con la muerte de mi abuelo, y otras en el parto de mi madre. Yo era un ser de tristeza y de dolores, de sacrificios y de muertes y de esperanzas de vida. Si todas las mujeres mueren de parto y matan a un algo cuando dan a luz, es lógico. Tienen que matar al ser que las fertiliza para crear a uno nuevo en ellas mismas... una muerte pequeña. Y luego lentamente se matan el cuerpo mientras sus reservas de vida se agotan, y se aniquilan el alma pensando en que serán partícipes toda una vida... por siempre, madres al que vendrá. Si una mujer tiene un sólo hijo, muere una vez en su vida, si dos; dos veces y si más, su muerte es constante, y se acerca cada vez más al mundo del Mictlán con bendiciones y piedras de jade en su boca.

¿Y el que es hijo...?solamente espera y toma la vida de su madre en sus manos, primero en tragos de leche amamantada, luego en desvelos y dolores y al final, en desespero, se aleja a formar su mundo. Adiós a la solemnidad de madre. Adiós al mundo de los sacrificios. Adiós al sentir de un cariño arrebatado, primero del hombre que lo procrea, y al final, adiós al mundo sin saber si la madre ha sido eterna o agraciada...simplemente, fue madre.

Los grandes señores empezaron a aparecer en la región, y lo que fueron pueblos y sitios, ahora eran haciendas y Mercedes Reales, asignadas en terreno con todo y sus indios. Pechititán había sido incluida en una hacienda llamada “Merced Real de Juan Xarmillo”...ex capitán de Cortés quién había peleado al lado de Alvarado en la batalla de Mixtón. Le pregunté a Pedro si ahora mi nombre sería

Santiago de Xaramillo, y riéndose me dijo: *“Sólo los hombres se visten de animales, pero el valor se viste de hombre; ese tal Xaramillo se viste de cordero, pero tú, mi querido coco, te vistes de valor. Eres algo así como el perro fiel que sigue a su amo y lo defiende porque le sale el alma...te vi en El Mixtón...”*

Pero la situación iba mucho más de una simple posesión de tierras e indios.

Pedro platicaba de cómo los Judíos en España, o enemigos de Cristo, según la iglesia, vivían una situación parecida a los indios de México. Por un lado tenían privilegios y por otro eran perseguidos para beneficio de los grandes señores, todo esto con la ayuda de la Santa Madre Iglesia.

Los españoles tenían prohibido de acuerdo a sus leyes, el usar a los indios sin el pago de un jornal, mucho menos como esclavos. Pero todos podían ver; que el trato de los españoles para con los indios era un “amo para con su propiedad”. Las encomiendas, las haciendas y los grandes terratenientes, no iban a México a acusar a su vecino por tener trabajando a indios como esclavos. Y como por lo regular, por no decir siempre, había la mano de un fraile, pues la facilidad de tener un juez secular, siempre disponible, era muy conveniente.

La iglesia sólo permitía que los indios fueran esclavizados cuando eran acusados, y convictos de un crimen, *lapus fidei*, contra la Santa Iglesia. Una vez, convicto por el clérigo, el indio podía pasar a ser propiedad del español, y se permitía el uso de hierro marcador. Al principio, antes que entrara un vigor esta ordenanza, los indios eran marcados con una gran “G” simbolizando que habían sido capturados en una guerra, ya que en un principio los únicos esclavos permitidos eran los hechos prisioneros en contiendas. Pero luego, a los que se entregaban a los hacendados por la mano secular, se les marcaba con las iniciales de sus propietarios, esto con el fin de que se pudieran distinguir a esos esclavos rebeldes, descontentos, intratables, e incapaces de trabajar bajo la guía de su dueño, y por motivos no explicables ni al hacendado ni a la iglesia, decidieran escaparse...

...y en cierta ocasión Pedro escuchó a un fraile decir: *...esos hombres -refiriéndose a los indios- pueden considerarse justamente glorificados, cuando Dios, y sus nuevos patronos, sean su guía, de tal manera que ellos pueden finalizar sus días en el puerto de la salvación y buen camino. Pues con el conocimiento del verdadero Dios y de la Virgen Santísima, y con las enseñanzas de sus nuevos mentores, cantarán la gloria al final de todos los tiempos...”*

Pero los españoles no eran los únicos que salieron beneficiados con el triunfo en El Mixtón.

Como premio a los tlaxcaltecas que participaron, desde sus comienzos, en contra de los indios mexicanos al lado de Cortés y Alvarado en la conquista de México, y ahora Oñate y Chirinos; una gran parte territorial de los Altos de Jalisco les había sido asignada a sus familias, todo esto para fundar, lo que los españoles llamaban; pueblos de indios pacíficos- o, indios ladinos-.

Ya cincuenta de estas familias se habían instalado en la zona de mi pueblo adoptivo.

La hacienda de Moya, que había sido asignada a Ortiz de Vidaurri, un Hidalgo español, se vio de repente “invadida” por tlaxcaltecas.

De mis padres adoptivos, sólo quedaba el recuerdo.

Todos habían muerto en El Mixtón. Unos en batalla y otros en el peñón. El resto de los que quedaban, viejos y niños, ahora eran parte de las haciendas de Vidaurri y de Xaramillo, otro “gran” amigo de Cortés.

El dueño de la hacienda de Moya, Vidaurri, tenía un carácter despótico y un trato con los indios Chichimequillas que quiso implementar con los tlaxcaltecas. No contaba, Don Ortiz de Vidaurri, con el hecho de que los tlaxcaltecas, eran los protegidos de Hernán Cortés...sus compañeros de armas y no un pueblo conquistado.

Para las fechas en la que llegamos a Pechitittán, la noticia corría que en la hacienda de Xaramillo se

estaba en espera de unos grandes invitados que venían de México. Siguiendo nuestra costumbre, habíamos montado nuestro puesto cerca de la hacienda, y la fama de nuestros banquetes hasta llegado a los oídos del gran señor.

Se nos pidió que hiciéramos un gran festín para recibir a los que venían de visita, y preparamos nuestra mole. Se instalaron las mesas y se decoraron con magníficas flores. La carne para el mole fue de los patos silvestres que había en las lagunas, y como complemento se prepararon ollas grandes de tequila con jugos de frutas.

Pedro instaló las mantas, y por primera vez, sugirió que se tuviera música como parte del servicio.

En Guadalajara, habíamos servido en cierta ocasión, para una familia española, armadillo frito en aceite con cebolla, tequesquite, pimienta, chía y mezcal.

Al quitar el caparazón, Pedro tuvo la idea de hacer un instrumento parecido a uno que se les veía a los españoles y que llamaban “guitarra”. Al caparazón le unió un pedazo de madera para semejar a las guitarras españolas y por cuerdas usó unos hilos muy finos tomados de la planta del maguey. El sonido tañía muy diferente al de la guitarra., decía Pedro que se semejaba a un instrumento italiano llamado *mandolino*.

al combinar los diferentes sonidos de las cuerdas, la melodía era más chillona que la guitarra. Yo había seguido practicando con mi Quena y entre los dos logramos una combinación de sonidos y melodías que diferentes a las que los indios acostumbraban tocar en el mercado con sus flautas de cuatro hoyos. Las notas de nuestra combinación de viento y cuerdas eran más alegres y vivas. Por cierto qué, Pedro estuvo enseñándoles a unos tarascos de un pueblo llamado Paracho, como hacer estos instrumentos. No pasó mucho tiempo cuando los de Paracho regresaron al mercado y traían guitarras y mandolinos hechos a madera, de muy buen sonido, les decía Pedro, pero les falta mucho para lograr el sonido de una guitarra española. Como resultado, siguieron trayendo a Pedro sus guitarras y al final lograron una que era mejor que las españolas.

Llegó el gran día del festín y todo estaba preparado.

Los invitados formaban una gran comitiva de gente de México y Tlaxcal. Entre ellos; Don Sebastián Hernández Del Águila; distinguido cacique tlaxcalteca, el Bachiller Blass González de Hermosillo; clérigo diácono del Obispado de Guadalajara, Juan de Villaseñor, Juan de Jasso, Don Miguel Ortíz de Vidaurri y una princesa India llamada Malitzín Tenepal con su hija María. Todos ellos en sus respectivas comitivas de asesores y gente importante y esclavos.

Se sentaron bajo una de las mantas que había colocado Pedro, y él mismo sirvió los tragos y comidas durante el curso de la tarde.

Ya caía la noche, pasaron a la casa de Xaramillo y se nos pidió que nos quedáramos a servir la cena.

Todo transcurría en paz hasta que se nos pidió que sirviéramos algo caliente. Pedro y yo les servimos jarros de café endulzados con piloncillos.

La plática empezó a vivificar el tono:

- Don Miguel. Como usted sabe, nuestros compañeros en armas, los tlaxcaltecas, han sido responsables en gran parte de que ahora contemos con una paz entre los Chichimequillas, y es de nuestro entender que usted no acepta el que vivan en lo que nuestro señor Cortés ha asignado como derecho propio por su ayuda a esta paz-, dijo la princesa.

La princesa era una mujer muy bella. Parecía estar en su primera gavilla de años, pero, pese a la edad, con un porte de juventud que no pasaba desapercibida.

El cabello entre castaño y negro de donde resaltaban destellos rojizos, lo llevaba amarrado con un fino

lazo de oro cayendo sobre su espalda. La tez, casi blanca, pero con color bronce...quemada de sol y bañada de luna. Los ojos en almendra brillantemente negros, felinos, de gato nocturno, que miraba tanto al frente como atrás...cuidando...al acecho. Llevaba puesto un *huipil* de algodón blanco que mostraba la curvatura de unos pechos aún firmes y pequeños. El cuadro de su escote estaba bordado en oro y figuras que había visto en los dibujos de la casa de la abuela, cuadros engarzados cual serpientes buscándose una a la otra. No iba pintada, y aún así, el color de sus mejillas parecían ruborizadas con un suave y tenue color sangre. Del cuello colgaba un hilo muy fino de oro y de él, una joya modesta, del tamaño de una almendra, de color rojo brillante. Mostrando un corazón recién ofrecido a los dioses con el brillo de su sangre fresca. Sus pendientes de oro y turquesa, y en la mano izquierda una pulsera de jade. En sus pies llevaba puestas unas sandalias planas con un hilillo de oro sujetando hasta la mitad de cada torneada y morena pierna...serpientes que subían del piso, queriendo llegar al cuello de su ama.

Su voz acompañaba el porte: Salían las palabras de sus labios bermellón en forma de canto, y se quedaban en el aire en forma de mando. Quien no escuchara, estaba muerto y quien no las entendiera no sabría nunca su significado. Como si hubiera nacido Reina, y supiera los vocablos que incitan a los Guerreros Águilas a combatir y derramar su sangre en un éxtasis prohibido...todo sin saber los motivos de su batalla. Y al final tenía el porte de una mujer por la cual uno muere sin saber la trama, sólo el final de la comedia, pero dichoso de haber muerto como actor secundario de tal magnificencia.

Cuando Pedro me dijo quienes eran aquella princesa y su hija, comprendí todo.

Don Miguel se quedó con el tarro de café a media boca, y sí estaba caliente, que sé que lo estaba, no sintió el fuego del mismo. Sabía de más quien era la princesa y su relación con Xaramillo y Cortés. Esposa del primero y amasia del segundo.

Si Malitzín estaba en ese lugar como representante de los tlaxcaltecas, y por órdenes de Cortés, su hacienda valía lo mismo que una *cacahuchichihua*, una cáscara de almendra vacía y rellena de barro.

El Bachiller González, colocó su jarro lentamente sobre la mesa y nervioso buscó la puerta, queriendo asegurarse que podría salir en un momento súbito.

Los otros simplemente se quedaron callados esperando la respuesta de Vidaurri.

- Señora . Me siento informarle que el Señor Cortés, regresó a España en 1540 y falleció en 1546-, dijo Vidaurri sonriendo, celebrando su triunfo.

- Señor Vidaurri-, interrumpió la princesa-. Mi señor, Cortés, se encuentra en la ciudad de México y en su casa en Cuernavaca gozando de magnífica salud a sus setenta años, y le podemos asegurar que el clima de la ciudad lo mantendrá vivo por mucho años.

El silencio de la sala se tornó infinito, y la noche se quedó callada de cantos de grillos y animales nocturnos.

Vidaurri, confirmó lo que se murmuraba. Cortés nunca había salido de México, simplemente, había entregado el mando a los Reyes, y ellos a su vez, aseguraban que sus propiedades era, y serían, de él por siempre. El pueblo que él había destruido le había heredado su remoquete: “la hierba mala nunca deja de existir”.

- Señora. No es de mi posición discutir órdenes del señor Cortés, perdón; Marqués...pero mi encomienda ha sido asignada por el Virrey Antonio de Mendoza, con el que tengo gran amistad, y es con el fin de establecer una comunidad indígena que muestre a los otros pueblos el modo de vivir, como se ha hecho ya en otras ciudades de México-, replicó Vidaurri.

El silencio se hizo frío y el Bachiller se excusó diciendo que tenía que usar el baño.

La resurrección de los muertos es todo un acontecimiento y tiene diferentes formas de atacar el cuerpo.

- Don Miguel: Me permito recordarle que el Virrey se llama Luis de Velasco, y es él, quien me ha pedido que el fraile franciscano Gerónimo de Mendieta, el cual estará aquí el día de mañana, sirva de intermediario y protector de los tlaxcaltecas-, contestó la princesa.

Ahora el turno de los otros - Juan de Villaseñor y Juan de Jasso-, en ponerse nerviosos.

Ellos, al igual que muchos más, había recibido sus encomiendas del gobernador Vázquez de Cornado, pero la amistad de Cortés y el Virrey era mucho mayor y era en México donde se hacían las encomiendas, no en la Nueva Galicia. Era en México donde se planeaban las batallas. Era en México de donde se mandaba el oro y la plata a España, y México ; estaba muy lejos de un pueblo llamado Pechititán.

- Señora. Estoy a sus pies y con gusto esperaré que el fraile Gerónimo llegue el día de mañana. Por lo pronto le aseguro a usted y al señor Del Aguila, aquí presente, que sus compatriotas, serán tratados de la misma manera que trato a mi familia-, dijo Vidaurri.

La princesa ordenó a unos de sus esclavos, le trajera un escrito y entregándole una copia a Vidaurri concluyó:

- El fraile Gerónimo, se quedará aquí para asegurar que lo dicho en éste documento sea llevado a cabo -,y empezó a leer:

Entre los privilegios que se otorgan a los Tlaxcaltecas, y a sus descendientes, como respuesta a los servicios que han prestado a los españoles y a los indios de México al lograr la unificación y la paz, entre otros, se incluye:

Que los indios que así fuesen de la ciudad, y provincia de Tlaxcala, sean ellos, y sus descendientes, por siempre Hidalgos, libres de todo tributo y servicio personal, y en ningún tiempo, ni por ninguna razón se les pueda pedir ni llevar cosa alguna de esto.

Que donde quiera que hubiere que hacer sus asentos, no los mande poblar juntamente con españoles, sino distintos, y de por sí, de suerte que se pueblen unos cerca de otros, sea con distinción de Barrio, y prohibición a los españoles, que no puedan tomar, ni comprar solar en el barrio de los Tlaxcaltecos.

Que el repartimiento, se hiciere para los pobladores de tierras, sean apartado, y distinto, de suerte que los Tlaxcaltecas estén por sí solos, y de los Chichimecos por el consiguiente se señalen debidamente, de manera que todo tiempo y para siempre, las tierras, los pastos, montes, ríos, pesquerías, salinas, molinos y otros géneros de hacienda, estén señalados en cada parte, sin que en ningún tiempo puedan unos indios entrar en las pertenencias de los otros. En la tierra de estancia, ni en otra razón ni causa.

Que cinco leguas por lo menos de las poblaciones, no se pueda hacer merced de estancia para ganado.

Que no puedan entrar ganados menores a agostar en las tierras de paz de las poblaciones sin voluntad de los indios y sus sucesores.

Que las tierras y estancias que les dieren, y repartieren a los Tlaxcaltecas, así para particulares como

para comunidad no se les pueda quitar por despobladas.

Que los mercados que hicieren en las poblaciones sean francos, libres de tributo, y de cualquier género de imposición.

Que los indios Tlaxcaltecas, y sus sucesores y descendientes, además de ser Hidalgos y libres de todo tributo, gocen de todas las libertades, excepciones y privilegios que al presente gozan y para adelante gozaren de la ciudad de Tlaxcala, y su provincia y se les concedan por los Reyes de Castilla y mis Sucesores.

Que los indios principales de la ciudad, fueren a la población y sus descendientes, puedan traer armas y andar a caballo sin incurrir pena. Y apara hacer el viaje se les dé bastimento necesario y ropa, y por espacio de años les ayuden con esto, y con romper las tierras sementeras.

Que se les dé carta, y Real Provisión, en que se manden guardar estas capitulaciones como convenga.

Firmada el Virrey de Velasco y llevaba sello de Don Carlos.

La cara de todos los presentes cambió de roja a púrpura, y de púrpura a blanco, en menos de dos parpadeos de ojo.

Los Tlaxcaltecas tenían tantos, o más privilegios...como cualquier Hidalgo Español. A todos los otros indios se les prohibía montar a caballo o portar armas, lo que los ponía en otro nivel.

- Así mismo, me permito informarles que las encomiendas de Don Juan Villaseñor y Don Juan Jasso quedarán bajo jurisdicción de la Villa de Santa maría de los Lagos. Que es el nombre que se le pondrá a la nueva villa que será fundada en lo que hoy es Pechititán y que se encuentra dentro de los límites de la hacienda de don Xaramillo. Esto es, hasta que se envíe a México al que será comisionado por su Majestad. Dado que esta nueva ciudad será utilizada como presidio, y para cesar las muertes y robos que se acontecen de los cargamentos de oro que van de Los Llanos de Zacatecas a la ciudad de México, se consideró que lo mejor es dejar la jurisdicción temporal al Capitán Xaramillo. En su debido momento y con la llegada del representante de su majestad, se entregará el escudo de armas de la ciudad.- Concluyó diciendo la princesa.

No había nada que decir. Todo había sido decidido y planeado en México y sólo se les informaba a los presentes que ya venía alguien a tomar los mandos de una nueva región.

Xaramillo era parte del plan, pero había otro más importante que vendría a tomar el mando, o ¿quedaría Xaramillo?. Pero eso sólo era información para (y de) los grandes de México.

Dos nombres resultaban de inmediato: Xaramillo, por la amistad con Cortés, y el otro; de Martell, quien era amigo del Virrey, había peleado en El Mixtón y ya estaba en Teocaltiche. Los dos eran capitanes y conocían el manejo de un presidio. Pero, sólo el tiempo lo diría y por lo pronto había que preparar todo para la nueva ciudad, que a la altura de Guadalajara, se le había ya asignado el escudo de armas.

Lo que sí quedaba claro, era qué; Teocaltiche quedaba fuera de los planes de conquista, política y naturalmente, la de indios ya estaba definida.

Se retiraron los invitados. Y con ellos, nosotros.

Malitzín de Xaramillo y su hija María de Xaramillo, despidieron a los invitados desde la puerta de su

casa..., ellas, más que Xaramillo; estaban en casa.

VIII

San Juan Bautista de la Laguna

y

San Miguel de Buenaventura

La Villa de Santa María de Los Lagos, aunque oficialmente seguía siendo Pechitán, empezó a transformarse rápidamente.

La presencia de españoles se hizo cada día más notoria.

Todo se estaba preparando para la llegada del fundador oficial y se empezaba a ver la construcción de casas de adobe, quitando las de paja de los indios, así como solares, y las visitas constantes de españoles que buscaban en la zona queriendo encontrar el lugar idóneo para la plaza de armas y su iglesia y su horca.

A sólo tres leguas del pueblo, los indios tlaxcaltecas empezaron a construir sus barrios y sus casas.

Con la mentalidad, y el carácter de Hidalgos, no podían aceptar, y no aceptaron las humillaciones de los dueños de la Hacienda de Moya, Vidaurri sabía su posición.

Don Diego Hernández del Aguila, se instaló en una casa hecha de paja, pero con la magnificencia que su rango le imponía y a su alrededor estaban treinta familias que habían estado originalmente en la Hacienda de Moya. También empezó la construcción de una iglesia donde se colocó una imagen de la inmaculada Concepción, que representaba a la Señora de Moya. La imagen estaba hecha de una pasta de caña de maíz...quizá con la intención de seguir adorando a *Chicomcoatl*.

En pocas semanas, habían llegado más de 400 tlaxcaltecas, entre hombres, mujeres, y niños y se empezó la construcción de dos diferentes poblados a la orilla de uno de los cinco lagos de la región: San Juan Bautista y San Miguel de Buenavista.

La organización de estos pueblos era muy diferente a la acostumbrada en los otros indios de la comarca. Según decía Pedro muy similar, por no decir igual, a la de los barrios Aztecas. Cada uno de los barrios tenía una actividad diferente; algunos cuidaban ganado, otros hacían artesanía, y así cada uno se dedicaba a algo distinto, pero que en realidad servía en conjunto a toda la comunidad.

Nosotros, como era de costumbre, montamos nuestro puesto de tacos cerca de la construcción de adobe donde se guardaba aquella imagen de la virgen.

En San Miguel de Buenavista, hicimos gran amistad con Don Hernández del Aguila.

Diariamente se reunía con nosotros y platicaba por largas horas con Pedro. Igual que el fraile de Tepatlán, le sorprendía como un indio Otomí podía hablar tan bien el Castellano y se podría decir, tomó a Pedro como su tutor particular para la perfección del mismo, él lo hablaba, pero no de la manera de Pedro.

Al igual que en Guadalajara, Pedro reunió a sus chichimecas, y Don Hernández de Aguila a los suyos, que había traído desde la capital y nombrado; “Las Aguilas de América”, según él, en combinación de

su nombre, y del nuevo mundo, al que ya se le decía América en algunas partes.

La vestimenta de éstos jugadores era de color amarillo, el preferido de los tlaxcaltecas, y con sus decorados azules fuerte. Todos llevaban un águila de plumas en el pecho iguales a su *pantli*, que ondeaban a la cadencia de sus tambores y flautas con boca de pato en cada juego. Se podía ver el poder de Don Hernández en sus jugadores y sus vestidos ricamente decorados. A todos los tenía en casas de adobe y paja, con sirvientes y comidas, traídos desde Tlaxcala sólo para ellos, pero no podían salir más que el día en que jugaban. Era un gusto de los pequeñines ir al lugar donde vivían y jugaban en un área aseado sólo para ellos; claro todo acontecía a escondidas de los guerreros que cuidaban que nadie viera como se adiestraban las Águilas.

Los juegos de San Miguel de Buenavista eran muy concurridos por los indios de Pechititán y en ocasiones, hasta desde Teocaltiche llegaban indios a apoyar a sus equipos preferidos que decían; “*Vamos al llano Azteca a ver a las Águilas y las Chivas Rayadas jugar*”, creo que por lo que se dio en llamar al llano “del Azteca”, era en referencia de que crían que, Don Miguel Hernández, por sus lujos e indumentaria, era Azteca y no tlaxcalteca.

Don Miguel Reyes, otro prominente tlaxcalteca de la región, y Don Hernández del Águila, hacían grandes envites en los juegos, casi y como los hacían en la vieja Tenochtitlán, donde sucedía que, los jugadores y sus partidarios, tenían el derecho de despojar de sus ropas a los contrarios, cosa que no sucedía con algunos de nuestros jugadores que jugaban con tan sólo sus rayas de pintura sobre sus cuerpos.

Recuerdo muy bien un día:

Don Miguel perdió mucho, y se comentó que había perdido hasta el *ayátl*, en uno de sus evites y tuvo que irse en *maxtle* a su casa.

Y en otra ocasión se corría el rumor de que Don Miguel había vestido a uno de sus ídolos dioses con los colores de nuestro equipo, todo para ganar influencia de un evite a Don Hernández del Águila.

Yo era muy mal jugador, siempre me resbalaba en el llano, y no participaba en estos juegos, pero me entretenía vendiendo, a los que veían, tacos y *octli*, así como unos pequeños *pantli* que Pedro había hecho con los colores de cada grupo de jugadores.

Por las mañanas, Pedro y Don Hernández, se sentaban a tomar “la bebida de los dioses”, que les preparaba moliendo los magníficos granos de cacao que Don Hernández traía de México, cocidos en agua y mezclados con miel y *cacasúchil*. Lo bebían por horas y platicaba de todo; de los juegos y de lo que pasaba en la testera del momento.

Por las tarde tomaban el mezcal, o pulque, y era cuando ya en sus cuatrocientos-conejos, el señor de Tlaxcala platicaba de cómo estaban las cosas en su tierra.

Según decía, y que Pedro consideraba muy factible: Cuando Cortés se unió a los tlaxcaltecas, no los tlaxcaltecas a Cortés, había sido puramente un trato comercial: “*Tú (Cortés) me das la oportunidad de abrir mis mercados sin tanto problema y sin tanto tributo a los Aztecas, y yo te presto mi mano de ataque. No somos guerreros, somos comerciantes, pero somos muchos, y con tu guía, y tu conocimiento de guerra podemos ayudarte a conquistar Tenochtitlán*”. Fue cuando al llegar a éste arreglo, nosotros, redactamos los puntos del documento que le presentamos a los españoles la otra noche a Vidaurri. Los españoles no querían la parte del tributo y todo eso, pero al final accedieron, como sino supiéramos nosotros que buscan quitárnoslo... somos indios pero no *Chichimeh icxtilantzinco*.

Para estas alturas en la vida de Pedro, ya entendía muy bien el significado de las palabras de los indios, y no pudo más que asentir al significado de las últimas.

Todo tiene que morir y cambiar, continuó diciendo Don Hernández; hasta nuestros dioses, y los de ellos también. Ya verá como poco a poco las van matando para darle espacio a unos nuevos. Habrá

dioses con sangre de indio y algunos otros con sangre mixta. En donde encuentren plata y oro, encontrarán motivos para parir nuevos dioses, y en honor a ellos, se levantarán grandes templos de adoración...tal y como nosotros lo hemos hecho con los nuestros.

Lo de dejarnos todos los privilegios de sus grandes señores, o Hidalgos, o como ellos quieran llamarnos; es pura mentira. Por eso mejor tomamos los que nos dan y lo trabajamos lo mejor que podemos. Si les enseñamos a los nuestros lo de nosotros, no se meterán en nuestras vidas. Estos blancos se van a pelear por el poder; mire Pedro, ya los ve: Van a fundar un pueblo nuevo donde hay más que agua y según ellos, lo hace para proteger sus cargamentos de oro. Para que quieren otro presidio tan fuerte de ruta si ya tienen uno en las minas de Ojuelos, y la ruta es más segura de Zacatecas a México por Ojuelos.

Ya vio usted, seguía diciendo, le van a dar un escudo de armas al pueblo. Un sitio más pobre no se ha visto en todo el territorio de indios y ahora le van a dar su propio sello de gran ciudad. ¿Para qué?. Porqué mejor no se lo dan a Teocaltiche que ya es villa con poderes de mando. No... mi amigo, lo que estos blancos están haciendo es quitarse el poder ellos mismos para poner gente nueva en sus territorios, y gente que no esté tan maleada. Ya verá como mandan puros nuevos, y gente que nunca ha pelado en batalla, pero grandes amigos de los que están allá, al otro lado del mar y del tal llamado Carlos. Que nos está chupando como esos *naguales* que chupan a las cabras por las noches. Cortés, con la ayuda de Carlos, sigue teniendo una gran fuerza en las decisiones de México. No se fue, siempre ha estado en la silla de mando. Los tlaxcaltecas estamos con él porque es como nosotros y sabemos que decimos una cosa y firmamos otras, pero somos comerciantes, y sabemos que las cosechas cambian... y hay que buscar nuevos productos y nuevos mercados. Y al final, no importa a quien ponga, ni de que color sea la bandera, ni el escudo, que traiga el que viene ni el que sigue. El mando está en el tal Carlos y seguirá por mientras él siga vivo. Aquí vendrán con aires de poder, y gritarán que son los nuevos amos y dirán que su palabra es la ley del nuevo territorio y sólo será al final un grito de español mestizo parido en una tierra lejana. Sólo el que ha mamado la leche india sabe lo que es la tierra que hoy estamos pisando. Sólo el que ha criado con la cosecha sacada de la tierra que aquí se ve sabrá defender el terruño. Sólo el que es mexicano sabrá defender el templo que han destruido los españoles...cómo creen estos pieles blancas que la sangre negra obscura que corre por las venas de los que aquí estamos puede ser más débil.

¡No! La fundación de la Villa de Nuestra Señora de los Lagos es puramente política y para quitarles el poder a los de Teocaltiche, Ojuelos, y las otras villas que vienen al rumbo del Bajío. Ya verá como mandan todo el poder de la región a esta villa y dividen la tierra entre sus compañeros de México. A Teocaltiche lo van a acabar y dejarlo que se quede como está ahorita...se les subió mucho el poder cuando les mandaron a de Martell y la nombraron ayuntamiento. Ojuelos, es mina... y las minas se acaban cuando la veta se acaba. Tiene buena tierra y seguirá viva, pero donde hay asnos no hay gobierno...y de estos, entre más lejos mejor.

Por nosotros, ya nos mandaron cerca; y aquí estamos, y es nomas para que no se alboroten los españoles nuevos cuando llegue el momento. Ya saben que somos gente de México y que hemos demostrado que peleamos por un precio.

Los indios de por aquí, no cuentan, mire lo que pasó en Yahualica, en El Mixtón, los acabamos; Si no por fuerza, si por paciencia...quién va a pelear con el estómago vacío, y vaya que pelearon los indios chichimecas, y ya ve, se murieron igual, como lo que su nombre significa, “como perros”.

- Y usted ¿a quién cree que vayan a mandar a esta villa de los Lagos?, preguntó Pedro.

- Eso sí que no lo sé. Las cosas esas se mantiene tapadas bajo muchas mantas de algodón tejido a mano con mucho cuidado, y que se van quitando una a una de acuerdo como esté el clima. Si se enfría, se pone otra, si se calienta se quita un más. Así hasta que se llega a la última manta y se destapa al que quedó abajo... así que el último tapado, será el bueno. Y el que controla las mantas nunca dice a quien metió bajo de ellas-. Dijo tomándose su último trago de mezcal y sangrita.

San Miguel de Buenavista, era principalmente un pueblo dedicada a la agricultura y la cría de animales; cabras, chivas, asnos y algunos caballos. Con la ayuda, y autorización de Don Hernández, se nos permitió el uso de un asno y con eso podíamos, por primera vez, mover nuestras mercancías y enseres del puesto sin usar el ya famoso equipo de madera de Pedro.

Los tlaxcaltecas eran unas personas muy organizadas, y muy prolíferas, ya que en poco tiempo se incrementaron, de tal manera que sus barrios llegaron a crecer. El Jagüey, El Tútano, La Virgen, El Lindero, La Ladera Grande, La Ladera Chica, El Bajío, La orilla de la laguna, y la plaza; todos tenían alguna actividad diferente y empezaron a controlar el mercado de los otros pueblos. Había canteros, y fabricantes de *métlatls* y molcajetes, esculturas, aguadores y vendedores de aguamiel y pulque, productores de petates, tomatates, sopladores y artesanías de tule, productores de frutas, fabricantes de conservas, particularmente ates de membrillo y otros frutos alfareros, fabricantes de colores y productos de carrizo; agricultores, productores de maíz, frijol, y muchas variedades de chile, pescadores y vendedores de pescado y comercializadores de los productos. Su mercado era principalmente Zacatecas y Guanajuato, aunque se veían cargamentos salir con rumbo a la gran capital y, según se decía, algunos de estos productos salían hasta las altas montañas de donde mi abuelo trajera quenas y papas.

Los nombres indios se empezaron a perder con la llegada de los frailes, quienes bautizaban a cuantos veían. Y hasta en cierta ocasión, me tocó ver, como bautizaban a los animales, aunque Pedro me dijo que era un acto simbólico, no pude ver el sentido de hacer el mismo ritual en un animal que en un hombre...pero para mí seguía siendo muy difícil entender eso del Cristianismo y sus reglas escritas y dichas e implementadas completamente diferente...

Los frailes tenían el apoyo de los tlaxcaltecas y podían ir y venir a su antojo por toda la región. Los indios, más temerosos no odian estar más aprensivos de esa cruz...ya bastantes muertes habían visto por la implantación de la misma.

Pronto los nombres indios pasaron a ser; Juan Nolasco, Pedro Facio, Hernando Reyes, María Escobedo, Don Clemente, Doña Ibarra y muchos otros más.

Pechititán había dejado de ser un pueblo de indios chichimecas y ahora villa española, en planeación, con indios tlaxcaltecas.

Los tlaxcaltecas, o indios muestra; como lo llamaba Pedro, elegían sus propias autoridades, y sus propios templos. Y Pedro llegó a decir que posiblemente el plan de los españoles era, no la fundación de un pueblo en Pechititán, sino simplemente un presidio para ayudar a los viajeros: Una "Y" que uniera las illas que se estaban fundando, de Ojuelos, Zacatecas y Guanajuato.

Según Pedro, la villa de San Juan de la Laguna, tenía mas probabilidades de ser una gran ciudad. Tenía todo para serlo, agua y gente organizada.

San Juan de la Laguna empezaba a ser un centro de distribución de los tlaxcaltecas. Decía Pedro que le recordaba, en cierta forma a su ciudad natal en España, algo así como un centro de distribución de productos que venían de los centros tlaxcaltecas y otros que se producían en la localidad. Los tlaxcaltecas eran comerciantes por sucesión y sabían cuando había un buen mercado. Mientras algunos de los productores de los hacendados españoles de la región eran despojados por las tribus chichimecas que seguían en rebeldía, los cargamentos de los tlaxcaltecas, siempre llegaban a su destino. Lo que hacía que algunos de los hacendados españoles de la región vendieran sus productos a los chichimecas para evitar el riesgo de ser asaltados en el camino.

Pero la cosa no paraba en el comercio. Los tlaxcaltecas ya tenían "puesto sus ojos" en otros terrenos y empezaron a establecerse en el pueblo de indios de San Juan de Mexxititlán, a donde se había enviado familias a poblar algunos solares.

Las casas principales de los señores tlaxcaltecas estaban localizadas cerca del agua; Tequisquiapan, la

del otro amigo de Pedro, y gran seguidor de nuestro grupo de jugadores de pelota; la hacienda Miguel de Reyes, eran una gran construcción que semejaba los palacios de Tenochtitlán.

Don Miguel le platicaba a Pedro como la leyenda decía que a la orilla del agua en la Laguna de San Juan Bautista, hubo una vez un pueblo bien organizado con sus casas y sus calles; pero que sus habitaciones habían caído en los vicios y en la depravación, incluso comisión de pecados neados, por lo que los dioses, indignados, les enviaron como castigo una lluvia torrencial de muchos días y noches, cuarenta, para ser exactos, hasta que el pueblo quedó inundado bajo las aguas de la laguna para siempre. Omo muestra de ello, decía cerca de allí, había una laguna con agua de aquél diluvio y se le llamaba la laguna de los cuarenta días, que por corto ya se le empezaba a llamar cuarenta.

Pedro se reía mucho de todas estas leyendas, que él sabía de cómo se había creado y como semejaban las escritas en la Biblia de los españoles. El diluvio y los cuarenta días y cuarenta noches, la destrucción de pueblos al estilo de Samorra, y el castigo de los dioses a los seres pecadores de la tierra por pecados nefastos e impuros.

Poco a poco se empezaba a instruir a los indios en las costumbres y religiones necesarias para poder controlarlos. El indio mexicano, por naturaleza, tenía el temor a los dioses y a sus poderes no vistos. Ya una vez subyugado, tenía que ser controlado y a la usanza de los españoles conquistadores, primero se le conquistaba con armas y después se le dominaba con palabras. Para asegurar el control total, se le implantaban los miedos de los dioses, y por último, se le dejaba que él mismo se dominara para beneficio de sus amos transfiriendo el miedo a sus hijos y estos a los suyos.

Pedro comentaba que los indios chichimecas no eran de los que se dejaban controlar fácilmente y que tan solo estaban dormidos para despertar de sus heridas: *“algún día, así pasen muchos años, estos indios, sean puros o ya mezclados con la sangre de los españoles, se van a levantar y a hecha fuera a todos estos frailes y sus ideas de dioses. Estos Cristeros se van a topar con un grupo de personas pensantes, y entonces sí que van a morir muchos”*, decía cada vez que escuchaba a los frailes pregonar sus consejos.

Otra de las cosas que me llamaba mucho la atención, y me hacía pensar, era de cómo Pedro decía que México estaba siendo conquistado por los indios mexicanos y que todo daba a entender que serían los españoles los que al final se liberarán de ellos mismos, de los españoles, eso es. Los indios, refiriéndose a los tlaxcaltecas, decía, ya cumplieron con su parte y ahora están en espera que los dejen en paz, cosa que no ca a suceder. Ahora viene el pleito por el poder de las tierras conquistadas y de ver quien se queda con el Nuevo Mundo. Los españoles van a terminar dándole la espalda a Carlos, o al que venga después de él, y sé van a quedar con ésta tierra: o como dice nuestro amigo tlaxcalteca *“para que la cuña apriete, tiene que ser del mismo palo”*.

Las leyendas que más le gustaban a Pedro, eran las que tenían sentido y lógica por sus acontecimientos. La del “Chan del Agua”, era una de sus favoritas, y siempre se las contaba a los que llegaban a comer tacos al puesto: *“en la laguna- decía con una voz que salía disímil desde el fondo de la garganta, y con el ojo, que había perdido en el Mixtón, parecía insinuarle algo; sobre todo a las indias tlaxcaltecas que visitaban el puesto-, hay un palacio subterráneo, continuaba diciendo mientras les servía una jícara con chocolate y se les daba tomándoles suavemente las manos... que se alimenta de las corrientes del agua. Los dioses de éste palacio, no tienen doncellas, y a las que se atreven a bañarse solas, las raptan y nunca más se vuelven a ver. Sólo un indio grande y fuerte, decía mostrando sus fuertes brazos...como yo, puede protegerlas de esos raptos, así que cuando vayan a bañarse; vengan a buscarme y yo las protegeré de esos malvados seres.”*

Pedro era muy popular entre las indias por sus juegos de pelota, y se decía que algunas tenían su *tecoli*, que era una forma de esbozar a alguien en cara y cuerpo, colgado en sus casas. Nunca supe cuantas indias buscaron de su protección, la verdad es que varias veces se ausentaba del puesto y regresaba con el pelo mojado.

Los problemas con los chichimecas no habían acabado del todo. Había aún, algunos renegados que seguían viviendo en las cañadas y atacaban constantemente a los viajeros y se aventuraban a atacar sitios dejándolos a veces despoblados.

Aprendieron estos indios a andar a caballo y con su ferocidad y destreza para el uso del arco y la flecha llegaban a ser una gran amenaza para todos.

Años antes se habían descubierto las minas de Comanxa y éste sitio era objeto constante de los indios rebeldes (que yo no entendía porque se les decía rebeldes ya que estaban ellos antes aquí).

Lo que llegó a preocupar fuertemente a los hacendados fue cuando tomaron por asalto al pueblo minero matando a todos los seres vivientes que encontraron, incluyendo: perros, gatos, aves, ganado y todo lo demás, salvándose únicamente los frailes, por estar ausentes viendo un juego de pelota en el llano Azteca.

Cuando llegó la noticia de éste ataque, el mercado completo empezó a ponerse nervios por el miedo de que los indios decidieran atacarlo.

Pedro platicaba con Don Miguel cuando se enteró que ya estaba por llegar el designado (o el destapado) para la fundación de la Villa de Santa María de Los Lagos. México había decidido que ya hacía falta el presidio y que sólo se requería de una acción por parte de los chichimecas para que los tlaxcaltecas se unieran por completo en el exterminio definitivo de estos indios.

Los tlaxcaltecas, como ya lo sabía Pedro, no tenían interés en la guerra, sino en el comercio, y con la tranquilidad de sus dos pueblos en los altos de Jalisco, no tenían la necesidad de arriesgarse peleando en contra de estos rebeldes. Después de todo, ellos no tenían problemas con sus mercancías (se sabía de antemano que “negociaban” su paso a los mercados de Zacatecas, Guanajuato, Guadalajara y México).

Los ataques al fuerte de San José de Ojuelos y a las minas de Comanxa, ponían en duda el poderío de los españoles, sobretodo en la región, y aseguraban los tlaxcaltecas que la fuerza de los chichimecas no era tal para atreverse por ellos mismos a atacar sitios de esta magnitud.

Don Miguel, aseguraba que eran indios traídos de otras regiones que se habían mezclado con los chichimecas incitándolos a atacar estos fuertes. Pero, no veía el beneficio para los españoles el que se atacaran sus transportes de oro de las minas de Zacatecas y Comanxa.

El indio chichimeca no tenía forma de usar el oro robado de los cargamentos. No era fácil para un indio llegar al mercado y pagar con oro, ni tampoco era que pudiera comprar tierras con él.

Pero Pedro, sí podía ver la lógica de todo esto.

Los tlaxcaltecas estaban dominando el mercado y los sitios de paso. Los chichimecas, no tenían problemas con ellos y eventualmente se integrarían a sus comunidades, protegidas por, y de, los españoles, lo cual les daba trabajo, comida y casa sin que los hacendados acabaran con ellos. El indio, no dejaba de ser indio y estaba acostumbrado a servir al indio más fuerte con respeto y devoción divina. Ya poco a poco, se habían instalado en la región y se estaban expandiendo cada vez más. El mercado estaba siendo controlado por ellos y no había que pagar tributo a la corona española.

La solución era inminente: “Divide y Vencerás”.

Si se levantaba a los indios en contra de ellos mismos, los españoles usarían esa excusa para tomar las tierras dadas a los tlaxcaltecas y se eliminarían entre ellos, o se reducirían sus dominios dejándolos a la merced de los hacendados quienes entrarían de lleno a controlar las tierras y sus productos, así como a los indios, a los Hidalgos, que ellos habían traído en primer lugar.

La mano de obra no era necesaria ya que los hombres negros estaban siendo importados, y aunque no negociados abiertamente, se sabía que estos hombres de piel oscura, se vendían entre los hacendados y trabajaban y vivían como objetos de servicio sin salir del pueblo, ni de las casas, ni de las minas.

Los indios podrían ser usados para las labores del campo, pero no se requería, por el momento, tanto

indio no adiestrado y sin obediencia, mucho menos “Hidalgos”. Latifundios como el Ciénega de Mata, empezaban a florecer y se requería de mano de obra “noble”. Las cabezas de ganado, iban en aumento y había que busca caminos seguros para el mercado de esta carne, y su fundador, Don Pedro Matéos, ya estaba preocupado por la inseguridad de la zona. Así que mejor era levantar a los indios entre ellos mismo, establecer pueblos de refugio fuera de la jurisdicción de los indios y eliminar el problema de raíz.

La Villa de Santa María de los Lagos, era ya necesaria para establecer una alcaldía que tomara los poderes de Teocaltiche y de los indios de Tlaxcala. En otras palabras, un comienzo nuevo con gente fresca y controlada desde México.

Pero sin indios Hidalgos.

La mentalidad del conquistador, estaba predeterminada para la realización de su propósito, sin importar las consecuencias ni el resultado para el logro obtenido. Siempre y cuando, el resultado fuera favorable a los tesoros de la corona, y naturalmente, al beneficio personal del conquistador en cargo. Los políticos ya empezaban a tomar sus puestos y sus posiciones ante el nuevo espacio conquistado. La región de los Altos no era productiva, por el momento, ya que no tenía el oro tan codiciado ni las ventajas de minas u otros beneficios inmediatos. Las mentes de los conquistadores no estaban en ver que el campo también era producciones de bienes, pero, los que venían detrás sí lograban ver el potencial de llanos con agua cercana y de los vastos terrenos para la siembra de nuevas, y vendibles producciones. Ahora se enfrentaban dos tipos de españoles; los conquistadores de oro y plata y los que pretendían poseer la tierra para hacerla crecer. La mano de obra sería solucionada de acuerdo a lo que se determinara al saber si el indio mexicano era domable o no...pero hacían falta políticos con mente abierta y en control de sus deseos. El ideal, sería un militar con ambiciones políticas y cansado de guerras, con influencia...y finalmente; político.

De Martell era el indicado para todo esto.

Xaramillo, tenía demasiado en común con Cortés y significaba un problema nuevo. Nuño de Guzmán, quien tenía interés en la gobernatura de Guadalajara y de esa manera controlar toda la región de los altos de Jalisco; había muerto en Valladolid y no significaba un problema. Cortés, a su vez, estaba demasiado viejo para dejar su casa en Cuernavaca.

Así que , Pedro creía, que Cortés había maquinado una última jugada, enviando indios Aztecas a infiltrar a los chichimecas aportando caballos y armas más sofisticadas para eliminar a los tlaxcaltecas y fundar sus nuevas poblaciones en la región de los Altos.

MDLXIII

Pedro estaba agotado. Todo el día había estado en sus pies y le pesaban. Faltaba una semana para la llegada de Martell a la Villa. La comida, los meseros, las bebidas, la música, y todo lo demás había sido demasiado para él. Sus años... los recuerdos de la batalla de Mixtón, los recuerdos de una tierra lejana, el recuerdo de una vida que se terminaba y no parecía haber tenido sentido alguno empezaban a sentirse en el cuerpo y en el alma.

Sacó de algún lugar un carrujo de tabaco y lo encendió mientras veía el cielo de su nueva tierra ponerse azul gris. Hoy mas que nunca, el humo del tabaco formaba figuras más factibles al recuerdo.

Caras de antiguos conocidos. Parientes nunca antes recordados, su madre, su padre y las caras de todos aquellos españoles que lo acompañaron en el barco desde las Canarias.

Los preparativos para la llegada del nuevo fundador, habían ido mucho más allá de la simple preparación de un banquete. Por meses, Xaramillo había trabajado en el trazo de la villa. La limpieza del terreno, donde se construirían las casas, la iglesia, la plaza, los solares, la cárcel y la casa de su Majestad. Sobretudo, la casa de gobierno, que él ya imaginaba como suya.

Por días se trazaron a cordel las calles, y las cuadras de la futura villa, y se asignaron solares de acuerdo a la lista de los futuros pobladores. La lista, había sido enviada en gran secreto, pero al estilo español, todo mundo especulaba y sabía los nombres en ella.

La villa sería fundada y construida de acuerdo a las nuevas ordenanzas para el trazo de villas y pueblos de la Nueva España. El rey de España, que al parecer era un experto en trazos de ciudad, había tomado en consideración la expansión de la colonización en todas las Américas. Y al parecer, por sus ideas de trazo, era todo un meteorólogo y aficionado a los vientos.

Pedro había trabajado mano a mano en estos trazos supervisando a los indios y como interprete entre los españoles de México y la mano de obra de Pechititán. Yo, por mi parte, me encargaba de darles de comer a indios y españoles mientras trabajaban en la planeación de la villa.

Las ordenanzas, o planos, eran muy específicas en referencia a los tamaños de cada porción de terreno. La plaza se medía de acuerdo a la expectativa de habitantes que la poblarían. Las cuatro esquinas de la plaza se medían a los cuatro vientos principales, de tal manera que por donde hacía viento frío se planeaba la calle más ancha y por donde el caliente, la más angosta, pero pensando en la defensa de esta nueva villa se cambió tal ordenamiento porque se esperaba hubiera más caballos, y animales, que pobladores. El rey por su parte, no estaba enterado de que sus ordenamientos no habían sido respetados, pero era poco probable que él decidiera asistir a la inauguración de su nueva villa.

Se trazó un terreno para la localización de la iglesia y se le dio el lugar que le correspondía, de tal manera que pudiera quedar al frente del río, como simbolizando que San Juan el bautista estaba presente.

Se asignaron solares para la plaza de amas de acuerdo a los siguientes lineamientos: el solar para los pastizales de caballos, el solar para guardar caballos y el hospital para enfermos con enfermedades contagiosas. Aquí si se consideró la situación de los vientos para que las enfermedades y los olores de los caballos no molestaran a los vecinos españoles. Cabe mencionar, que en esta parte de la villa, se asignaron solares para las carnicerías y para guarda de ganados.

Cuando Pedro preguntó si había planes para solares donde los indios podrían vivir, ya que sin pensar que ellos pudieran tener tierras cerca de los españoles. Le contestaron que en efecto; se les permitiría construir sus casas en la parte posterior de los solares asignados para los caballos y ganado y el hospital. Después de todo, con un poco de suerte y con poco viento no notarían a sus vecinos. Y como dijo Pedro ese día por la noche mientras platicábamos; *“esperemos que los caballos no se quejen, porque son capaces los españoles de moverlos, a los indios, eso es...porque las bestias se quedan en el pueblo”*.

Tampoco había en las ordenanzas de los españoles, espacios para área de juego de las patadas, pero los juegos continuaban a la orilla del río.

A la usanza de Cortés, cuando arribó a lo que hoy se le llamaba La Nueva España, y una villa cerca de las costas del mar; se organizó un ayuntamiento.

La lista de los que nombraban, que se había entregado a Xaramillo para que les trazar su terreno y se les empezara la construcción de sus casas era: un Alcalde Mayor, un Síndico del Ayuntamiento, y Alcaide de la cárcel, la cual debería de ser construida antes que otro edificio. No recuerdo quien era quien y que cargo tenía cada cual, pero los nombres sí: Pedro Granizo, Juan de Torre de Valdés, Alonso

Macías, Pedro Hernández Chacón y Antonio Fallero...más, entre los nombres, no se mencionaba quien habría de ser el alcalde mayor, y Xaramillo se sentía seguro que al final, él sería nombrado tal.

Y las construcciones se iniciaron, no lentas, ni con prisas. A la sombra de los ojos secretos, negros... de indios. La pequeña plaza se hizo grande; la casa del tesoro, la presidencia, la prisión, la horca, y todo pareció empezar a tomar mando. Todo tendría que durar años, tiempo, eternidad para siempre. La plaza donde algún día los hombres caminarían en un sentido y las mujeres en el otro, y tal vez, con un poco de suerte, algún indio chichimeca del brazo de una española de piel blanca, pero por lo pronto...sólo indios harían el trabajo y las mujeres los mirarían con recelo y con miedo... los hombres perros, los indios muertos de hambre, los doblegados y los vencidos, hoy no eran más que manos que servían para la construcción y el uso de sus nuevos e imperiosos amos.

Hacía ya años que Pedro había dejado de tomar sol con su aceite de costumbre. La barba había dejado de crecerle. Su pelo era canoso blanco, y no había porque pintarlo de rojo, tenía lo que los indios decían “ *la cabeza del entendido y los destellos de la sabiduría* ”.

De tanto hablar la lengua de su nueva tierra, el acento era de indio: Se había transmutado lentamente, como la larva en mariposa...en un indio Chichimeca nacido en Pechititán.

De tanto había cambiado todo, y mucho más desde aquella batalla del Mixón.

Una vez restablecida la paz, a principios de 1542, ya en el valle de Atemajac, Oñate había nombrado a los primeros regidores de la zona y comisionó a Ibarra y Juan del Camino para que congregaran a los indios dispersos. Algunos se resistieron y otros, simplemente murieron en el intento; los vecinos de Compostela, Guadalajara, y Purificación habían pedido al Rey que les permitiera esclavizar a los indios, cosa que de todos modos hicieron aún cuando les había sido negada la solicitud. Habíase empezado a cultivarse el trigo y se habían descubierto muchas minas, estableciéndose con ese motivo la caja real; Vázquez de Coronado había descubierto la mina de Xaltepec, cerca de Compostela y había promovido el hallazgo de las de Etaztlán, Guachinango y purificación, pero seguía buscando las ciudades de oro, las míticas Cíbola y Quiviría. Y no sólo tenía el sueño dorado, los frailes seguían sus pasos, un tal Marcos de Niza aparecía por el rumbo preguntando y buscando las ciudades hechas de oro.

El Papa Paulo III, por su parte, y para tener participación en el suministro de bienes, había concedido la erección del obispado y CarlosV, como respuesta, había dispuesto la creación de la Audiencia de Nueva Galicia.

La Nueva España, seguía su crecimiento a la decisión de personajes lejanos.

Los frailes franciscanos atendían la evangelización y crecían los conventos. Y los indios, de guerreros sembradores de maíz se convertían en arquitectos de templos y casonas españolas, y vivían a la sombra de su tierra descansada solamente cuando ella los recibía a su descanso final.

No había forma de salir de aquel camino de conquista.

El Indio había perdido y ahora pasarían años antes que “alguien” pudiera liberarlos de aquel vasallaje.

Meditabundo en todo esto, se sentó en una silla junto a la puerta frente al río y se sirvió un mezcal con sangrita, encendió un tabaco y se quedó viendo el cielo y los patos que volaban en dirección a la laguna.

Movió la silla lentamente, de atrás hacia adelante...como lo hacen los viejos, creando en su vaivén una suave brisa que rompía el pesado sopor del aire.

Una pequeña columna de hormigas, con su carga de hojas sobre sus lomos pasó frente a él...y pensó. “*Hasta el menor de los seres carga sobre sus espaldas el fruto de su vivir y de su existencia...por insignificante que sea, o llegue a ser...*”

Cada hombre cumple pacientemente, sin saberlo, su destino y completa su ciclo en el tiempo que los dioses le han asignado. Con gusto el mortal que es justo va a donde lo llevan, y a veces - no pocas-, va por su propia voluntad porque el sentimiento lo guía. Yo he sido esperma vicaria de seres que por derecho me pertenecían, y fui padre postigo...y les di mi sangre a cambio de sus risas, sus cariños y sus primeras palabras. El mundo me dio, sin que pidiera, y tomó de mí solo lo que sobraba de mi alma de extranjero que como vagabundo pedía y vivía de la dádiva y la comida de una tierra dimanante...ya no hay nada en mí que sea de mí.

La tierra de mi madre me dio en adopción a un país lejano y maternalmente, esa tierra extraña y sus costumbres me envolvieron como una hiedra hasta ahogarme...sacando mi sangre a borbotones dejando al final el pecho vacío.

Ya siento el borbotear que corre por mis venas y sube encaramante hasta mi cabeza dándome el dolor de una despedida.

Nada dejo, porque con nada llegué. Nada puedo llevarme, porque nada de ésta tierra me es mío. No aprendió nadie de mí, porque no tenía nada que enseñar y, sin embargo, todo lo aprendí para llevármelo. Le robé a la tierra, y a su gente, sus risas, sus amores, sus noches de llanto y sus días de amor. Con los dedos besé su cuerpo y con los labios toqué sus sentidos.

No podré pedirle a mis dioses que me esperen en el cielo...porque he visto el abandono que a sus seres ha dado, sus indios que mueren en su nombre sin saber porqué, y no puedo aspirar un espacio en Mictlán porque nada de valor he hecho para cruzar ese río.

El limbo de los tibios aguarda a su primer huésped:

Un hombre sin identidad propia... consignatario y parásito de una tierra ajena, a la que aportó menos que un insecto en un mundo entomólogo..."

...las hormigas se perdieron entre los matorrales siguiendo su bien ordenada formación y él siguió pensante...

Nunca llegó a esta tierra con la intención de hacer fortuna.

Nació español y terminó siendo indio Chichimeca, con piel de bronce y alma de indio.

Fue abuelo de un indio mexicano, y al final; se quedó dormido en Santa María de los Lagos .

Ni un día antes, ni un día después...

31 de Marzo de 1563

Había llegado el día:

"No hay fecha que no llegue y plazo que no se cumpla"

todo estaba preparado para la llegada de Martell. Las mesas y las mantas para el sol. La comida, el mezcal con jugos de frutas, el café y los músicos.

Sólo faltaba Pedro:

"Pedro Tzilacatzin de Pechititán".

Que había cumplido el fin de su gavilla de años.

Desde la muerte de Pedro había sentido que mi vida tenía ya un destino y que pronto se me revelaría.

Llegué al lugar donde se encontraba la comitiva, el orador y escribano, Juanes de Arrona, se levantó de entre los invitados y empezó:

..."En los llanos de Zacatecas, que es en los chichimecas, cerca de unos lagos que en lengua de indios se llama Pechitian, en postrero día del mes de marzo de mil quinientos y sesenta y tres años, el muy magnífico señor Hernándo de Martell, alcalde mayor de los dichos Llanos y juez de comisión por su Majestad, y en presencia de mí, el escribano y testigo de su escrito digo: Qué él que viene a poblar lo que se llamara Santa María de Los Lagos, como: se le manda por la comisión de los muy magníficos

desde otra parte contenida; en cuya jurisdicción se inclinan a los dichos llanos y término dicho y no obstante que los dichos términos son del dicho Nuevo Reino, están en la posesión de ello y por el Reino se usa y se ejerce jurisdicción civil e criminal y otros aprovechamientos que a mayor abundamiento, continuado la dicha posesión en el dicho sitio cerca de un río que sale de los dichos lagos, puso una cruz y trazó el dicho pueblo y señaló el sitio, iglesia y plaza y solares para casas y calles y así mismo, señaló un solar para casa de su Majestad, donde se colocará el escudo de armas enviado por su Majestad y que lee: “Adversus populus Xiconaquí y Custique”, que en nuestra lengua significa “Fortaleza contra los pueblos enemigos Xiconaquí y Custique”, y otro solar para casa de consejo de éste pueblo, que se ha de llamar y mandó que se llamase la Villa de Santa María de los Lagos y en la plaza de ella se ha puesto una horca...Ante los testigos aquí presentes, el Bachiller Valadéz, Alonso Macías y Diego de Vivar y Juan de Málaga, Hernando de Martell”.
Terminó diciendo el escribano.

Xaramillo estaba sentado entre los presente y notó como su nombre había quedado fuera y volteó a ver a la princesa que veía a de Martell.

Juan de Villaseñor, Juan Jasso y otros muchos que estaban presentes se llevaron a sus palmas a las manos y los golpearon lentamente... todo estaba dicho y ahora hecho.

La ceremonia empezó y las nubes presagiaron un día corto, de Martell y sus invitados, que él traía de Teocaltiche y México, se retiraron a la hacienda de Ortiz de Viadurri, quien no había asistido a la ceremonia por estar enfermo.

La princesa subió a un carruaje, en el que esperaba un a español como de setenta años de edad. Al extender la mano para ayudarla a subir al carruaje, los destellos de un finísimo diamante brillaron hacia el sol...y salieron rumbo a Guanajuato.

Yo me regresé a casa sin preocuparme si levantaban las mantas o no.
me senté en la misma silla que Pedro había usado en su último sueño con una jícara de mezcal y sangrita.

Encendí un tabaco y entre el humo empecé a ver a Pedro caminar por la orilla del río...junto con la abuela.

Pensé que serían mis cuatrocientos-conejos y me quedé dormido.

...me fui acercando a ellos

...la abuela estaba ricamente vestida,

como una princesa Azteca,

y Pedro;

...gallardo, con sus vestimentas de guerrero.

“*Por fin llegaste Tlaneltocaz*”- dijo la abuela

y guiándolos les ayudé a cruzar el río...

...y por fin supe quien era yo, mi propósito y mi destino...

Y cual perro guía, me sentí orgulloso de llevarlos al Mictlán.

...fue un miércoles, y según la tradición;

...ese día llovizó en la tarde.

...”*el difunto se va por los nueve infiernos donde pasa un río muy ancho que se nombra Chiconahuapan, y allí viven y andan perros en la ribera del río por donde pasan los difuntos nadando*

encima de los perritos”.

“Dicen que el difunto que llega a la ribera de río, luego mira a su perro y , si reconoce a su amo, luego se hecha nadando al río, hacia donde está su amo y le pasa a cuestras”.

...solamente el perro de pelo bermejo podía pasar bien a cuestras a los difuntos, en este lugar del noveno infierno donde se acaban y fenecían los difuntos”.

*Hemos comido palos de colorín
hemos masticado grama salitrosa
piedras de adobe, lagartijas,
ratones, tierra en polvo, gusanos...*

*Comimos la carne apenas,
sobre el fuego estaba puesta,
Cuando estaba cocida la carne,
de allí la arrebataban
en el fuego miso, la comían.*

*Se nos puso precio.
Precio del joven, del sacerdote,
del niño y de la doncella.*

*Basta: de un pobre era el precio
sólo dos puñados de maíz,
sólo diez tortas de mosca;
sólo era nuestro precio...*

Veinte tortas de grama salitrosa.

*Oro, jades, mantas ricas,
plumajes de quetzal,
todo eso que es precioso,
en nada fue estimado...*